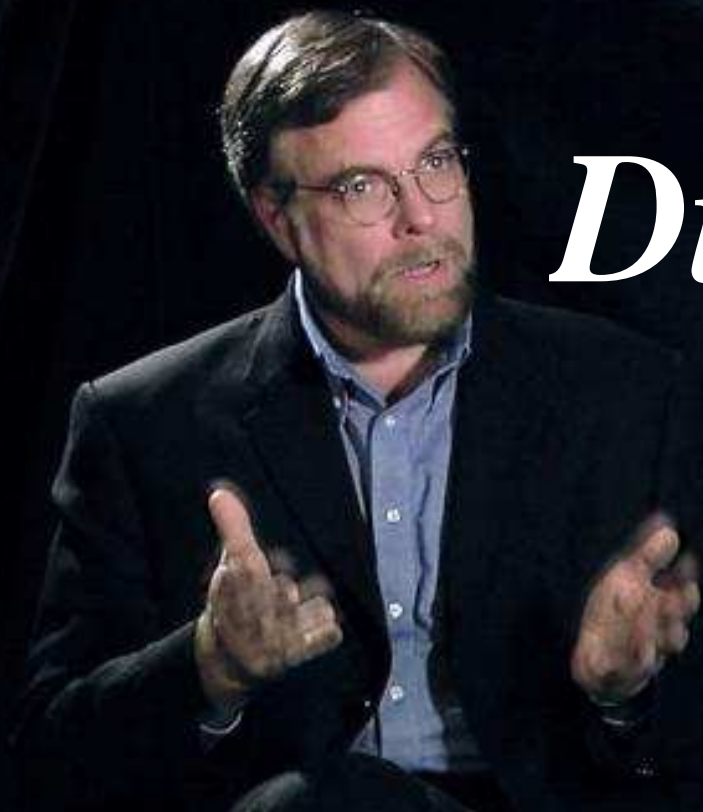


DISEÑADOS

para

Dignidad



Dr. Richard Pratt

*Un estudio acerca de la doctrina de la dignidad
de todos los seres humanos*





Diseñados para Dignidad

Dr. Richard Pratt

Third Millennium Ministries

®Todos los Derechos Reservados

El contenido fue tomado de:

Third Millennium Ministries

<http://espanol.thirdmill.org/tp.asp/category/tp>

Compilación y Diseño:

Marvin J. Argumedo

marvinjosar@gmail.com

NOTA ACLARATORIA: *Esta no es una publicación oficial de la Obra. Este documento fue compilado con propósitos de educación teológica para reunir los diez capítulos publicados por el autor y disponibles por separado en el sitio web de **Third Millennium Ministries** - www.thirdmill.org El diseño de la Portada y la estructura del contenido fue realizada por Marvin J. Argumedo, profesor de Teología del Miami International Seminary – MINTS.*

El Salvador, Marzo 2012

Diseñados para Dignidad

Richard L. Pratt, Jr.

PREFACIO

Este libro trata del hombre: usted, yo y los billones de seres humanos con quienes compartimos este planeta. Este tema nos suena familiar a todos. Vivimos nuestra propia vida e interactuamos con otros cada día. Al relacionarnos con las personas, esperamos entendernos mejor mutuamente. Por lo menos, debemos tener un firme concepto de nosotros mismos como individuos. Pero cuando lo intentamos, estas misteriosas criaturas conocidas como Homo-Sapiens todavía nos confunden.

No soy psicólogo, sociólogo ni antropólogo y no pretendo serlo al escribir este libro. Si algo, soy un estudiante de teología, específicamente teología del Antiguo Testamento. Esto me sitúa en una notable desventaja porque estas ciencias de la conducta ofrecen perspectivas indispensables para la humanidad. Sin embargo, mi interés en el Antiguo Testamento también me ofrece ventaja. Todo el Antiguo Testamento desde Génesis hasta Malaquías, y la Biblia en general, muestra un claro interés en lo que significa ser un ser humano.

Esto puede parecer un poco extraño. Normalmente pensamos en la Biblia como un libro acerca de Dios, no acerca del hombre. Pero en realidad la Escritura habla de ambos. De hecho, las enseñanzas bíblicas acerca de Dios y del hombre están tan relacionadas entre sí que no podemos entender una sin la otra. Mientras más aprendemos de Dios, más conocemos acerca de nosotros mismos. De la misma manera, mientras más nos conocemos a nosotros mismos, más aprendemos acerca de Dios. Los escritores bíblicos entendieron muy bien esto y por ello escribieron de ambos, de Dios y de la raza humana.

Este asunto me empezó a intrigar desde hace unos cinco años aproximadamente. En aquel punto de mi vida, había terminado mi educación formal y me había enfrentado a la cruda realidad de que ya no podía pensar más en mi vida como algo para lo que aún me estaba preparando. Estaba establecido en un trabajo; mi familia no crecería más y me estaba acercando rápidamente a la edad madura. "Esta es mi vida" finalmente admití. Pero este pensamiento no me hacía completamente feliz. "Si esto es todo lo que es . . ." Así que empecé a buscar por una perspectiva en mi vida que fuera más allá de aquellos valores cristianos que yo conocía muy bien. Anhelaba un entendimiento más satisfactorio del porqué estaba en esta tierra.

Había conversado con diferentes grupos cristianos y parecía ser que mucha gente enfrentaba este mismo problema. Algunas veces se manifiesta por algún tipo de crisis: divorcio, alguna enfermedad que debilita, la muerte de un ser querido. ¿Cuál es el propósito de todo esto? Sin embargo, muchos de nosotros tratamos de mantener el asunto

en un plano secundario, pero aún esto va consumiendo lentamente la alegría de la vida. Nos hallamos inexplicablemente insatisfechos y anhelamos algo más. Cualquiera que sea su situación, Dios quiere que se haga preguntas cruciales respecto a usted mismo. ¿Quién es usted? ¿Cuál es la razón de su existencia? El quiere que usted reflexione en lo que significa ser un ser humano.

Este libro trata sobre tres asuntos básicos. ¿Cómo nos hizo Dios en el principio? ¿Qué hemos hecho de nosotros? ¿Qué es lo que Dios ha hecho posible que seamos? No puedo pensar en otras preguntas más importantes. Están en el centro de nuestras esperanzas y nuestros sueños. Ellas dan forma a todo lo que hacemos.

En pocas palabras, la respuesta de este libro es que usted y yo hemos sido Diseñados para dignidad. Cada capítulo desarrolla cierto aspecto de este tema. No espere encontrar las claves mágicas que resolverán todos sus problemas. La dignidad de la existencia humana siempre permanece siendo algo misterioso. Ciertamente no he descubierto todas las respuestas, pero he hallado pequeños anticipos de dignidad siguiendo las instrucciones que señalo en este libro.

Conforme lea estos capítulos, espero también que encuentre caminos en los cuales pueda seguir adelante en el conocimiento de usted mismo, de la gente que le rodea y del Dios quien le diseñó para dignidad.

Capítulo 1

Encontrando Una Autoimagen

Hace algunos años me encontré un artículo en el periódico titulado "La ironía de ser humano." La columna informaba dos eventos que recuerdo claramente hasta la fecha.

En la primera historia, una mujer joven estaba sentada sola en el cuarto de su hotel. Ella había abandonado a su esposo y a sus dos hijos para vivir con otro hombre; pero esa misma noche su nuevo compañero la había abandonado. Todo estaba perdido: su esposo, sus hijos y ahora su amante. En un momento de absoluta desesperación, colocó en su boca una pistola calibre 38 y tiró del gatillo. Los policías encontraron una nota de desesperación que había dejado sobre la mesa: "No lloren por mí" decía aquel papel arrugado, "Ahora no soy ni siquiera un ser humano."

Otro evento ocurrió esa misma noche en el mismo hotel sólo unos pisos abajo. Los partidarios del movimiento de la Nueva Era celebraban una convención. Después de varios conmovedores discursos, un famoso personaje llevó a la multitud a decir al unísono: "¡Soy dios! ¡Soy dios! ¡Soy dios!"

"La ironía del ser humano," concluía el artículo, "es que la gente al mismo tiempo y en el mismo lugar puede tener un punto de vista muy contradictorio de ellos mismos."

El columnista estaba en lo cierto. Estos eventos ilustran dramáticamente una de las más grandes ironías de la existencia humana. No sabemos qué pensar de nosotros mismos. Algunos de nosotros nos sentimos tan insignificantes que difícilmente podemos vivir un minuto más. Otros se dan tanta importancia que levantan las manos en alabanza a su propia divinidad. Unos dicen, "no soy nada." Y otros dicen "soy un dios." ¿Cuál es la verdad?, ¿Qué significa ser humano?

En este libro, exploraremos lo que significa ser un ser humano. Comenzaremos por mirarnos a nosotros mismos en un espejo. ¿Podemos encontrar una verdadera autoimagen en este mundo de confusión? ¿Cómo debemos mirarnos?

UNA IMAGEN EQUILIBRADA

Ir a los extremos es natural. Lo hacemos en casi todas las áreas de nuestras vidas. Comemos demasiado, o bien, exageramos en una dieta. Estamos sentados sin hacer nada, o esforzamos nuestras espaldas alzando cargas pesadas. Dejamos a los niños hacer lo que quieran, o reprimimos sus espíritus.

Como el artículo del periódico nos mostró, también nos excedemos en la forma de mirarnos a nosotros mismos. Todos experimentamos lo bueno y lo malo en nuestras vidas; nos gustan ciertas cosas de nosotros mismos pero otras no. La mayoría de las veces, nos es muy difícil mantener una autoimagen equilibrada. Cuando nos concentramos en los aspectos negativos de nuestras vidas, acabamos por odiarnos. Cuando nos concentramos en nuestro lado positivo, nos llenamos de arrogancia. Algunos

llegan al punto desesperante del suicidio; otros abiertamente se alaban a sí mismos. Pero en una forma u otra, todos tendemos a considerar nuestra autoimagen ya sea minimizándola o bien, engrandeciéndola. En algunos casos, inclusive vamos en ambas direcciones al mismo tiempo.

¿Es posible obtener una apreciación balanceada de nuestras vidas?, ¿Podemos confiar en nuestro valor personal sin caer en la arrogancia? ¿Podemos ser humildes sin perder el sentido de nuestra dignidad? Debemos encontrar la manera de mirarnos a nosotros mismos sin caer en los extremos. La única manera de encontrar una autoimagen balanceada es acudiendo a la revelación de Aquel quien nos hizo. Debemos mirarnos en el espejo de la Escritura.

En años recientes, los anunciantes han aconsejado a los consumidores a leer las etiquetas. Su mensaje me ha llegado. Yo iba a la tienda y simplemente compraba jugo de naranja; ahora me fijo bien en las etiquetas para saber de los aditivos y preservativos. Anteriormente, sólo compraba papas fritas, ahora me fijo en la cantidad de grasa y sodio que contiene cada paquete. Es una molestia, pero las etiquetas dicen mucho del contenido de lo que hay en los empaques.

En el primer capítulo de la Escritura, Dios puso una etiqueta sobre la raza humana. Si miramos cuidadosamente esta etiqueta podremos aprender mucho acerca de nosotros mismos. Moisés relató las primeras palabras de Dios acerca del ser humano en la siguiente manera:

Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza, y señoree en los peces del mar y en las aves de los cielos, en las bestias en toda la tierra y en todo animal que se arrastra sobre la tierra (Gn. 1:26, énfasis añadido). Desde el principio, nuestro Creador nos dio una etiqueta importante. Él nos llamó la imagen de Dios.

Los cristianos frecuentemente se refieren a las personas como imágenes de Dios. Usamos este término como si todo el mundo lo entendiese, pero la mayoría de nosotros tenemos una idea vaga de lo que realmente significa. Sabemos que nuestra etiqueta nos distingue de las otras criaturas. Suponemos que esto es bueno. Pero, ¿qué es lo que nos dice exactamente acerca de nosotros mismos?

La etiqueta que Dios nos dio a usted y a mí, tiene muchos aspectos y los exploraremos en este libro. Sin embargo, por ahora vamos a enfocarnos en el punto de vista equilibrado que nuestra etiqueta nos ofrece. Nos muestra las dos caras de la existencia humana: nuestra humildad imágenes de Dios y nuestra dignidad. Somos humildes de Dios, pero también somos imágenes dignificadas. Para tener una perspectiva equilibrada del ser humano, debemos entender los dos lados de la etiqueta que Dios nos ha dado.

IMAGENES HUMILDES

La palabra imagen dirige la atención hacia nuestro estado de humildad. En el mundo del Antiguo Testamento, este término se refería generalmente a una estatua o a una figura: una representación tridimensional de una persona o cosa. Teniendo en cuenta este uso,

entendemos claramente lo que Dios quiso decir cuando llamó a Adán y a Eva su imagen. Eran finitos, una representación física de su Creador. Por más asombrosa que esta descripción pueda ser, no podemos pasar por alto como ésta revela nuestra humildad. Somos imágenes de Dios, pero esto es todo lo que somos: imágenes.

En estos días, una vieja mentira se ha hecho popular nuevamente. De una manera u otra, muchos grupos están enseñando que los seres humanos somos divinos. Somos una extensión del Creador y tenemos el potencial para ser dioses nosotros mismos. A su manera, el humanismo secular ha llevado al hombre a ocupar el lugar de Dios. El Marxismo ha hecho lo mismo. Algunos cultos religiosos comparten las mismas ideas. En años recientes la influencia de las religiones orientales en occidente, ha popularizado más el hablar sobre la divinidad humana.

Estas ideas nos están invadiendo pero hay algo que permanece claro. La Biblia insiste en que nosotros no somos dioses; sólo somos imágenes de Dios. No somos iguales a nuestro Creador; no tenemos ni una chispa de divinidad. Somos solamente criaturas que reflejamos a nuestro Creador.

Nuestra humildad como criaturas viene a ser más evidente cuando consideramos la clase de material que Dios usó para hacernos a su imagen. En el mundo antiguo era muy común el uso de una gran variedad de imágenes. Los arqueólogos han encontrado sorprendentes estatuas de piedras y de metales preciosos, pero también de simple arcilla. ¿Fueron los primeros humanos hechos de algo común o de algo especial? ¿Qué clase de imágenes somos? Cuando Dios formó a Adán no usó plata, oro, diamantes o rubíes. Adán, vino de la tierra ordinaria: "Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra" (Gn. 2:7, énfasis añadido). El primer hombre no fue una esplendorosa imagen de diamante; no fue formado de metales preciosos. Era una figura de arcilla.

Para captar bien la importancia de esta descripción de la humanidad, tenemos que reconocer cuán marcado contraste existe entre ella y los puntos de vista ampliamente aceptados en los días cuando Moisés escribió el Génesis. Moisés había sido entrenado en las cortes de Egipto para clasificar a la humanidad en una jerarquía de clases. Los plebeyos formaban la base de la escalera y los reyes gobernaban en la cima. Este esquema, que reflejaba algo más que la división conveniente de grupos socioeconómicos, provenía de las creencias egipcias acerca de la raza humana. La gente común estaba en la escala más baja porque eran apenas algo más que arcilla; los faraones prevalecían sobre los otros grupos porque eran divinos. Es decir, algunas personas eran criaturas humildes, y otros, eran todo excepto humildes. Moisés se opuso a estos falsos puntos de vista tal como lo escribió en el libro de Génesis. Él declaró a Israel que todos los hombres provienen de imágenes de arcilla. Desde el más grande hasta el más insignificante, todos provienen del polvo de la tierra.

Ahora es difícil negar que los seres humanos son sólo polvo. La enfermedad y la muerte nos han hecho efímeros. Hoy estamos y mañana no somos. Pero debemos recordar que Moisés no estaba escribiendo acerca del pecado o gente en sufrimiento. A estas alturas en

Génesis, Adán era un hombre perfecto, sin corrupción. No obstante, aún en ausencia de pecado y muerte, Adán y Eva eran simplemente arcilla.

Si nuestros padres siendo perfectos fueron criaturas tan humildes ¡Cuánto más nosotros! ¿Puede haber alguna duda de que sólo somos criaturas finitas? Esta verdad es tan obvia y sin embargo muchos huyen de ella. Ellos se engañan a sí mismos con fantasías de grandeza y se esconden de la descripción bíblica del aspecto humilde del humano tanto como pueden.

Cuando estaba en la Universidad, un compañero de clase me habló de su primer día como estudiante. En la primera conferencia del año escolar, su instructor explicó porqué él era maestro. "La educación de las artes liberales es liberación," dijo. "Estoy aquí para liberarles de las cadenas de superstición, religión y moralidad que sus padres les han inculcado . . . Estoy aquí para darles la libertad de hacer sus vidas a su propia manera, sin ser obstaculizada por sus padres ni intimidada por Dios . . . Los ayudaré a llegar a ser su propio dios."

Estas palabras horrorizaron a mi amigo. Nunca antes había escuchado hablar a alguien así. "¿Ser tu propio dios?" me preguntó. "Me preguntaba si todos mis maestros pensaban de la misma manera."

Tristemente, la meta de este profesor es compartida por muchos maestros de educación superior. Quizá no lo digan explícitamente pero ellos mismos se consideran como aquéllos que liberan a los jóvenes de los opresivos dogmas de Dios y la moralidad. Aconsejan a sus estudiantes a no someterse a los decretos del Creador sino a vivir sus propias vidas.

Podemos esperar esta clase de actitudes de los maestros Universitarios quienes se destacan por sostener puntos de vista radicales. Pero visite y observe cualquiera de los grandes centros de negocios y estará rodeado de un gran número de personas que actúan como si fuesen dioses. Quizá no proclamen directamente sus intenciones, pero muchos de ellos creen que no existen restricciones morales aplicables a sus vidas. Ellos mienten y estafan para conseguir sus propósitos; pisan a sus competidores sin pensarlo dos veces. Como Gordon Gekko dijo en la película *Wall Street*. . . La codicia es buena."

Aún nosotros encontramos estas perspectivas dentro de nuestros amigos y familiares. Los racistas tratan a otros grupos como inferiores porque piensan que ellos están por encima de los demás. Las madres abortan a sus hijos porque éstos limitarían su libertad personal. Los adolescentes ignoran las necesidades financieras de sus padres por conseguir un mejor auto. Ya no es causa de vergüenza el dicho "Busca ser el primero;" ahora se considera de lo más común. Las personas que nos rodean se glorían sobre los otros. Sintiendo llenos de su propia importancia actúan como si fuesen dioses.

Mi familia y yo hemos visitado Cabo Cañaveral muchas veces. Hemos disfrutado de todas las exposiciones y los adelantos científicos. Siempre que visitamos el Centro Espacial, un tema claro y audible nos viene a la mente. "Hemos llegado muy lejos," dice

el guía turístico "Hemos logrado mucho en los viajes espaciales. ¡El potencial es ilimitado!"

No hay duda; hemos recorrido un largo camino comparado con nuestras generaciones pasadas. El poder de los motores de los cohetes es asombroso. La base que sostiene el transbordador espacial es gigantesca. Las personas que hacen esto posible son dignas de admiración.

Aún así, estos hechos son insignificantes comparado con lo que no hemos podido hacer. Estábamos muy orgullosos cuando Neil Armstrong caminó sobre la luna y habló del "gran paso para el hombre." Pero ir a la luna, es como caminar a la próxima cuadra si lo comparamos con un viaje a cualquiera de los planetas. La luna es como una pequeña piedra comparada con la inmensidad del espacio que divide a las galaxias. Los avances en la exploración del espacio nunca deben convencernos de nuestra grandeza. Mientras más aprendemos del Universo, vemos más claro lo insignificante que somos y cuán poco hemos logrado.

Realmente, esto es cierto en todas las áreas de nuestra vida. Hemos sobrepasado a nuestros antepasados en muchos campos pero hemos dominado poco. Apenas tenemos un poco de conocimiento, un poco de poder y un poco de sabiduría. ¿Por Qué? Moisés lo explicó hace mucho tiempo en Génesis. Nuestras limitaciones son grandes porque somos imágenes hechas del polvo.

Me duele admitirlo, pero el sentido de autograndeza no se ve sólo fuera de la Iglesia. Aun los cristianos pierden la visión de cuán insignificantes son.

Visito muchas Iglesia diferentes pero un problema aparece en casi todas ellas. Todas tienen algunos miembros quienes creen estar por encima de los demás. Hemos escuchado muchas bromas acerca de los ministros quienes rehusan jubilarse hasta que haya una vacante en la Trinidad. Hemos visto cristianos ricos quienes controlan a la Iglesia con su dinero. Teólogos arrogantes quienes insisten en que todos deben pensar igual que ellos. La humildad difícilmente viene con naturalidad, aún para aquellos quienes conocen a Cristo. Tenemos algunas buenas ideas y siempre concluimos que nuestras opiniones son siempre las mejores. Reconocemos que Dios nos ha dado ciertos dones y pronto creemos que somos indispensables.

Aun nos elevamos sobre los que viven en nuestro hogares. A través de los años he visto la separación de muchas familias cristianas. Cada hogar tiene problemas con características propias pero la arrogancia es un problema que siempre se repite. "¡Se hará a mi manera o no se hace!" nos gritamos el uno al otro. Aún en los hogares cristianos negamos que somos arcilla humilde.

Es muy fácil pensar que somos grandes. Es muy fácil creer que estamos por encima de los demás. Pero este mito será completamente borrado el día que muramos. ¿Piensa usted que el mundo va a notar su muerte? Piénselo bien. Pocas personas asistirán quizá a su servicio fúnebre y quizá las personas más cercanas a usted le extrañarán. Pero la Iglesia

seguirá trabajando bien sin usted y la sociedad seguirá su rutina diaria. Puede ser que pensemos tener la grandeza de los dioses, pero este engaño terminará algún día para siempre.

Al estar buscando nuestra genuina autoimagen, debemos empezar por donde comienza la etiqueta de Dios, con un completo entendimiento de nuestra humilde condición. ¿Cómo es usted tentado a olvidar su estado humilde ante Dios? Todos luchamos contra este problema. ¿Cómo lucha usted con su propia importancia en casa, en el trabajo y en la Iglesia? Eche afuera esa arrogancia cada vez que se levante. Simplemente no está de acuerdo con lo que usted es. Sólo nos podemos entender verdaderamente cuando reconocemos que somos simples imágenes humildes de arcilla.

IMAGENES DIGNIFICADAS

Los seres humanos somos criaturas humildes, pero miremos nuestra etiqueta de nuevo. Somos imágenes, pero imágenes *de Dios* (Gn. 1:27). Dios no hizo a Adán y Eva parecidos a piedras, árboles o animales. Nada tan común estaba en su plan para nosotros. En cambio, Dios formó cuidadosamente al primer hombre y a la primera mujer para que fuesen a su imagen y semejanza. Él determinó hacernos criaturas de incomparable dignidad.

Esta parte del relato de Moisés, también representó una separación radical de las creencias comunes de su tiempo. En ese entonces, sólo los reyes tenían derecho a llamarse imágenes divinas. Los plebeyos y los campesinos no tenían tal valor; ellos no tenían importancia. Su destino era sufrir y morir por el bienestar de los reyes. Estas eran las creencias durante el terrible sufrimiento de Israel en Egipto. ¿Qué le dio a Faraón el derecho de sujetar a los Israelitas a una esclavitud tan cruel? ¿Cómo pudieron justificar los Egipcios su intento de destruir a los Judíos? La respuesta era muy simple para aquellos antiguos Egipcios. Los insignificantes pastores Israelitas no debían esperar ningún trato honorable. Ellos no eran dignos; no merecían ningún respeto. Faraón representaba la única y divina autoridad en la tierra.

Las palabras de Moisés en Génesis se oponen directamente a estas mentiras. Él claramente afirmó que todas las personas eran imágenes reales de Dios. Todos los descendientes de Adán y Eva poseen el mismo estado honorífico. Dios otorgó gran valor y dignidad no a unos pocos, sino a toda la raza humana.

El punto de vista de Moisés respecto a la dignidad universal del hombre también desafía la manera en que vemos a la gente hoy día. A todo nuestro alrededor hay personas que niegan el honor que Dios ordenó para los seres humanos. De la misma manera en que el mundo antiguo rechazó y despreció a la mayoría de la humanidad como cosa sin valor, los hombres y mujeres modernos también consideran a la raza humana como algo falto de honorabilidad.

Tan extraño como parezca, los estudiantes universitarios generalmente enfrentan puntos de vista de la humanidad excesivamente bajos por parte de los mismos maestros quienes los alientan a actuar como dioses. Recuerdo a mi maestro de biología presentando puntos

de vista extremos de ambas partes. Él se burló de la religión tradicional y afirmó que nosotros debemos ser los amos de nuestros propios destinos. Sin embargo y aunque parezca contradictorio, él también insistió en que la raza humana no es más que el resultado de una evolución al azar. La gente no es otra cosa más que lodo con suerte.

Los resultados de la depreciación del hombre son evidentes en todas partes. ¿Qué valor podemos darle al hombre si sólo es lodo con suerte? ¿Qué viene a ser entonces la moralidad y la libertad del hombre? Al llegar este punto de vista de la humanidad al hombre común, el resultado ha sido devastador; nosotros mismos nos privamos de cualquier vestigio de valor propio cada onza de sano honor se disipa. Como alguien dijo alguna vez, "Si no tenemos dignidad ¡Vivamos como nos venga en gana! Si no tenemos libertad; ¡arriba el libertinaje!" Agotados por sus vidas sin sentido y llenas de fracasos, los adolescentes se vuelven a las drogas y los adultos se esconden en sus botellas de licor. Muchos aún, toman el último paso del suicidio.

En el primer capítulo de Génesis, Moisés afirmó la dignidad de todos los seres humanos por dos razones. Primero, él quería que los Israelitas rechazaran los puntos de vista propagados por los Egipcios. Muchos de los lectores de Moisés habían olvidado cuán terrible había sido su vida en Egipto. Pero ahora él les recordaba que la política egipcia respecto a la cruel opresión era contraria a la realidad. Dios no dio nobleza a unos pocos; todos eran su imagen. Los Israelitas quienes servían en las casas egipcias, los que trabajaban en el campo y los que sufrían trabajando duro en los proyectos de construcción de Faraón fueron diseñados para ser dignos y debían ser tratado como tales.

Segundo, Moisés estaba enseñando a los Israelitas cómo debían tratar a las otras personas en el futuro. Él sabía cuán fácil era para el oprimido llegar a ser el opresor. Una vez que los Israelitas estuviesen establecidos en su patria, la tentación de maltratar al débil y al vulnerable iba a ser grande. Por ello, la ley de Moisés se centró mucho en las protección de las viudas, huérfanos y extranjeros (por ejemplo Dt. 14:29; 24:19-21). Maltratar a otros era contrario a los caminos de Dios. Ningún sistema de castas cruel debía tener influencia alguna entre el pueblo de Dios. Los sirvientes debían ser tratados honorablemente (Ex. 21:2-11). Los jueces no debían mostrar ningún favoritismo en beneficio de los ricos y poderosos (Ex. 23:6-9; Dt. 1:16-17). Todos, aún el rey, estaban bajo la ley de Dios (Dt. 17:14-20). Todas las personas debían ser tratadas con el honor que merecían como imágenes del Dios invisible.

El punto de vista bíblico respecto a la dignidad humana, se aplica a nuestro mundo moderno de las dos mismas maneras. Primero, nos ayuda a mirarnos a nosotros mismos como debemos. Debemos aprender a tratar con un mundo que constantemente ataca nuestro propio sentido de honor. No enfrentamos la antigua propaganda egipcia; pocas personas modernas creen que la dignidad radica en el linaje real. Hemos cambiado estas ideas obsoletas por ideales más democráticos. Pero el mundo no a dejado de decir que aún hay personas más valiosas que otras; simplemente han cambiado sus criterios.

Muchas personas conocen esta dura realidad desde sus años de adolescencia. "Detesto la escuela" me dijo un joven. "Todos se ríen de mí por el tipo de ropa que uso." Los

adolescentes pueden ser crueles. Ellos buscan cualquier pretexto para ridiculizar y maltratar a otros.

Tristemente los adultos hacemos lo mismo. Determinamos el valor de las personas por sus ingresos económicos. Medimos la dignidad del hombre por sus posesiones. La educación, el aspecto físico y una buena carrera han venido a ser las medidas por las cuales determinamos el valor de los seres humanos.

La historia de la creación humana registrada por Moisés, ofrece buenas noticias a todos aquellos que no alcanzan a cumplir estas falsas medidas modernas. Nuestro valor no radica en las circunstancias externas. Dios, el Creador de todo, ha anunciado que nosotros somos su imagen, imágenes reales en posesión de dignidad ordenada divinamente. No importa lo que los otros digan; somos valiosos porque somos creación especial de Dios. Rico o pobre, educado o inculto, atractivo o no, usted es la imagen de Dios.

Sorpresivamente, muchos cristianos tienen muy poco sentido del honor que poseen como imágenes de Dios. Nos miramos en el espejo todos los días y vemos a alguien que nos defrauda. Aprendemos a odiar nuestros errores y terminamos por odiarnos a nosotros mismos. Queremos ser humildes, pero perdemos todo el sentido de nuestra importancia.

Mírese nuevamente, Dios ha declarado que la persona en el espejo es su regia imagen. Usted no es perfecto -- eso es evidente. Pero siempre usted es valioso porque es imagen de Dios. A los ojos de Dios usted es tan valioso como cualquier rey o cualquier noble que haya vivido en la tierra. Deseche las mentiras del mundo y reconozca con júbilo la dignidad que Dios le ha otorgado.

Segundo, la perspectiva de Moisés también nos enseña cómo tratar a los demás. Los cristianos son tan culpables como el mundo en demostrar favoritismo. Los programas de nuestras Iglesias excluyen a ciertos grupos de personas. Ridiculizamos las costumbres de otras culturas y aún nos burlamos de nuestros hermanos creyentes que no viven conforme a nuestra idiosincrasia. El compromiso radical de la Biblia a la nobleza de todas las personas nos advierte que debemos abandonar estas ideas. Todas las personas merecen ser tratadas como honorables imágenes de Dios.

Quiero que cierre este libro por un momento. Vaya y busque a otra persona y estreche su mano. Aunque usted vea a un ser humano imperfecto y débil, dígame: "¡Hola, Su Majestad!" No lo diga en son de broma. Permita que su mirada y el tono de su voz muestren sinceridad. Cuando lo haga, quizá entienda lo que los lectores de Moisés sintieron cuando él les describió al primer hombre y a la primera mujer. Estos primeros esclavos se miraron el uno al otro y se dieron cuenta con asombro que eran del linaje real de Adán y Eva. Ellos poseían la dignidad de ser imágenes del Creador.

¡Cuán diferente sería el mundo si viviésemos con esta verdad! Las tensiones familiares desaparecerían, la intolerancia y la guerra también. Si nos miráramos los unos a los otros como Dios nos diseñó, el mundo sería radicalmente un lugar diferente.

Examínese con lo siguiente. ¿Qué pasa cuando está manejando su carro y de pronto alguien se atraviesa en su camino? ¿Qué dice usted mientras aplica los frenos rápidamente? ¿Acaso dice: "¡Mira eso!, Esta es la noble imagen de Dios?" Cuando está sentado en el avión y la mamá enfrente de usted no puede calmar el llanto de su bebé, ¿Acaso piensa: "¡Qué maravillosa imagen de Dios! ?" Por supuesto que no. Difícilmente podemos controlar nuestros pensamientos de ira en nuestras mentes. En lugar de darle honor a las imágenes de Dios, las maldecimos.

Cuando estaba en la Universidad, una mañana muy temprano al salir de la estación del metro me dirigí hacia el parque Harvard. Varios carro patrullas con sus luces azules encendidas se encontraban alrededor de la estatua de John Harvard. Al dirigirme hacia las patrullas, pude ver que alguien había rociado pintura verde sobre toda la estatua. Estuve allí por un momento fijándome en los daños y escuché a un oficial diciéndole al otro, "Estos muchachos no tienen ningún respeto por la escuela," dijo muy enojado, "Ni un poco de respeto."

¿Qué quería decir aquel oficial? Según él, la profanación a la estatua de John Harvard era una afrenta también para la misma Universidad. Un ataque a la imagen era un ataque también a la escuela que representaba.

De la misma manera, usted y yo debemos enfrentar la realidad, y considerar a las personas a nuestro alrededor como símbolos visibles de Dios en el mundo. Cuando deshonramos la imagen de Dios, deshonramos a Dios. Cuando injustamente atacamos su semejanza, lo atacamos a él. Las palabras de Santiago son muy adecuadas en este respecto: "Con ella (la lengua) bendecimos al Dios y Padre y con ella maldecimos a los hombres, que están hechos a la semejanza de Dios. De una misma boca proceden bendición y maldición. Hermanos míos, esto no debe ser así" (Stg 3:9-10).

Los padres deshonran a Dios cuando provocan y abusan de sus hijos. Los hijos desobedecen a su Creador cuando se rebelan contra sus padres. Esposos y esposas le faltan respeto a Dios cuando se faltan respeto entre ellos mismos.

Moisés dejó claro a Israel que Dios dio a cada humano un título de dignidad. ¿Cómo niega usted el honor que le pertenece? ¿En que maneras trata a otros con menos dignidad de la que se merecen como semejanza de Dios? Debemos tomar en serio la descripción que Dios hace de la raza humana. Somos imágenes de arcilla -- una poderosa lección de humildad -- pero también somos imágenes de Dios -- criaturas con un valor y dignidad maravillosos.

NUESTRA IMAGEN CAMBIANTE

En ocasiones encuentro viejas fotografías de mí mismo. Hace unos años no tenía barba; mi cabello era más largo y tenía menos canas. Cuando veo esas fotografías ahora, me cuesta creerlo. He cambiado en muchas maneras.

Como hemos visto, Moisés presenta un cuadro muy bien balanceado de la raza humana en el primer capítulo de Génesis. Pero su cuadro presenta una seria pregunta. Si somos

semejanza de Dios, humildes pero también dignos, ¿Por qué luchamos tanto con nuestra propia degradación y nuestra propia exaltación? ¿Por qué nuestras vidas parecen contradecir la manera en que Dios nos diseñó desde el principio? La respuesta radica en el hecho de que la imagen de Dios ha tenido muchos cambios. El curso de la historia humana ha dejado marcas indelebles en todos los aspectos de nuestra existencia. Para entender lo que ahora somos, debemos mirar no sólo nuestro estado original sino también los cambios que han ocurrido desde entonces.

En este libro, veremos en detalle el desarrollo histórico de la imagen de Dios. Cada capítulo se enfocará en una fase particular de la historia humana y explorará la forma en que nos afectó en aquel tiempo. En este punto de nuestro estudio, sin embargo, será provechoso tener un breve panorama de este desarrollo.

En el capítulo dos exploraremos más acerca de Adán y Eva en el Jardín del Edén. Dios no solamente les dio a nuestros primeros padres una etiqueta reveladora, sino también les dio una descripción maravillosa de su labor. Él ordenó a Adán y a Eva que llenaran el mundo con otras imágenes de Dios y que gobernaran sobre la creación como sus viceregentes. Esta doble responsabilidad vino a ser una marca distintiva de la dignidad humana a través de la historia.

El Capítulo tres tratará sobre el terrible día cuando la humanidad cayó en el pecado. Adán y Eva no estaban satisfechos con la posición que Dios les había dado en la creación. Ellos violaron su relación con Él al rebelarse en contra de su mandamiento. En respuesta, el Creador puso una maldición sobre nuestros padres que llevó a toda la humanidad hacia la futilidad y a la muerte. La imagen real de Dios cayó en una severa inmovilidad la cual experimentamos hasta nuestros días.

Sin embargo, como veremos posteriormente, Dios no permitió que su imagen permaneciera bajo esta maldición por siempre. Él tenía un plan para redimirnos. Este plan se fue desarrollando lentamente a través de la historia de la redención como nos muestra la Biblia. En diferentes épocas, Dios dio diversos dones y responsabilidades a su pueblo. Paso a paso hizo posible que sus imágenes se alejaran de la vanidad del pecado y se acercaran a su diseño original para la humanidad. En los capítulos restantes, trataremos la historia de la redención. Podríamos tratar sobre cualquier punto a lo largo de la historia, pero nos concentraremos en cinco grandes períodos durante los cuales Dios entró en una relación especial con su pueblo.

Después de la Caída, Dios bendijo abundantemente a la humanidad en los días de Noé (Capítulo 4). El pecado y la violencia habían corrompido tanto a la tierra que Dios interrumpió radicalmente la historia. Él destruyó a la humanidad corrupta con el Diluvio, formó un nuevo orden y comisionó a sus imágenes redimidas a servir en ese mundo nuevo.

En los días de Abraham, Dios escogió bendecir a una familia, la raza judía, con un gran honor (Capítulo 5). Él les reveló las tres cosas que todo humano debía cumplir para tener

completa restauración a su imagen. Dios enseñó a Abraham a confiar en el poder divino, a esperar pacientemente y a perseverar en fidelidad.

En los tiempos de Moisés, Dios movió a la familia de Abraham, hacia otro paso para la completa restauración (Capítulo 6). El convirtió al pueblo de Israel en un ejército listo para tomar la Tierra Prometida. Proveyó una mejor apreciación de la dignidad para sus imágenes redimidas dándoles su propósito, guía y presencia.

La época de David también es importante en el plan de Dios para la redención (Capítulo 7). Fue en esta época cuando Dios estableció a Israel como un magnífico reino. David y el pueblo fueron abundantemente bendecidos con grandes riquezas y pudieron probar por adelantado su dignidad como imágenes restauradas de Dios.

Finalmente, vemos que la imagen de Dios es completamente restaurada sólo a través de Cristo (Capítulos 8, 9 y 10). Nuestro Padre Celestial mandó a Jesús para ser el Salvador de todas las naciones. Él es "la imagen de Dios" (2 Cor 4:4), y todos los que confían en él son "conforme a la imagen del Hijo (de Dios)" (Rom. 8:29). Más allá de esto, cuando Cristo vuelva en gloria, "seremos semejantes a El" (1 Jn 3:2) y "reinaremos con El" (2 Tim 2:12). Por la gran obra de Cristo, la imagen de Dios se completa otra vez.

Muchos cambios han acontecido a la raza humana a través de la historia. Para entender quiénes somos, debemos tener en cuenta estos acontecimientos. Cuando entendemos lo que nos hemos hecho a nosotros mismo, lo que Dios ha hecho por nosotros y lo que hará por nosotros, vemos claramente lo que significa ser humano.

CONCLUSION

Hay personas a todo nuestro alrededor confundidas acerca de quiénes son. En esta confusión dudamos entre auto-degradación y auto-importancia. La Escritura sin embargo, provee un retrato equilibrado de los seres humanos. Somos imágenes de arcilla, pero imágenes diseñadas para reflejar a nuestro Creador. Desde el punto de vista de esta perspectiva equilibrada, vivimos con humildad y dignidad. El mundo nos ofrece muchas autoimágenes falsas, pero la Escritura nos provee de una autoimagen digna de buscarse.

PREGUNTAS DE REPASO

1. ¿Cuáles autoimágenes falsas ha sostenido la gente moderna? ¿Cómo estas autoimágenes falsas van a los extremos?
2. ¿Qué significa ser la *imagen* de Dios? ¿Cómo el recordar este punto de nuestro título nos mantiene en la humildad?
3. ¿Qué significa ser imagen *de Dios*? ¿Cómo el recordar este punto de nuestro título nos da dignidad? ¿Cómo ha cambiado la imagen de Dios a través de la historia? ¿Cómo perdimos nuestra dignidad original? ¿Cuáles son los cinco pasos principales a través de los cuales Dios a redimido su imagen?

EJERCICIOS DE DISCUSION

1. ¿Por qué este Capítulo se titula "Encontrando una autoimagen"?
2. Hojee cualquier tema en alguna revista famosa. ¿Qué perspectiva de la raza humana propone? ¿Exalta o degrada a la humanidad? Explique su respuesta.
3. Haga una lista de 5 cosas en su vida que generalmente atacan su sentido de dignidad. ¿Cómo puede la descripción bíblica de la dignidad ayudarte a vencer estos ataques?
4. Haga una lista de 5 cosas en su vida que le llevan a pensar demasiado alto acerca de usted mismo. ¿Cómo puede la descripción bíblica de la humildad ayudarle a vencer estas tentaciones?

Capítulo 2

Conociendo nuestra Responsabilidad

Yo paso mucho tiempo viajando en avión. Recuerdo bien una conversación en particular que tuve con un hombre de negocios que se sentó a mi lado. Cuando hablamos sobre su trabajo, el llenó la cabina con vulgaridades. Tantas palabras malas salieron de sus labios que yo me pregunte si podría decir una frase sin ellas. Después de un momento el hombre me preguntó cuál era mi trabajo. "Soy ministro", le dije cortantemente. Ya puede usted imaginar su reacción. Sus ojos se pusieron grandes y su cara se puso intensamente roja, entonces tartamudeo, Uh . . . Uh . . . No lo sabía . . . Disculpe mis palabras . . . ¿No le ofendí verdad?

Yo me reí entre dientes cuando se retorció en su asiento, pero no me sorprendió su contestación. Yo he visto esa reacción muchas veces. En cuanto el hombre supo cuál era mi ocupación, esto le dijo mucho sobre mí.

Se conoce mucho acerca de una persona por la clase de trabajo que realiza. Por lo general, escogemos trabajos que satisfacen nuestra personalidad, y las tareas de nuestra vida nos forman hasta cierto punto. Nos guste o no, nuestra identidad está cercanamente asociada con nuestra vocación.

De la misma manera, podemos obtener un mejor entendimiento de nuestro diseño como imágenes de Dios al mirar el trabajo que Dios nos ha dado. Para apreciar nuestra identidad como imágenes de Dios, debemos mirar de cerca lo que El espera que hagamos.

NUESTRO LLAMADO TIENE DOS ASPECTOS

A través de los siglos, los teólogos han diferido sobre cómo la humanidad ocupa un lugar especial como imagen de Dios. ¿Qué características tenemos que nos hacen diferentes a los otras criaturas? Algunos teólogos han señalado nuestras capacidades racionales y lingüísticas. Otros han propuesto que la inmortalidad de nuestras almas es la característica más importante. Muchos otros han insistido que nuestra naturaleza moral y religiosa es lo que nos distingue de otras criaturas.

Todos estos puntos de vista describen aspectos importantes de la verdad. Nuestra racionalidad, inmortalidad, moralidad y muchas otras características reflejan a Dios en el mundo. En un sentido amplio, Adán y Eva eran semejantes a Dios en la medida en que ellos, como criaturas finitas, podían ser semejantes a El. Ellos estaban limitados por el tiempo y espacio, pero sus mentes, voluntades y emociones eran semejantes a las de su Creador. Aún sus características y habilidades físicas reflejaban las características espirituales y el poder de Dios.

Aunque estos puntos de vista son importantes, Moisés explicó el significado de la imagen de Dios enfatizando la responsabilidad que El nos asignó para realizar en este mundo. Inmediatamente después de haber creado al hombre y a la mujer, Dios les dio una

comisión especial. Podemos leer en Génesis 1:28: "Y los bendijo Dios, y les dijo: Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra y sojuzgadla, y señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra." Estos versos nos ordenan que seamos fructíferos, que nos multipliquemos, que llenemos, que sojuzguemos y gobernemos la tierra. Estos cinco mandatos revelan nuestras responsabilidades más básicas como seres humanos.

Frecuentemente estas tareas asignadas a la humanidad son llamadas el *mandato cultural*. El plan de Dios era que la gente cultivara una cultura terrenal para Su gloria. Este mandato cultural está compuesto por dos responsabilidades básicas: multiplicación y dominio. Primero, Dios le dio a Adán y a Eva la orden de multiplicarse: "Fructificad y multiplicaos, llenad . . ." Su tarea era producir suficientes réplicas de la imagen de Dios de tal manera que la tierra se llenase. Segundo, Dios les ordenó que ejercieran dominio sobre la tierra: "Llenad . . . sojuzgad y señoread. . ." Adán y Eva habrían de ejercer autoridad sobre la creación, administrando los vastos recursos que Dios les había encomendado. No hace falta decir que estos dos mandatos no pueden separarse uno del otro. La multiplicación implica dominio, y dominio exitoso requiere multiplicación. No obstante, desde el principio estos dos aspectos del mandato cultural estaban designados para ser nuestra labor principal en la vida.

Al principio, puede parecer extraño pensar sobre nuestro propósito en la tierra en términos de multiplicación y dominio. La gente moderna no se mira a sí misma como multiplicadores y gobernantes. Sin embargo, si reflexionamos, la experiencia común confirma lo que encontramos en las Escrituras. Dios ha escrito este llamado compuesto de dos aspectos en nuestros corazones. El ha inscrito las ideas de la multiplicación y el dominio muy adentro del alma humana.

Considere, por ejemplo, como la mayoría de nosotros evaluamos los gobiernos humanos. A través de la historia hemos visto aberraciones, pero la mayoría de las personas aplauden las políticas nacionales que benefician a las futuras generaciones. A las personas responsables no les agradan los líderes con poca visión. ¿Por qué? Porque el llamado de Dios para la multiplicación está inscrito dentro de nosotros. Fuimos hechos para cuidar de nuestra descendencia. Por más duro que intentemos, no podemos escapar totalmente de nuestra comisión a ser fructíferos.

Ejercer dominio del mundo también es parte de nuestra conciencia como seres humanos. Aprobamos a los líderes políticos quienes proveen seguridad y prosperidad a sus conciudadanos. No aceptamos conscientemente aquellos programas económicos vacilantes o la mala administración de los recursos naturales. ¿Por qué tantas personas comparten estas ideas? Porque conocemos nuestra comisión como imagen de Dios.

Nuestras familias también toman forma alrededor de este llamado. La mayoría de la gente se da cuenta de que buenos padres se preocupan por el bienestar de sus hijos. El descuido a la niñez ofende inclusive a aquellos que respetan pocos de los valores morales. Todos estamos preocupados por la multiplicación. De manera similar, los buenos padres trabajan duramente para preparar a sus niños para las tareas de la vida.

Los enviamos a la escuela y les animamos a que estudien. ¿Por qué? No queremos que nuestra descendencia se pierda de las oportunidades que da la vida para dominar.

Tal vez no estemos acostumbrados a describirnos como Moisés lo hizo, pero las experiencias humanas comunes claramente indican que el llamado de Dios a Adán y a Eva no es extraño después de todo. El negar nuestra doble comisión es negar nuestra humanidad.

¿Qué tienen que ver la multiplicación y el dominio con la imagen de Dios? ¿Por qué Moisés se enfocó en estas labores cuando describió a la raza humana? Para ver la conexión debemos viajar a la época en la que Moisés vivió: a los días de los faraones, emperadores y pirámides.

Muchos reinos en el Antiguo Cercano Oriente se extendían sobre cientos de millas cuadradas. Los reyes de estos imperios eran líderes poderosos, pero el tamaño de sus dominios presentaban serios problemas políticos. ¿Cómo podían los reyes ejercer control sobre sus imperios? ¿Cómo podían mantener el orden? Los reyes de la antigüedad simplemente no podían mantener contacto personal con todas las regiones de sus naciones. Necesitaban otras maneras para establecer su autoridad. Muchos gobernantes resolvieron este problema con la construcción de imágenes de ellos mismos en los lugares claves de su reino. Produjeron numerosas estatuas de ellos, y las invistieron con una autoridad representativa. Los museos de la actualidad albergan los restos de algunas de estas estatuas. Cuando miramos fijamente a estas figuras imponentes su propósito original es evidente. Cuando los ciudadanos veían las imágenes de su emperador, entendían a quien debían su obediencia. Sabían con toda seguridad quién gobernaba la tierra.

Moisés describió la doble responsabilidad de la humanidad con este trasfondo histórico en mente. Por supuesto que Dios no necesitaba hacer imágenes de sí mismo; El no tenía problemas para llenar la tierra con su presencia. Pero El escogió establecer su autoridad en la tierra de manera que los seres humanos pudieran entender. Tal como los emperadores antiguos llenaron sus reinos con estatuas de sí mismos, Dios ordenó a sus imágenes poblar la tierra. "Multiplíquense," dijo Dios, "Quiero que mis imágenes se extiendan a los fines del mundo." Igual que los emperadores confirieron la autoridad en sus imágenes, así mismo Dios ordenó a sus imágenes regir la tierra. "Dominen y gobiernen," Dios ordenó, "Les doy la autoridad para representarme en mi mundo".

Nunca entendí el poder de las imágenes hasta que mi esposa y yo visitamos Europa del Este hace casi una década. Al entrar en una prominente ciudad de Polonia, el panorama colorido llamó nuestra atención. Banderas rojas brillantes rodeaban una plaza abierta. Entre los colores se encontraban varias estatuas de soldados armados, todas de por lo menos 8 pies de altura. Cuando le pregunté al taxista sobre este lugar, él me respondió con un acento fuerte, "Es Rusha . . . es Rusha". Luego de un momento, comprendí. Las estatuas eran figuras de soldados Rusos.

Luego de algunos días, compartí esta experiencia con un amigo Polaco. El me dijo que este tipo de estatuas se encontraban alrededor del país. "Se encuentran en casi todos los pueblos", él me explico, "en los parques, y en las esquinas de las calles." Luego con una nota de desesperanza añadió, "Nos recuerdan quién realmente está al mando." Aquellas imágenes de soldados Rusos no eran símbolos vacíos, sino que representaban realidades políticas poderosas.

En años recientes hemos visto muchas noticias de países que una vez sufrieron bajo el gobierno comunista. Los cambios han sido increíbles. Pero los reportes noticiosos que más significado han tenido para mí han sido aquellos que muestran a personas derribando las estatuas de Stalin y Lenin. En un pueblo tras otro, imágenes inmensas de los dictadores pasados han caído al piso.

¿Por qué aquellas personas perdieron tanto tiempo derribando esas estatuas? No habían cosas más importantes que hacer? Tenemos dificultad en entender por qué se le da tanta importancia a estos asuntos? Pero si usted hubiese vivido bajo la sombra de estas imágenes majestuosas, entendería por qué ya no están de pie. Eran símbolos poderosos de cruel opresión.

Ahora podemos ver la importancia de nuestro llamado como imágenes de Dios. Si imágenes sin vida de políticos finitos pueden tener tanto significado, ¿cuánta más importancia tenemos usted y yo como imágenes vivientes del Dios eterno? Fíjese en el honor que Dios nos a dado a usted y a mí. Nos ha dado el privilegio de proclamar en todo lo que hacemos que nuestro Dios está en control del mundo. Al llenar y gobernar sobre la tierra, cumplimos nuestro verdadero propósito en la vida. Llegamos a puestos de dignidad porque representamos la autoridad del Rey del universo.

Hasta este punto hemos descrito nuestra tarea como imágenes de Dios en términos generales. Ahora debemos ir más allá. ¿Cómo debemos multiplicarnos y tener dominio? ¿Qué actividades están incluidas en los dos aspectos del mandato cultural? No podemos explorar completamente estos asuntos complejos, pero esbozaremos algunos de los contornos importantes de ambos aspectos de la comisión que Dios nos ha dado.

MULTIPLICACION

¿Ha notado alguna vez usted que las señales de carretera comunican más de lo que sus palabras expresan? "Curva cerrada" es más que una información acerca de la dirección de la carretera. La señal comunica a los conductores "disminuya la velocidad y tenga cuidado". " Cruce de ganado" es más que una declaración. Esta señal significa, "tenga cuidado hay ganado que cruza la carretera". Para entender las señales de carretera, se debe adquirir una comprensión básica de las palabras, y a la vez, recordar que éstas conllevan más de lo que el ojo ve. De la misma manera es necesario que entendamos el significado básico de "Fructificar y multiplicaos; llenad la tierra" (Gen 1:28) para entonces explorar el vasto orden de responsabilidades que implican estas palabras.

Comencemos a desempacar nuestra comisión en su nivel más básico. Diciéndolo de una manera sencilla, Dios puso a Adán y Eva en este mundo para que tengan niños. Para

cumplir el propósito ordenado por Dios, nuestros primeros padres tenían que reproducirse.

Este significado básico del mandato de Dios debe ser enfatizado hoy más que nunca. En muchos círculos, a los niños sólo se les ve como molestia. Hacen ruido, preguntan constantemente, se enferman, y cuestan mucho dinero. No sé cuántas veces he oído decir a parejas jóvenes, "No queremos la responsabilidad de tener niños. Ellos sólo se interponen en nuestro camino".

Si esta ha sido su actitud en cuanto a los niños, debe hacerse una pregunta. ¿Cómo es que los niños se interponen en su camino? Es cierto, ellos limitan nuestra búsqueda insaciable de lujos y placeres. Ellos se interponen en carreras profesionales, autos lujosos, y vacaciones extravagantes. Pero los niños no nos impiden llegar a ser lo que Dios quiere que seamos. El nos diseño para tener niños.

Tenemos que ser cuidadosos de no irnos a los extremos. Tener niños es una dimensión importante de la responsabilidad humana, pero tenemos muchas otras tareas que también requieren de nuestra atención. Así como no evangelizamos ni ayudamos a los pobres a cada momento de nuestras vidas, Dios no espera que tengamos tantos hijos como posiblemente podemos tener. Debemos balancear nuestro llamado de la multiplicación física con nuestras otras responsabilidades. La edad y salud de la pareja, las obligaciones de vocaciones extraordinarias, la responsabilidad de tener padres ancianos, consideraciones financieras, y muchas otros factores nos ayudan a determinar el número de niños y el tiempo apropiado para tenerlos. Balancear la responsabilidad de tener hijos con todas nuestras otras tareas realmente requiere de sabiduría. Hay un tiempo para multiplicarse y un tiempo para abstenerse de multiplicar (Ecl. 3:1-8). Cada pareja debe determinar cómo Dios quiere que le sirvan en este respecto.

No obstante, las escrituras dejan en claro que la multiplicación física es un llamado honorable. En días cuando a los niños se les ve tan negativamente, debemos afirmar fuertemente la perspectiva bíblica. La Biblia nos habla de los hijos e hijas como regalos y recompensas (Sal. 127:3); son bendiciones de Dios (Sal. 127:5). Los niños no son una maldición. Más bien, son centrales en la razón por la cual Dios nos ha puesto en esta tierra. Debemos animarnos los unos a los otros con respecto a la multiplicación y debemos gozarnos con aquellos que tienen hijos.

Con la idea básica de multiplicación en la mente, podemos seguir explorando más en este mandato. La multiplicación implica mucho más que simple reproducción biológica. A los animales se les ordeno reproducirse (Gen. 1:22), pero de la humanidad se espera algo mucho más significativo. Adán y Eva no fueron hechos sólo para Imágenes de Dios multiplicarse, sino que fueron creados para multiplicarse como . Dios les ordenó que llenasen el mundo de gente que pudiera servir como Sus regios representantes.

Si la maldad no hubiera venido a este mundo, este labor hubiera sido relativamente fácil. Los niños naturalmente habrían crecido en el servicio al Señor. Sin embargo, con la venida del pecado, los niños no nacen con una tendencia natural de seguir los

mandamientos de su Creador. Los padres deben mostrarles el camino. Ahora la multiplicación es una tarea tanto física como espiritual. Esta involucra la responsabilidad tener hijos y de enseñarles a vivir como imágenes de Dios.

Recuerdo la visita a una mujer que acababa de dar a luz a su primera hija. El parto había sido difícil, pero tanto la madre como la hija estaban bien. Cuando salía, la mujer sonrió y dijo, "Bueno, creo que ya hice mi contribución con llenar la tierra". Yo le respondí, "no, tú sólo has empezado. Ahora tú tienes que enseñar a tu hija a vivir como imagen de Dios". La multiplicación en un mundo caído en pecado tiene una dimensión espiritual crucial. Nosotros cumplimos nuestra labor solamente cuando criamos a nuestros hijos para servir a su Creador.

Esta dimensión espiritual de la multiplicación nos ayuda a entender la relación especial del pacto que existe entre Dios y los hijos de los creyentes. A través de la escritura, Dios trata a los descendientes de los creyentes como aquellos que esperan ser herederos de la gracia salvadora. Por ejemplo, el pacto con Noé involucró a él y a toda su familia (Gen 7: 1; 9: 1,9). Varias promesas fueron hechas a Abraham y sus descendientes (Gen. 17:7). Moisés declaró que la revelación de Dios pertenece "a nosotros y a nuestros hijos" (Deut. 29:29). Las promesas hechas a David fueron para él y para sus descendientes (2 Sam 7:12-16). Incluso el Nuevo Testamento afirma que la promesa del Espíritu Santo es para ti y tus hijos (Hech. 2:39). El apóstol Pablo declaró que los hijos de los creyentes son "Santos" apartados del mundo (1 Cor. 7:14).

El lazo establecido entre Dios y nuestros hijos no es garantía de su salvación, pero nosotros podemos tener una medida especial de esperanza para ellos. Los hijos del pacto son educados en la palabra de Dios; viven en medio del pueblo de Dios y prueban de las bendiciones concedidas en Cristo. Ellos deben confiar personalmente en Cristo, pero se espera que los hijos y las hijas de los creyentes sean herederos de la gracia que es ofrecida a través de el Salvador.

La importancia de la paternidad en la multiplicación está remarcada en las palabras de Deuteronomio 6:4-9. A través de los siglos los judíos han repetido el verso 4 como un resumen de su fe: "Oye Israel: Jehová nuestro Dios, uno es."

Los seguidores de Cristo conocen el quinto verso de este pasaje como el más grande mandamiento en la Biblia (vea Mat. 22:37-38): "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu fuerza."

Pero note las instrucciones que siguen después de estos pasajes tan famosos: "Y estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón; y las repetirás a tus hijos; y hablarás de ellas estando en tu casa, y andando por el camino, y al acostarte, y cuando te levantes. Y las atarás como una señal en tu mano, y estarán como frontales entre tus ojos; y las escribirás en los postes de tu casa, y en tus puertas" (Deut 6:6-9).

Estos versos apuntan en dos direcciones. Por un lado, los adultos son quienes ponen los mandamientos del Señor en sus propios corazones (Deut.6:6). Por otro lado, ellos son los

que enseñan la Palabra de Dios a sus hijos (Deut.6:7-9). Dios ordenó a los padres que instruyeran a sus hijos en Su Palabra, en la casa, a lo largo del camino, en la mañana y por la noche.

¿Por qué el mandamiento de instruir a los hijos está inmediatamente después del más grande mandamiento de la Biblia? ¿Por qué este mandamiento tiene tanta importancia en la ley Mosaica? La respuesta es simple. Debemos pasar nuestra herencia espiritual a las futuras generaciones, porque este es el corazón de nuestra labor como imágenes de Dios. Sin una multiplicación espiritual dejaríamos de cumplir nuestro propósito básico en la tierra. A través de nuestro ejemplo, disciplina, enseñanza y oraciones, nosotros llevamos a nuestros hijos a vivir a la semejanza de Dios. Ellos también a su tiempo pasaran su herencia en Cristo sobre la próxima generación. La multiplicación como imágenes de Dios trae consigo todo este proceso espiritual.

La labor de multiplicación es mucho mas amplia que esto. Varias veces el Nuevo Testamento emplea la metáfora de la multiplicación cuando se refiere al evangelismo y discipulado. Cuando Jesús comisionó a sus discípulos a multiplicarse, El dijo, " Toda potestad me es dada en el cielo y la tierra. Por tanto, id y haced discípulos a todas las naciones; Bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo." (Mat 28:18-20).

Dios adopta a todo aquel que cree en Cristo dentro de la familia de los fieles. Por medio del trabajo santificador del Espíritu, los transforma a la imagen de Cristo (Rom. 8:29). En este sentido llenamos la tierra como imágenes de Dios, al extender el mensaje de Cristo por todo el mundo. Cumplimos el mandato cultural por medio del cumplimiento del mandato del evangelio.

He encontrado en algunos círculos un terrible malentendido. Muchas personas solteras y algunas parejas llegan a creer que ellos son cristianos de segunda clase porque no han llegado a tener hijos. Piensan que deben casarse y tener sus propios hijos para llegar a ser humanos completos. Sin embargo, nosotros debemos recordar las palabras de Pablo. El insistía que en algunos casos "bueno seria al hombre no tocar mujer" (1 Cor.7:1,8). El don del celibato por causa del Reino de Dios es un llamado muy alto (Mat. 19:10-12). Además, nosotros no debemos olvidar que Jesús, el ser humano perfecto, nunca se caso ni tuvo hijos. Pero cumplió su rol como multiplicador al llamar por medio del evangelio a hombres y mujeres dentro de la familia de Dios.

Estas son buenas noticias para quienes no pueden tener hijos para criarlos en los caminos de Cristo. No hay restricción de la alegría del cumplimiento del llamado a multiplicarse, puesto que ustedes todavía tienen toda oportunidad de llegar a ser padres espirituales. ¿Está usted desilusionado al pensar que nunca tendrá un hijo o una hija? ¿sufre usted la agonía de una vida sin hijos? No se desespere. Así como Pablo llamó a Timoteo "mi hijo verdadero" (1 Tim 1:2), así mismo usted puede alcanzar a otros con el evangelio de Cristo y llegar ser padres y madres espirituales de muchos hijos.

Multiplicar las imágenes de Dios es un gran honor, pero puede ser difícil mantener una actitud positiva. La multiplicación implica trabajo duro día a día. ¿Pasa usted el día persiguiendo a sus pequeños alrededor de la casa? ¿Se pasa usted en su auto la mayor parte del tiempo llevando a sus adolescentes de un lugar a otro? ¿Se dedica usted hora tras hora a ayudar a sus hijos con los deberes de la escuela? Todo este trabajo a veces no resulta muy dignificante. Nadie lo aprecia; nadie lo agradece; nadie lo honra.

¿Se ha dado a sí mismo por años a la tarea de evangelizar? Comparte con sus vecinos, visita la prisión de la ciudad y, contribuye económicamente para el sostenimiento de misioneros. Y ¿qué ha recibido a cambio? ¿Una puerta cerrada bruscamente en su cara? ¿Un vecino que piensa que es usted un fanático? ¿Donde esta la dignidad de todo esto?

Imagine que es usted el siervo de un poderoso rey medieval. El le convoca a presentarse ante su trono majestuoso donde él se sienta sosteniendo sus diamantes más preciosos. Usted puede admirar la belleza de los diamantes cuando brillan en su mano. Para su sorpresa, el rey extiende la mano hacia usted y le dice, "Cuida de estas joyas. Hazlas luminosas y brillantes, de tal manera que todos puedan ver mi gloria". ¿Cómo se sentiría usted? Cualquier siervo se deleitaría por tener tan importante trabajo. Cuán honrado usted se sentiría por haber sido escogido para un trabajo tan noble.

Usted no tiene que imaginarse tal escenario. ¡Usted actualmente lo vive! El Rey del universo le ha llamado, El le ha dado una tarea especial. El le dice: "Toma mis preciosas imágenes", "guardalas, moldéalas, y hazlas hermosas, de tal manera que todos puedan ver mi gloria".

Al criar sus hijos, usted no solamente se reproduce -- como los gatos y los perros. Usted está formando las imágenes del Creador. Cuando enseña a alguien acerca de Cristo, no está solamente extendiendo una ideología religiosa. Dios a confiado su imagen en tus manos. La multiplicación es una labor de la que usted puede estar orgulloso de llevar a cabo.

¿Donde está ocurriendo la multiplicación en su vida? ¿Cómo puede usted llenar la tierra de imágenes de Dios? De una u otra manera, multiplicar la imagen de Dios es una responsabilidad gloriosa que debe ser central en la vida de cada uno de nosotros.

DOMINIO

Cuando los líderes de estado convocan a soldados y los envían a tierras distantes, tienen propósitos definidos en sus acciones. Hay alguna estrategia o meta tras el despliegue de tropas. De la misma manera, Dios despliega Su imagen también por una razón. El mandato de multiplicar tiene una meta. La humanidad tenía una labor que desempeñar al esparcirse por todo el mundo.

Como hemos visto, Dios comisionó a la raza humana para que gobernase sobre la tierra (Gen. 1:28). La multiplicación tenía el propósito de dar a los siervos de Dios el dominio mundial. Pero ¿qué significa exactamente este aspecto de nuestra comisión divina? ¿Qué es el dominio sobre la tierra?

Durante mis primeros años como Cristiano me atraían todo tipo de causas radicales. En una ocasión conocí a un grupo de creyentes que habían dejado la vida de la ciudad y se habían mudado a una granja. Allí ellos cultivaban su propia comida y vivían tan cerca a la tierra como podían. Recuerdo haberle preguntado al líder del grupo por qué habían escogido este estilo de vida. Su respuesta provenía del libro de Génesis: "Dios nos dijo que sojuzguemos la tierra," me dijo, "Y eso es lo que vamos a hacer."

En un sentido, este joven tenía razón, pero estaba equivocado en otros aspectos. El mandato de sojuzgar o dominar la tierra fue mucho más amplio de lo que él imaginaba. El gobernar como imágenes de Dios no significa que todos debemos regresar a cultivar la tierra. Significa que debemos administrar cualquier faceta de la creación que Dios nos ponga delante.

La Biblia deja bien claro que el dominar involucra muchas tareas diferentes. En el principio Adán y Eva eran los jardineros del huerto del Edén (Gen. 2:8), pero esta responsabilidad específica no era el llamado completo de Dios. Dios los había diseñado para tener responsabilidades cada vez más amplias. En las sociedades primitivas la gente ejercía dominio al cultivar la tierra y domesticar animales. En los días de David y Salomón, Israel desarrolló sistemas de comunicación extensivos y comercio internacional. Daniel sojuzgó la tierra al aprender de la sabiduría de los Babilonios (Dan. 1:4) y gobernar como un político efectivo (Dan. 1:20; 2:48). A través de la Biblia, nuestros ancestros espirituales ejercían dominio en un sin número de maneras por donde quiera que iban.

Hoy en día la mayoría de nosotros tenemos poco contacto con la tierra misma. Vivimos en rascacielos sobre ciudades de concreto, o tenemos un pequeño terreno alrededor de nuestra casa en las afueras de la ciudad. Lo más cerca que llegamos a la naturaleza es en un paseo por el parque o un campamento de fin de semana. Vivimos la mayor parte del tiempo aislados de los pequeños detalles de la tierra. Pero esta separación no nos impide ejercer dominio. Tal vez no cazamos nuestra comida ni preparamos la tierra para sembrar, pero no obstante dominamos la tierra cada vez que avanzamos en cualquier aspecto legítimo de la cultura humana. Cumplimos nuestro llamado al ser granjeros, banqueros, amas de casa, doctores, artistas, secretarias, profesores, y trabajadores de fábrica -- la lista sigue y sigue. Nuestros dones y profesiones varían, pero todos nuestros trabajos específicos encajan dentro del mandato general de gobernar sobre la tierra.

Este aspecto de nuestro propósito ordenado por Dios ofrece una perspectiva del trabajo que debemos afirmar hoy. Vivimos en un tiempo en que la gente mal entiende la naturaleza básica del trabajo. Mucha gente toma el trabajo como una maldición. "Odio lo que hago", dicen, "Quisiera ganarme la lotería y simplemente disfrutar de la vida". Pero la perspectiva Bíblica es lo opuesto. Dios comisionó a Adán y Eva a trabajar antes de que el pecado y la penalidad viniera al mundo. El trabajo de ejercer dominio era un privilegio, no una maldición.

Quizás usted se sienta encadenada a una cocina. Lava los mismos platos una y otra vez. Limpia la misma casa día tras día. Tal vez usted pasa sus días fuera del hogar, limitado a un escritorio o una estación de trabajo. El trabajo es una tarea difícil. Su única esperanza es llegar a la edad de jubilación. Si estos son sus sentimientos, algo debe cambiar. Las Escrituras nos revelan que el trabajo es un honor que Dios ha dado a sus imágenes. El trabajo no es para ser despreciado, sino atesorado.

El gran Rey nos ha convocado a cada uno de nosotros a su trono. Esta vez, sin embargo, no nos está encomendando joyas; sino más bien, El está distribuyendo propiedades. "Toma esta porción de mi reino", nos dice. "Yo te nombro mayordomo sobre tu oficina, tu puesto de trabajo, tu cocina. Pon tu corazón en dominar esta parte de mi mundo. Hazlo en orden; desentierra sus tesoros; haz todo lo que puedas con él. Entonces todo el mundo verá cuán glorioso Rey yo soy."

Es por esto que nos levantamos cada mañana y vamos al trabajo. No trabajamos simplemente para sobrevivir -- los insectos hacen eso. Nuestro trabajo es un honor, una comisión privilegiada de nuestro gran Rey. Dios nos ha dado a todos una porción de su reino para explorar y desarrollar a lo máximo. Esta es la razón por la cual Pablo exhortó a los Colosenses, "Y todo lo que hagáis, hacedlo de corazón, como para el Señor y no para los hombres; sabiendo que del Señor recibiréis la recompensa de la herencia, porque a Cristo el Señor servís". (Col. 3:23-24) Las palabras de Pablo nos hablan claramente cuando estemos cansados del trabajo. Debemos trabajar "con todo nuestro corazón", porque "trabajamos para el Señor".

Por cierto, el trabajo no es tan solo un privilegio pero un servicio solemne que ofrecemos a Dios. Muchas personas aman su trabajo por los muchos beneficios que les da. Nos consagramos a nuestros trabajos, pero a menudo lo hacemos por las razones equivocadas. Nuestra motivación es el materialismo -- queremos tener más cosas. La posición social nos motiva -- todos queremos estar en la cima. Como una calcomanía de un guardachoque decía, "La vida es tan solo un juego, y aquel que muere con la mayor cantidad de juguetes, gana."

Pero Dios no nos llamó a tener dominio del mundo para nuestra propia gloria y honor. Dios fue quien les dio el *mandato* a Adán y Eva; El *comisionó* a la raza humana. Trabajamos duro en nuestras labores para que *Dios* reciba el honor.

Los reclutadores militares saben cuánto nos tienta el vivir para nosotros mismos. Ellos diseñan sus lemas para apelar a nuestras motivaciones egoístas: "¡Vea al mundo!" "¡Sea todo lo que pueda ser!". "¡Sea uno de los pocos, los orgullosos!". Estoy seguro de que muchos reclutas quedan sorprendidos al bajarse del autobús para empezar su entrenamiento militar. Al llegar, los sargentos no hablan de viajes ni de llenar sus propias necesidades. Ellos insisten en devoción completa y servicio. ¿Por qué? Porque los soldados egocéntricos no son buenos soldados.

Las imágenes egocéntricas tampoco son buenas imágenes. Gobernar sobre la tierra como la imagen de Dios es un servicio que muchas veces conlleva sacrificar los

placeres y satisfacciones personales para la gloria de Dios. Como Jesús dijo, "Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos." (Mat. 5:16)

Imagínense cuán diferente sería la iglesia si los Cristianos reconocieran que el trabajo se debe hacer para la honra de Dios. ¿Cuántas veces se han dado semillas de discordia porque la gente no recibe la alabanza que piensan deben recibir? Trabajamos duro en la escuela dominical; servimos fielmente como oficiales. Damos nuestro tiempo y energía, pero no recibimos tarjetas, ni llamadas telefónica, ni aplausos. El resentimiento empieza a crecer y nos decimos a nosotros mismos, "No aprecian nada de lo que hago. Nunca haré nada más para esa iglesia". Cuando estas actitudes crecen dentro de nosotros, debemos dar un paso atrás y examinar nuestras motivaciones. ¿Por qué servimos a la iglesia? ¿Cuál es nuestro propósito, promover nuestro propio honor o el honor de Dios?

El trabajo fuera de la iglesia es también un servicio a Dios. Ningún trabajo es secular. Debemos honrar a Cristo en nuestro lugar de trabajo tanto como en nuestro lugar de oración. No podemos proseguir cualquier trabajo que queramos; no podemos trabajar como queramos. Debemos trabajar como Dios lo ha ordenado. Ser la imagen de Dios es recibir el llamado que requiere humilde devoción a la gloria de Dios. Somos criaturas diseñadas para dar honor al Rey a través del dominio de la tierra.

¿Cómo está usted ejerciendo dominio sobre la tierra? ¿De qué manera su trabajo puede ser considerado como un privilegio? ¿De qué manera debe usted cambiar para que ejercite dominio solo para la honra de Dios? Podremos cumplir nuestro llamado a dominar y gobernar la tierra sólo cuando podamos contestar estas preguntas.

CONCLUSION

En este capítulo hemos visto cómo Dios le dio a su imagen una doble responsabilidad. El nos llama a multiplicarnos y a tener dominio sobre la tierra. Cuando miramos nuestras vidas a la luz de esta comisión, descubrimos que nosotros debemos actuar como imágenes de Dios. Es necesario que dediquemos nuestras vidas al privilegio de llenar la tierra y sojuzgarla para la honra de Dios. Para esto fuimos puestos sobre la tierra. ¿Qué labor más importante podríamos tener?

PREGUNTAS DE REPASO

1. ¿Cuáles son los aspectos diferentes de la imagen de Dios que han sido enfatizados por Varios teólogos? ¿Qué enfatizó Moisés acerca de la imagen de Dios en el primer capítulo de Génesis?
2. ¿Cuál es el mandato cultural apropiado para la imagen de Dios? ¿Qué trasfondo histórico explica nuestro trabajo como imágenes de Dios?
3. Explique la comisión de multiplicarnos. ¿Cómo el pecado ha expandido el aspecto espiritual de este llamado?
4. Explique la comisión de tener dominio sobre la tierra. ¿Cuáles son las dos maneras en que esta responsabilidad debe afectar nuestra visión de trabajo?

EJERCICIOS DE DISCUSION

1. ¿Por qué se titula este capítulo "Conociendo nuestra responsabilidad?"
2. Haga una lista de diez cosas que usted hace durante un típico día de trabajo. ¿Asocia usted estas cosas con la multiplicación, con el dominio o con ambos? ¿Por qué?
3. ¿Cual es el obstáculo mas difícil que uno enfrenta en la multiplicación? ¿Por qué le molesta tanto este obstáculo? ¿Como le ayuda la perspectiva bíblica de la multiplicación en esta lucha?
4. ¿Cual es el problema más grande que encuentra en ejercer dominio? ¿Por qué se le hace tan difícil? ¿Como le ayuda la perspectiva bíblica del dominio en esta lucha?

Capítulo 3

Hundiéndose en la Ruina

Cuando mi esposa y yo compramos nuestra primera casa, el constructor nos ofreció un puñado de fotografías. "lleven estas fotos con ustedes," insistió. "Les mostrarán mucho acerca de la casa." Según las revisamos, nos dimos cuenta que la mayoría de las fotografías habían sido tomadas durante las primeras etapas de la construcción: la nivelación del terreno, la colocación de una capa de arena especial, el armado de varillas de acero reforzadas, y el vaciado de la mezcla de concreto. No podíamos entender por qué el constructor se interesó tanto en mostrarnos las fotografías del cimiento de la casa. Estábamos más interesados en las cosas que nuestros visitantes notarían: el color del tapiz para la pared, el estilo de la alfombra, los marcos de las ventanas. "¿Por qué tantas fotografías del cimiento?" nos preguntábamos.

Unos meses más tarde nos enteramos de la razón. En esta zona del país, la tierra es un tipo de barro movedizo conocido como la "arcilla Yazoo". La expansión y encogimiento de la arcilla causa que el terreno se levante o baje en ocasiones. Como resultado, casi todas las casas construidas en estas arcillas pasan por un periodo de asentamiento. Una persona me dijo, "Aquí sólo hay dos tipos de casas: aquellas que se han hundido y aquellas que se están hundiendo". No importa que tan bonita sea tu casa, continuó diciendo. "Cuando la tierra se mueve, aún la casa del gobernador se hunde."

En los primeros capítulos de este libro, vimos que Dios creó originalmente a Adán y a Eva como sus imágenes nobles. Eran mejores que la mansión de cualquier gobernador. Pero el propósito original de Dios en cuanto a la dignidad del hombre no duró mucho. La tierra empezó a moverse debajo de Adán y Eva y la raza humana cayó en la ruina.

ENGAÑO ANTES DE LA RUINA

¿Cómo cayó la humanidad en la ruina? ¿Qué proceso llevó a la corrupción de nuestra dignidad original? La mayoría de la gente está familiarizada con la historia de la caída del hombre en el pecado. Dios advirtió a Adán y a Eva que no comieran del fruto prohibido, y ellos lo comieron de todos modos. Pero los acontecimientos precedentes a este acto de desobediencia son más complicados de lo que recordamos. Adán y Eva no se arrojaron descaradamente en las fauces de la muerte. Más bien, su decisión de rebelarse contra Dios fue precedida por un proceso de engaño sutil.

El Génesis nos dice que Eva encontró a Satanás en la forma de una serpiente que hablaba. "La serpiente era astuta, más que todos los animales del campo que Jehová Dios había hecho" (Gén 3:1), y atrajo a Eva hacia su perdición. ¿Cómo hizo Satanás esto? ¿Cuál fue su estrategia? La estrategia de Satanás en el Jardín del Edén se centró en una cosa: el orgullo humano.

La palabra orgullo siempre me recuerda un incidente que tuvo lugar después de una obra teatral de mi hija en primer grado. Después de la presentación, la maestra felicitó a toda

la clase. "Niños y niñas" dijo, "Deben estar orgullosos de ustedes mismos. Hicieron un excelente papel".

Esa tarde mi hija llegó a casa terriblemente frustrada. Entró a mi estudio y dijo llorando, "Mi maestra hizo una cosa muy mala hoy!" "¿Qué pasó?" Le pregunté. Ella dijo que debemos estar orgullosos, pero tú y mamá dicen que ser orgulloso es malo!"

Mi hija estaba en lo cierto. Nosotros le habíamos enseñado que "Antes del quebrantamiento es la soberbia, y antes de la caída la altivez de espíritu" (Prv 16:18). Ella sabía que el orgullo es la fuente de muchos males en el mundo.

Ese día sin embargo, tuvimos que explicarle que la palabra orgullo tiene muchos significados. A veces tiene una connotación positiva. "Ten un poco de orgullo," decimos. "No te avergüences de quien eres." Queremos que nuestros hijos tengan esta legítima autoestima y les decimos que se deleiten de su herencia religiosa, de su nación y de su familia. Todos necesitamos una cierta medida de ese orgullo positivo.

Pero otras veces, hablamos de orgullo en un sentido negativo; como una actitud que la gente debe evitar. Siempre aconsejamos "No seas tan orgulloso de ti mismo, la gente pensará que eres el más arrogante del mundo" Este tipo de orgullo nos lleva a una falsa apreciación de nosotros mismos. Enseñamos a nuestros hijos a evitarlo y nos cuidamos nosotros mismo de no caer en el.

La mayoría de las veces, los cristianos asumen que Adán y Eva cayeron en el pecado porque pensaron demasiado alto de ellos mismos. Decimos: "Su arrogancia los llevó a la rebelión." Este punto de vista es verdadero en cierto sentido. Pero como veremos más adelante, Adán y Eva tuvieron problemas con ambos tipos de orgullo. Satanás primero les robó el orgullo legítimo y después los llevó a desafiar a su Creador.

El primer paso del engaño de Satanás es evidente cuando reconocemos el honor que Dios les dio a Adán y a Eva. Nuestros primeros padres seguramente se vieron así mismos con un alto nivel de auto-respeto porque Dios les dio mucho valor. Muchos aspectos en la narración de Moisés nos revelan el estado especial que fue dado a Adán y Eva en la creación de Dios.

Primero, Adán y Eva debieron tener orgullo positivo por la gran oportunidad que les fue concedida. Dios los había puesto en el Edén para ser sus jardineros. Dios comisionó a Adán "para que lo labrara [el jardín] y lo guardase" (Gén. 2:15).

En la actualidad no pensamos que la jardinería sea un llamado especial, pero el Edén no era un jardín ordinario. Era "el jardín de Dios" (Ez. 31:9), el regio jardín del gran Rey. Adán no agonizó en un foso de esclavo; su lugar de trabajo fue un paraíso lleno de ríos portadores de vida, piedras preciosas e innumerables variedades de plantas y animales (Gn. 2:8-14). Vivir en ese tipo de jardín era un privilegio; cuidarlo era algo más que un honor. ¿Cómo se debieron haber sentido Adán y Eva con semejantes bendiciones?

Segundo, la instrucción de Dios para Adán proveía una base sólida para la autoreflexión positiva. "Y mandó Jehová Dios al hombre diciendo: De todo árbol del huerto podrás comer; mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás (Gn. 2:16-17).

Cuando leemos este pasaje, su prohibición nos llama poderosamente la atención. "¿Por qué Dios les mandó no comer aquel fruto? ¿Por qué puso a Adán a prueba?" nos preguntamos. Estas son interrogantes importantes pero fácilmente nos distraen del resto del significado de estos versículos. Dios también les dio a sus imágenes gran libertad. El le dijo a Adán, "De todo árbol del huerto podrás comer" (Gén. 2:16), con una sola excepción.

La libertad de Adán quizás no suene muy significativa a nuestros oídos modernos, pero imagínese como se debieron sentir los antiguos Israelitas cuando oyeron estas palabras. En su tiempo, todo el producto del jardín del rey estaba reservado para la familia real. Un jardinero común nunca podía atreverse a comer de él. Sin embargo, este no era el caso del Edén. El Rey de la creación dio permiso a su jardinero de comer de todo árbol, menos de uno. Adán tenía en sus pies todas las riquezas personales del Creador.

Tercero, la importancia de la humanidad a los ojos de Dios, es mostrada a través de la creación de Eva. "No es bueno que el hombre esté solo," dijo Dios. "Le haré ayuda idónea para él" (Gén. 2:18). La tarea dada a Adán era demasiada para él solo. ¿Cómo podría un hombre llenar la tierra con imágenes de Dios? ¿Cómo podría sojuzgar todas las cosas por sí solo? Para ayudar a Adán a cumplir todos estos propósitos, Dios le dio una compañera.

Moisés repite la palabra "idónea" en Génesis 2:18-20 para indicar la maravillosa provisión de Dios para Adán. Adán y su pareja tenían que ser perfectos el uno para el otro. Adán buscó en el reino animal pero no "halló ayuda idónea para él" (Gén. 2:20). Así que Dios creó a Eva de su costilla y se la presentó. Adán estaba tan contento por Eva que entonó la primera canción registrada en la Biblia. "Esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne; esta será llamada Varona, porque del varón fue tomada" (Gén. 2:23). Moisés después comenta, "Y estaban ambos desnudos, Adán y su mujer, y no se avergonzaban" (Gén. 2:25).

Este fue un matrimonio hecho en el cielo. ¡Qué tremendo honor! Dos personas perfectamente compatibles para estar uno con el otro. Ni un conflicto, ni un problema; absolutamente ninguna barrera que estorbara su vida juntos. Vivían en absoluta armonía, listos para hacer todo lo que Dios quería que hicieran. Dios pensó tanto en Adán y Eva que preparó todo a la perfección. ¿Qué más podrían haber querido? Al mirarse el uno al otro podían ver cuán valiosos eran para Dios.

El énfasis de Moisés sobre las bendiciones dadas a Adán y a Eva presentan la fase inicial del esquema engañoso de Satanás. En lugar de desafiar descaradamente a Eva para que se

rebele contra su Creador, Satanás primero la condujo a sentirse insatisfecha con el honor que Dios le había dado. Convenció a Eva a cuestionar la dignidad de su condición: "¿Con que Dios os ha dicho: No comáis de todo árbol del huerto? . . . sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos" (Gén. 3:1,5). En efecto, la serpiente la instó, "Mírate Eva. Dios ha guardado lo mejor lejos de ti. ¿Cómo puedes vivir tranquila cuando Dios te ha tratado de esta forma?"

Los políticos americanos reconocen este principio de persuasión. Durante las elecciones presidenciales el partido opositor siempre tiene una estrategia de doble propósito. No sólo promueven a su propio candidato, sino que desacreditan al otro partido tanto como puedan. Frecuentemente la mayor parte de la campaña es dedicada a la difamación. ¿Por qué se ocupa tanto tiempo criticando al otro partido? Porque la gente debe ver la necesidad de un cambio antes de dar su voto. El público cambiará de opinión sólo después de estar convencido que la actual situación no es buena.

Así es precisamente como Satanás actuó con Eva. Mientras ella confiaba en el honor que Dios le había dado, no tenía razón para cambiar. Consecuentemente, la Serpiente primero convenció a Eva de que no era suficientemente bueno ser la corona de la creación. Con la influencia de Satanás, Eva empezó a mirarse. Despreció el maravilloso diseño que poseía y empezó a volverse contra su Hacedor.

Es fácil juzgar a Adán y a Eva, preguntándonos cómo pudieron ser tan ciegos. ¿Acaso no podían ver cuánto les había dado Dios? ¿Por qué perdieron la visión de su estado privilegiado como imágenes de Dios?

Pero cuando juzgamos a Adán y Eva, también nos juzgamos a nosotros mismos. También nosotros perdemos muy fácilmente la visión de nuestro privilegio como imágenes de Dios. Por supuesto, no vivimos en un paraíso, pero las bendiciones de Dios aún nos rodean. El mantiene el mundo en orden, nos muestra su paciencia cuando pecamos, provee para nuestras necesidades de la vida y otorga una medida de prosperidad y lujo a muchos. No obstante, muchas veces encontramos muy poco honor en su bondad, nos volvemos en su contra y seguimos la fruta venenosa del pecado.

Los incrédulos caen presa de esta tentación de muchas maneras. El pecado engaña de tal manera a aquellos que están sin Cristo que no se dan cuenta de la gracia de Dios hacia ellos. Los regalos de salud, familia y trabajo son considerados comunes, no nos mueven a una actitud de gratitud a Dios. ¿Cuál es el resultado de este engaño? El mismo es para los incrédulos como lo fue para Eva. Ellos no valoran la dignidad que Dios les da. Por eso buscan su importancia en los caminos del mal.

El engaño de Satanás también toma muchas formas en la vida cristiana. Olvidamos la gloria del perdón y el privilegio de la adopción como hijos de Dios. Aún perdemos la visión de nuestra vida resucitada en Cristo. Despojados de la seguridad de ser tesoros especiales de Dios, buscamos otras cosas para sentirnos valiosos.

Muchas veces los cristianos comparamos nuestra vida con la de otros y nos preguntamos acerca de nuestra dignidad. "Mira a ese individuo", nos decimos. "El consiguió que todo marche de acuerdo a sus deseos. Si yo soy tan especial, ¿por qué yo no tengo tanto como él?" Durante periodos de juicio y sufrimiento, esta actitud es comprensible. Incluso el salmista miró a su vida y clamó, "Más yo soy gusano, y no hombre" (Sal. 22:6). Sin embargo debemos ser cuidadosos y no sentirnos deshonrados simplemente porque no tenemos todos los lujos que otros gozan.

Cuando somos tentados de esta manera, necesitamos mantenernos firmes en la preciosa enseñanza de la Escritura. Cristo nos ha dado a cada uno de nosotros muchas bendiciones, de manera que no tenemos razón para cuestionar nuestro valor. Cristo ascendió a las alturas y dio dones a su iglesia (Efes. 4:7-8). Haciendo esto El nos ha asignado una mayordomía honorable a cada uno de nosotros. Algunas bendiciones pueden parecer mayores que otras porque son más visibles, pero todos los dones del Señor son benevolencias de gracia. El concede su espíritu a todo su pueblo; el nos asegura su presencia ahora y una recompensa celestial inconmensurable en el futuro. Con estos dones abundando en nuestras vidas, deberíamos estar convencidos de nuestro posición de privilegio.

Los cristianos también pierden el sentido de dignidad al concentrarse demasiado en sus fallas. Todos necesitamos corrección y motivación para ser más obedientes. Cuando nos extraviarnos lejos de Cristo, necesitamos una fuerte reprensión. Sin embargo una dieta constante de juicio y corrección, --"el gusanismo santo", lo llamo yo -- nos deja convencidos de una mentira engañadora. Confundimos humildad con autodegradación. Nos vemos nosotros mismos como buenos para nada, miserables, gusanos detestables, no como las imágenes altamente valiosas y redimidas del Creador.

No perdamos de vista nuestras faltas, pero tampoco nuestro valor ante los ojos de Dios. Los cristianos somos los coherederos con Cristo (Rom. 8:17); el nos llamó sus amigos (Jn. 15:15); somos miembros de su cuerpo (Ef. 5:29-30); el nos aprecia como a su esposa (Ef. 5:23,25; Apoc. 21:9). ¿Suenan esto como que somos unos gusanos sin valor?

Muchos cristianos se sienten muy incómodos de afirmar su valor ante Dios. Temiendo ensoberbecerse, ellos rechazan cualquier sentimiento positivo acerca de ellos mismos. A pesar de que este punto de vista pueda parecer muy piadoso, conduce a un peligro muy serio. El fallar en reconocer el honor que Dios nos ha dado nos lleva directamente al camino de la rebelión.

Satanás esta buscando la manera de robarnos nuestro sentido de dignidad de la misma manera que lo hizo con Eva. Cuando él tiene éxito, nos tiene exactamente en donde el quiere que estemos. Estamos listos para buscar nuestra satisfacción en otros lados y hacer exactamente lo que Eva hizo.

Por ejemplo ¿Por qué caemos en el pecado de la codicia? Primero, sentimos insatisfacción por lo que tenemos. La cuenta del banco está baja; el automóvil viejo es una vergüenza; creemos que nuestra casa no es suficientemente bonita. Sentimos que

merecemos más y vamos tras de ello. ¿Qué es lo que nos lleva a la infidelidad matrimonial? Más frecuentemente de lo que se cree, el adulterio comienza con una insatisfacción en el hogar. Dejamos de reconocer el privilegio de nuestro matrimonio. Dejamos de ver a nuestro cónyuge y a nuestros hijos como un regalo de Dios. Una vez que hemos perdido el sentido de gozo en nuestro matrimonio, la puerta esta abierta para buscarlo en otros brazos.

En lugar de hacer énfasis en nuestras fallas y necesidades, debemos alcanzar una firme convicción de nuestro valor ante los ojos de Dios. Cuando estamos absolutamente convencidos del honor que Dios nos ha prodigado en Cristo, le servimos con entusiasmo. Pero cuando olvidamos lo que Dios ha hecho, estamos destinados a rebelarnos en su contra nuevamente.

Hasta este momento, hemos visto solamente un lado de la manipulación del orgullo de Eva por parte de la Serpiente. Echemos un vistazo al segundo nivel de su estrategia. Una vez que Satanás causo en Eva la perdida de su confianza y dignidad, la lleva hacia un arrogante desafío a Dios. Sin embargo aun este aspecto de la tentación fue engañoso.

Si alguien le ofrece un plato de veneno ¿Lo comería usted? Probablemente no. Usted rechazaría un pan rociado con cianuro, aun si se estuviera muriendo de hambre. Usted echaría a un lado un vaso de anticongelante, sin importar cuan sediento esté. "No me importa lo que usted diga", insistiría, "Yo se que esto es veneno".

Adán y Eva eran lo suficientemente listos como para rechazar una oferta de veneno. La Serpiente sabía esto. Por esta razón ella no dijo, "Ven Eva come este fruto aunque te matará". En lugar de esto le coaccionó de manera que pensara que el fruto era bueno para ella: "No moriréis; sino que sabe Dios que el día que comáis de él serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal." (Gen. 3:4-5).

Dios le advirtió a Adán que el comer del árbol del bien y del mal le mataría (Gen. 2:17). Pero Satanás le dijo a Eva, "Tu serás como Dios, conocerás el bien y el mal." Eva comió del árbol cuando se convenció de que el fruto prohibido le daría el honor que ella anhelaba como imagen de Dios.

El Maligno continúa con esta estrategia hoy en día. El nos lleva al pecado convenciéndonos que eso es bueno para nosotros. ¿Cuántos de nosotros mentimos porque nos damos cuenta que mintiendo destruiremos nuestras vidas? ¿Cuántos cristianos no respetan el día de reposo porque el trabajar siete días a la semana nos desgasta? Si vemos que una acción nos va a hacer daño, generalmente la evitamos. ¿Por qué entonces sucumbimos a las acciones pecaminosas que inevitablemente nos destruyen? Estamos convencidos que el pecado nos beneficiará de alguna manera. Creemos que por lo menos el pecado nos hará la vida más llevadera. Aun cuando sabemos que algunos comportamientos nos costaran al final, nos convencemos que los beneficios inmediatos compensan el daño eventual.

Esta clase de engaño la encontramos en todos lados. Televisión, cine, libros y revistas nos dicen que los valores cristianos tradicionales están restringiéndonos y deshumanizándonos. La promiscuidad sexual es presentada como una experiencia positiva de mutuo consentimiento entre los adultos. La codicia nos concede el beneficio de la riqueza. El divorcio nos lleva a la libertad personal. Al final llegamos a creer que el mal es bien, y que el bien es mal. Buscamos el pecado por sus beneficios y animamos a otros a hacer lo mismo.

¿De que manera llegamos a creer estas mentiras? Lo hacemos de la misma manera que Eva llegó a creer que el fruto prohibido era bueno. Note lo que ella hizo justamente antes de comer: "Y vio la mujer que el árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos, y árbol codiciable para alcanzar la sabiduría; y tomo de su fruto, y comió; y dio también a su marido, el cual comió así como ella" (Gn. 3:6). Eva hizo su propio análisis del fruto. "No me importa lo que digan", debe haber pensado ella. "Yo mismo revisaré este fruto". Eva miró hacia el árbol y lo examinó con sus propios ojos. Ella lo comió sólo después de convencerse por sí misma, que el árbol era "bueno para comer, y que era agradable a los ojos, y árbol codiciable para alcanzar la sabiduría" (Gen. 3:6).

Fácilmente pasamos por alto la importancia del desarrollo de estos acontecimientos porque vivimos en una época que nos anima a investigar el mundo por nosotros mismos. Los padres enseñan a sus hijos a investigar la vida meticulosamente. Los avances científicos demuestran el valor de los experimentos y descubrimientos que están llenos de creatividad. Desde este punto de vista parece que Eva meramente utilizó los dones dados por Dios para escoger la mejor opción.

Aunque hay una pizca de verdad aquí, Eva no utilizó simplemente sus habilidades, sino que les dió mal uso. En lugar de emplearlas razonadamente en consciente sumisión a la palabra de su creador, ella misma se puso como el juez supremo. Ella por sí misma determinó que hacer con el fruto a pesar de la revelación de Dios.

Ahora podemos darnos cuenta de qué manera la tentación hacia el falso orgullo es tan efectiva. Mucha gente no agita su puño conscientemente en la cara de Dios y salta a las huestes de Satanás. Pocas personas pactan conscientemente con el diablo. En muchos casos la gente tiene buenas intenciones. "Yo mismo puedo ver que esto es una buena elección," decimos. "Si engaño será en mi provecho;" o, "necesito el divorcio;" o, "El aborto es mi mejor opción." Pero en realidad nos hemos apartado de la verdad confiando en nuestros propios poderes de discernimiento en lugar de la Palabra de Dios.

Cuando yo tenía unos siete años, los muchachos de mi barrio solían construir carros modelo y realizaban carreras en mi calle. Muchos de ellos eran algo mayores que yo, y construían unos carros fantásticos. La pintura parecía auténtica; todas las partes estaban en el lugar correcto; sus carros rodaban rápido y lejos. Cuando hice mi primer modelo, me tomó el fin de semana completo el armarlo y tenerlo listo para la carrera del lunes. Pero cuando fui a probarlo temprano en la mañana, el carro no se movió. Lo empujaba una y otra vez, pero simplemente no rodó. Durante la noche, el pegamento se había filtrado en las ruedas y las había solidificado.

Corrí a la casa sumido en lágrimas llamando a mi mamá. "¡Mi carro no rueda! ¡mi carro no rueda!, yo gritaba.

Entonces ella me preguntó, "¿Seguiste las instrucciones?" "¿Las instrucciones?" respondí. "¡Yo no necesito leer instrucciones!"

Pero su respuesta fue terminante. "Dudo que tu sepas cómo armar el carro mejor que el fabricante."

Ella me bajó los humos. Yo era el tipo de muchacho que nunca leía las instrucciones. Yo pensaba que era una señal de genialidad dejar unas cuatro o cinco piezas sin utilizar cuando se construía un modelo. Pero la realidad era que yo no sabía más que el fabricante. Confiaba en mi propia habilidad, pero aquella confianza era falsa.

Eva hizo lo mismo en el Paraíso. Dios le dijo que comer del fruto le traería la muerte, sin embargo ella asumió que no necesitaba las instrucciones del Creador. Ella podía decidir correctamente por sí misma. ¿Y cuál fue el resultado de su selección? ¿Quién sabía más - - Eva o el Fabricante? Como nos dice la Escritura, la fruta estuvo envenenada después de todo; y trajo a la humanidad la sentencia de muerte.

Por generaciones, la gente ha imitado la arrogancia de Adán y Eva. A pesar del sinnúmero de problemas que traemos sobre nosotros, aún ponemos la sabiduría humana como el criterio definitivo para llegar a la verdad. Pero, ¿A dónde nos ha llevado esta sabiduría humana que está divorciada de la revelación de Dios? ¿Cuán bien lo hemos hecho a través de los milenios? Repetidamente nuestras decisiones nos han llevado a la ruina. Miremos el testimonio de la historia. Los grandes logros son solamente breves treguas de la opresión, injusticia, y destrucción que han dominado nuestro pasado. Cuando somos honestos con nosotros mismos, debemos reconocer que nuestro falso orgullo nos ha destruido.

Examinando la primera tentación, podemos aprender mucho sobre nosotros mismos. Satanás nos hace un truco jugando con nuestro orgullo. Primero nos quita el orgullo legítimo por el honor que Dios nos ha dado. Luego nos lleva a perseguir un falso orgullo. Nos apartamos de Dios y decidimos que podemos descubrir por nosotros mismos cómo hacer la vida digna de vivirse. Sin embargo, de la misma manera que en el Edén, nuestras decisiones son causa de nuestro hundimiento en la ruina.

EL DESVIO HACIA LA RUINA

Hace unos meses, me dirigía hacia un centro de retiro en la zona rural de Florida. El sol se estaba ocultando y el tiempo se hacía más corto. "Me quedan treinta minutos ante de la conferencia," pensé mientras aceleraba para llegar a tiempo. Pero luego de veinte minutos, estaba completamente perdido. Me dirigí hacia una estación de gasolina y pedí ayuda.

"No hay problema," me aseguró un joven. "Sólo tuvo un desvío equivocado."

"¡Grandioso! contesté. "No está tan mal."

Pero entonces el sonrió y dijo, "sí, fue solamente un desvío, pero lo hizo hace una hora!" No hay necesidad de decirlo, no llegué a la conferencia a tiempo. Fue sólo un desvío errado, pero la equivocación me llevo lejos de mi destino.

Adán y Eva tuvieron un desvío erróneo en el Edén al comer el fruto prohibido. Fue sólo un acto de desobediencia, pero nos ha llevado a todos nosotros lejos de nuestro destino original. ¿Cuáles fueron los resultados de su pecado? ¿De qué manera afectó su rebelión a la raza humana?

Dios había advertido a Adán, "Porque el día que de el comieres, ciertamente morirás" (Gn. 2:17), y su advertencia fue verdadera. Dios expulsó a Adán y a Eva del jardín, cortándolos del árbol de la vida (Gn. 3:23-24). La muerte espiritual vino inmediatamente; como ola de una marejada repentina, destruyendo toda la rectitud moral de la humanidad. La imagen de Dios terminó muerta en sus delitos y pecados (Ef. 2:1). Desde aquel entonces, no existe el bien en nosotros. Cada ser humano, luego de eso, vino al mundo espiritual y moralmente muerto.

También la muerte física le vino a Adán y a Eva. La vida humana comenzó a caracterizarse por el sufrimiento, la enfermedad, y el dolor. La vida de la imagen de Dios fue reducida poco menos que a una muerte prolongada.

Mucha gente, hoy en día, escucha este pasaje bíblico y se burla. "Mi vida no es tan mala; me va muy bien," dicen ellos. Debemos admitir que mucha gente goza de excelente salud y se da la gran vida. Si esto es así, ¿cómo puedo yo decir que el pecado ha arruinado a la raza humana? ¿No es la descripción bíblica un poco exagerada?

Si miramos detenidamente, en seguida nos percatamos que la historia de Moisés es muy exacta. Muchos no creyentes simplemente se han cubierto con un disfraz de felicidad. Ellos parecen no estar afectados por el pecado; parece que ellos lo han conseguido todo. Pero en el fondo de esa fachada de éxitos, los no creyentes difícilmente son lo que pretenden ser. El apartarse de Dios los ha reducido a una imitación barata de lo que ellos reclaman ser.

¿Cuáles han sido los resultados de nuestra rebelión en contra de Dios? Respondamos esta pregunta mirando dos cosas: qué es lo que el pecado *hizo* y qué es lo que *no hizo*.

En primer lugar, debemos ver que es lo que el pecado a la raza humana. Simplemente dicho, la caída de la humanidad no nos ha reducido a bestias. El hombre sigue siendo la imagen de Dios a pesar de sus fallas. Posiblemente ya no vivimos como imágenes de Dios, pero cada persona, sin importar lo malo o vil que sea, es aún la imagen visible de Dios en el mundo.

Dos pasajes de la Escritura indican claramente que el hombre sigue siendo la imagen de Dios. Luego del diluvio, Dios le dijo estas palabras a Noé: "El que derramare sangre de hombre, por el hombre su sangre será derramada; porque a imagen de Dios es hecho el

hombre" (Gen. 9:6). El asesinato es penalizado con la ejecución legal porque cada uno, incluidos aquellos quienes se rebelan contra Dios, son imágenes de Dios.

Un pasaje similar aparece en el Nuevo Testamento. Santiago 3:19 dice: "Con la lengua bendecimos al Dios y Padre, y con ella maldecimos a los hombres, que están hechos a la semejanza de Dios. De una misma boca proceden bendición y maldición. Hermanos míos esto no debe ser así." Esta instrucción no está limitada al trato entre creyentes. Santiago nos pide que tratemos a todo ser humano como a la imagen de Dios.

¿De qué manera el hombre caído sigue siendo la imagen de Dios? ¿En que formas conserva aún la semejanza de Dios? Primero, el hombre posee muchas características básicas concedidas a Adán y a Eva en el comienzo. Exhibimos capacidades racionales y lingüísticas; tenemos naturalezas moral y religiosa; somos almas inmortales. El pecado estropeó severamente estos aspectos de nuestro carácter, pero no los destruyó.

Segundo, el hombre caído sigue siendo la imagen de Dios porque aún se requiere de él que se multiplique y tenga dominio. Luego del diluvio, Dios reiteró a toda la humanidad el mandato original dado a Adán y a Eva: "Bendijo Dios a Noé y a sus hijos, y le dijo: Fructificad y multiplicaos, y llenad la tierra. El temor y el miedo de vosotros estarán sobre todo animal de la tierra, y sobre toda ave de los cielos, en todo lo que se mueva sobre la tierra, y en todos los peces del mar; en vuestra mano son entregados" (Gen. 9:1-2). Noé y sus hijos fueron pecadores, sin embargo Dios insistió en que ellos continúen con el llamamiento original a ser su imagen. El pecado afectó seriamente todas las dimensiones de estas tareas, pero aún somos responsables por ellas. Dios espera de todos que nos multipliquemos y tengamos dominio.

Diga lo que se diga de la humanidad caída, debemos recordar que seguimos siendo la imagen de Dios. Nos hemos rebelado contra nuestro Creador, pero seguimos siendo personas. Todos nosotros somos creaciones especiales diseñadas con habilidades maravillosas y bendecidos con responsabilidades únicas en este mundo.

En segundo lugar, sin embargo, debemos reconocer lo que el pecado *ha hecho* a la raza humana. Somos imágenes de Dios caídas y corruptas. La desobediencia a Dios ha arruinado la humanidad de tal manera que tenemos necesidad de una renovación total.

En el capítulo tercero del Génesis, Moisés reconoce la corrupción de la humanidad de dos maneras. Primero, él señala la marca de nuestro carácter moral. Luego de comer el fruto, Adán y Eva estuvieron abrumados por un sentimiento de culpabilidad. La paz que tenían con Dios se interrumpió de tal manera que ellos se escondieron. Cuando Dios llamó a Adán, él respondió, "Oí tu voz en el huerto, y tuve miedo, porque estaba desnudo; y me escondí" (Gn. 3:10). Originalmente, Adán y Eva estaban desnudos sin vergüenza (Gn. 2:25). Gozaban de una armonía abierta cada uno con Dios. Ahora, sin embargo, ellos reconocieron que ya no eran santos ni justos, sino estaban moralmente corrompidos.

El resto de la Escritura nos enseña que el pecado afectó cada dimensión del carácter humano. Somos totalmente depravados. Por supuesto, no somos tan malos como

podríamos ser. Dios restringe el pecado y nos capacita para evitar nuestra ruina completa. Sin embargo, si estuviéramos sólo a nuestras expensas, estaríamos completamente corrompidos en todas nuestras facultades. Nuestro proceso de pensamiento está tan oscurecido que tergiversamos y pervertimos la verdad (I Cor. 2:14; Jn. 1:5; Rom. 8:7; Ef. 4:18; Tito 1:15). Nuestras voluntades se han rendido incapaces de escoger lo que es espiritualmente bueno (Juan 8:34, 2 Tim. 3:2-4). Nuestros afectos se han echado a perder y dirigido equivocadamente de tal manera que amamos al mundo y sus placeres malignos (Juan 5:42; He. 3:12; I Juan 2:15-17). Por estas razones estamos bajo el juicio de Dios (Juan 3:18-19) e incapacitados para hacer algo para redimirnos nosotros mismos (Juan 6:44; 3:5; Rom. 7:18,23). El pecado de Adán y Eva ha tenido un efecto devastador en el carácter humano.

Segundo, Moisés también enseñó que el pecado dejó su marca en nuestro llamado como imágenes de Dios. Dios maldijo a Adán y a Eva en las áreas más centrales de sus vidas: multiplicación y dominio. Consideremos las palabras de Dios a la mujer: "Multiplicaré en gran manera los dolores en tus preñeces; con dolor darás a luz tus hijos; y tu deseo será para tu marido, y él se enseñoreará de ti. (Gn. 3:16). Eva enfrentó una terrible maldición sobre el tener hijos y el matrimonio. Ella continuaría casada y teniendo hijos, pero ahora ambos aspectos de su vida se habían corrompido.

De un lado, la armonía entre Adán y Eva se interrumpió "tu deseo será para tu marido, y el se enseñoreará de ti." La hostilidad reemplazó la unidad y cooperación que existía antes, el matrimonio se convirtió en lugar de problema y conflicto.

Del otro lado, Dios se dirigió al tener y criar hijos: "Multiplicaré en gran manera los dolores de tus preñeces." El glorioso privilegio de producir imágenes de Dios se convirtió en una carga dolorosa. Ahora eso se llevaría a cabo con sufrimiento.

Usualmente, limitamos esta maldición a la incomodidad física de tener hijos. Ciertamente, los dolores de la labor del parto están considerado aquí; los hijos vienen al mundo infligiendo dolor a sus madres, sin embargo, el dolor sobre el cual habla Dios en Gn. 3:16 también tiene una connotación de sufrimiento emocional. El sufrimiento asociado con los hijos no termina con su nacimiento. Los hijos causan dolor a sus madres durante toda su vida.

Hace algunos años, sugerí a un grupo de mujeres que los hijos traen dolor emocional a sus padres. Luego, escuche por casualidad a dos de ellas conversando. "Yo no se qué es lo que el quiso decir," objetaba la más joven. "Mi pequeña niña me trae gozo, no dolor." "¿Qué edad tiene tu hija?" preguntó la mujer de más edad. "Seis semanas," contestó la primera. Entonces la mujer de más edad sonrió y replicó, "Sólo espera a que ella tenga dieciséis."

Los hijos son un regalo maravilloso de Dios, pero estos premios preciosos también nos causan dolor. Conforme los años pasan, nuestros jóvenes nos decepcionan; algunas veces nos rechazan a nosotros y a todo lo que apreciamos. Eva ciertamente experimentó esta clase de dolor cuando su hijo Caín mató a su propio hermano.

La historia del mundo puede ser escrita en términos de las lágrimas que las madres han derramado por sus hijos. Muchas madres trabajan duro disciplinando a sus hijos, solamente para verlos rebelarse. Ellas vierten su vida en sus pequeños, sólo para perderlos frente al descuido de un conductor embriagado. Ellas les dedican horas sin fin enseñándoles acerca de Cristo, solamente para que ellos sigan el camino de la muerte. Todos los padres amorosos deben soportar el disgusto y el dolor por sus hijos; nuestro pecado trajo esta maldición sobre nosotros.

En el capítulo anterior, vimos que una manera de multiplicarnos es alcanzando a los perdidos para Cristo. Esta dimensión de la multiplicación también está maldecida con dolor. Padres y madres espirituales enfrentan muchas frustraciones con sus hijos en Cristo. ¿Qué pastor no ha visto cómo miembros de la iglesia se apartan de la fe? Cualquiera que está involucrado en alcanzar a otros encontrará aflicciones semejantes. Los consejos se pierden sin ser escuchados y las advertencias caen en oídos sordos.

Fuimos hechos para llenar el mundo con semejanzas de Dios. Debemos continuar y llevar a cabo la tarea de dar nacimiento, criar hijos en Cristo, y traer los perdidos al Salvador. ¡Pero de que manera ha caído la magnificente imagen de Dios! Ahora nuestra tarea está corrompida con gran dolor y futilidad.

Antes de pronunciar su maldición sobre Eva, Dios se tornó hacia Adán. En ese momento Él enfocó en nuestro llamado a ejercer dominio: "Maldita será la tierra por tu causa; con dolor comerás de ella todos los días de tu vida. Espinos y cardos te producirá, y comerás plantas del campo. Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste tomado; pues polvo eres, y al polvo volverás" (Gen. 3:17-19). La palabra de Dios revela al mismo tiempo que la humanidad aún tiene la responsabilidad de gobernar la tierra. Aunque, ahora la tarea de Adán estaba llena de sufrimiento.

Dios declaró que el trabajo de Adán estaría plagado de dificultades: "Con dolor comerás de ella todos los días de tu vida" (Gn. 3:17). Antes de la caída, el suelo libremente producía con generosidad, mas ahora presenta una vigorosa resistencia. De muchas maneras, el mundo se hizo hostil a la vida humana. Bajo la maldición de Dios Adán tuvo que luchar solamente para sobrevivir.

Nunca he conocido una persona que no haya experimentado los esfuerzos de Adán por sobrevivir. Algunas personas tienen experiencias más amargas que otras. Las parejas jóvenes trabajan y trabajan, pero encuentran que el montón de cuentas se hace más y más alto. Los retirados no pueden satisfacer sus necesidades con sus ingresos fijos. Inclusive aquellos que han tenido éxito financieramente enfrentan otra clase de dificultades en sus vidas. Ellos puede que vivan en casas elegantes, manejar autos lujosos, ser miembros de los mejores clubes sociales, sin embargo otros aspectos de su vida se derrumban ante sus propios ojos.

La maldición de Adán no se detuvo en el sufrimiento y el esfuerzo. Dios determinó un amargo destino para su imagen. Adán trabajaría sin descanso, luchando día y noche

contra las fuerzas de la naturaleza. ¿Pero con qué fin? ¿Una victoria gloriosa contra la futilidad? Difícilmente. Dios declaró, "Con el sudor de tu frente comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste tomado; pues polvo eres y al polvo volverás" (Gn. 3:19). Concretamente, Adán trabajaría hasta la muerte.

Nosotros hemos escuchado este versículo muchas veces de manera que fácilmente pasamos por alto su poderoso significado. Este pasaje es algo más que la explicación teológica y abstracta de la muerte. Es Dios mismo hablando a su imagen, la que un día fue su perfecta y gloriosa imagen. Ese fue Adán, a quien Dios le formó del polvo y al que le dio aliento de vida. Ahora ese mismo Adán moriría y regresaría al polvo.

Un amiga mía compartió conmigo un sueño que se relaciona con este pasaje. Su mamá había fallecido recientemente, y una noche su mente vagaba pensando en ella. "Primero fue una visión que se apareció," mi amiga me dijo. "Ella parecía muy joven y fuerte." Conforme ella continuaba una lágrima apareció en su rostro. "De repente, la vi enterrada en el cementerio. Súbitamente, su cara comenzó a contraerse; su carne a descomponerse delante de mis ojos. Su esqueleto se redujo a polvo." Su descripción fue horripilante. "Entonces me di cuenta de algo." concluyó ella. "No pasara mucho tiempo antes de que yo también esté ahí."

Siempre intentamos escapar de esta horrible realidad. Día a día hacemos todo lo posible por olvidarnos de lo inevitable de la muerte. Solamente miremos a los hombres y mujeres cómo van tan de prisa a trabajar cada mañana. Ellos empujan y entran a empujones en el elevador como si estuvieran por hacer algo que va a durar eternamente. ¿Qué tan a menudo piensan ellos acerca de las tumbas frías que les esperan? ¿Qué tan conscientes están de la vanidad de los éxitos? ¿Qué tan conscientes están de la brevedad de la vida? La mayoría de la gente se rehusa a mirar su fin. En su mente la muerte es la cosa más lejana. La gente vive aquí y ahora, el momento presente, escapando de la realidad y futilidad de la muerte.

Sin embargo no podemos escapar eternamente. Podemos tratar de escapar de la tragedia de la muerte por un momento, pero la realidad finalmente se presenta intempestivamente. Ha fallecido un ser querido; leemos el obituario de un amigo. De pronto nos damos cuenta hacia donde vamos todos.

Desearía que el horror de la muerte sea pasado por alto, que no tuviéramos que tratar con ella en absoluto, pero no nos engañemos nosotros mismos. La muerte no desaparece porque la ignoremos. Debemos enfrentar la terrible realidad de la muerte.

Esta dura realidad ha conducido a mucha gente a una completa desesperación. "Si voy a regresar al polvo," ellos dicen, "¿De qué vale vivir? Mas algo positivo puede aparecer de la contemplación de nuestro ataúd vacío. Escudriñar la cara de la muerte es el punto de partida para levantarnos de la ruina que Adán y Eva trajeron a la raza humana. Cuando finalmente nos damos cuenta de lo que nos espera, vemos cuanto necesitamos ser rescatados. Anhelamos entonces la gracia de Dios que nos libera de nuestra miseria.

¿Hay alguna esperanza para la imagen de Dios? ¿Podremos alguna vez escapar del sufrimiento causado por nuestra rebelión? Dios no dejó a Adán y a Eva sin esperanza de rescate. El no los abandonó al dominio cruel de la futilidad del pecado. Mas bien, El nos ofreció esperanza, esperanza de que un día seremos levantados de esta futilidad.

Aun cuando Dios pronunció maldiciones severas sobre su imagen, El habló también sobre un futuro brillante: "Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; esta te herirá en la cabeza y tu la herirás en el calcañar." (Gn. 3:15). Estas palabras revelaron el plan de Dios para la humanidad. Nosotros tendremos victoria sobre Satanás. La serpiente continuará molestando a los descendientes de Eva, mordiéndoles el calcañar constantemente, pero algún día los hijos de Eva aplastarán la cabeza de Satanás en una victoria gloriosa.

El nuevo Testamento nos dice que este maravilloso destino será finalmente cumplido en Cristo, el más grandioso hijo de Eva. En su muerte, Cristo limitó severamente el poder de Satanás. "Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es al diablo" (He. 2:14).

Cuando Cristo se levantó de los muertos, ganó la victoria sobre la muerte y la tumba. "Y cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte en victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro tu victoria? Ya que el aguijón de la muerte es el pecado, y el poder del pecado, la ley. Mas gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo. (I Cor. 15:54-57). La victoria final sobre Satanás y sobre la maldición de la muerte ocurrirá cuando el pueblo redimido de Dios herede el cielo nuevo y la tierra nueva. Como dijo Pablo a los cristianos de Roma, "Y el Dios de paz aplastará en breve a Satanás bajo vuestros pies" (Rom 16:20). Cristo nos guiará a la victoria aunque Adán nos haya llevado a la muerte.

A pesar de que muchos siglos pasaron antes de que la promesa dada a Adán y Eva comenzara a cumplirse en Cristo, Dios nunca abandonó completamente a la raza humana de los horrores de la futilidad y de la muerte. A través de la historia de la Biblia, Dios abrió camino para que sus imágenes caídas recibieran muestras de la dignidad que Cristo daría a su pueblo. El nos concedió ricas bendiciones en los días de Noé, Moisés, y David, las cuales levantaron a su pueblo sobre la horrible tiranía del pecado y de la muerte. Conforme aprendamos acerca de estas bendiciones y nos dejemos sostener por ellas por fe, podremos encontrar alivio de las maldiciones hechas a Adán y Eva, y ver a Satanás derrotado aquí y ahora.

Hay buenas noticias para todos aquellos que ven la inminencia de la muerte. La búsqueda de la redención no es en vano. Por su amor y compasión, Dios ha construido un camino que lleva a la restauración de la humanidad. Es un sendero maravilloso que nos lleva a grandes bendiciones de dignidad como imágenes de Dios.

CONCLUSION

En este capítulo hemos visto la narración bíblica sobre la caída de la humanidad en el pecado. Hemos notado que Adán y Eva se hundieron en la ruina porque ellos perdieron la visión sobre el honor de ser imágenes de Dios e insensatamente se hicieron arrogantes delante de El. Fue sólo un desvío, un acto pecaminoso, pero el desafío del primer hombre y mujer trajo maldiciones a toda la raza humana. Veamos lo que hemos hecho de nosotros mismos. La maravillosa semejanza de Dios se echó a si misma en un mar de futilidad y muerte. En los capítulos que siguen veremos como Dios rescató y restauró a su imagen hasta la dignidad.

PREGUNTAS DE REPASO

1. ¿Cuáles fueron los dos aspectos de la estrategia engañosa de Satanás en contra de Eva? ¿De que manera podemos impedir este engaño en nuestras vidas?
2. ¿Qué *no les pasó sí les pasó* a Adán y a Eva como resultado de su pecado? ¿Qué como resultado de su rebelión en contra de Dios?
3. ¿Cuáles fueron los efectos del pecado el llamado a la humanidad de multiplicarse y ejercer dominio? ¿Por qué debemos enfrentar este terrible aspecto de la existencia humana?

EJERCICIOS DE DISCUSION

1. ¿Por qué se llama este capítulo "Hundiéndose en la ruina"?
2. Describa una persona que usted conozca, quien haya perdido todo lo positivo de su autoestima. Describa otra persona que sea llena de arrogancia y auto-importancia. ¿Por qué ambos tipos de personas están en una posición peligrosa? ¿Qué peligro enfrenta usted en su vida?
3. Eche una mirada a su propia experiencia sobre la multiplicación. Haga una lista de cinco puntos en los cuales usted sufra dolor en sus intentos de multiplicar la imagen de Dios. ¿Qué esperanza hay para usted en Cristo?
4. Liste cinco maneras en las cuales usted experimente futilidad en sus intentos de ejercer dominio sobre la tierra. ¿Qué esperanza hay para usted en Cristo?

Capítulo 4

Cambiando la Vida

Varios cientos de estudiantes apiñaron el interior del gimnasio del colegio en el primer día de clases. Carcajadas llenaban el ambiente mientras el director llamaba al orden. “Este año es tu oportunidad para cambiar tu vida,” él comenzó. Al principio, los estudiantes se miraron entre ellos. “Otra vez lo mismo,” comentaron en voz baja. “Otro discurso motivador.”

Pero las siguientes palabras del director causaron un repentino silencio en la audiencia. “Este verano, dos de nuestros alumnos del décimo año murieron a causa de las pandillas violentas. ¿Qué pasará al resto de ustedes?... Nosotros le estamos dando la oportunidad para ser alguien, pero ustedes tienen que tomar ventaja de esta oportunidad.”

Aquel director comprendía bien a sus estudiantes. Él se daba cuenta de cuán fácilmente ellos caían presas de la corrupción y de la violencia que les rodeaba. Él estaba determinado a dar a sus estudiantes una oportunidad para una vida mejor, pero ellos aún tenían que tomar ventaja de esa oportunidad.

Como veremos en este capítulo, cada ser humano enfrenta este tipo de situación. Puede que no vivamos en vecindarios infestados de crimen, pero todos nosotros vivimos en un mundo que amenaza destruirnos. No obstante, hace mucho tiempo en los días de Noé, Dios intervino en la historia e hizo posible para la humanidad levantarse sobre los efectos funestos del mal. Él nos dio la oportunidad de cambiar nuestras vidas, pero es aún nuestra responsabilidad hacer algo con esa oportunidad.

NUESTRA SITUACION AMENAZADORA

La narración bíblica del diluvio de Noé es una historia popular de niños. Mire en la guardería de cualquier iglesia; eche un vistazo en el cuarto de los bebés de cualquier casa cristiana. Usted encontrará al menos un símbolo relacionado con Noé, un arca, un arco iris, un par de jirafas.

Desafortunadamente, nosotros asociamos tanto esta parte de la Biblia con los niños, que a menudo olvidamos que esta, tiene un serio mensaje para los adultos. La historia de Noé no es solo para niños. Esta nos desafía a reflexionar en la situación amenazadora a la cual el mal nos ha conducido. Como vimos en el capítulo anterior, Adán y Eva pusieron a la raza humana bajo una severa maldición, pero la degradación de la humanidad no se detuvo ahí. Esta justamente se incrementó cuando Adán y Eva tuvieron sus primeros hijos.

La historia de Caín y Abel es bien conocida (Gen. 4:1-16). Ambos hombres ofrecieron sacrificios a Dios: Caín trajo las sobras de los frutos de su tierra (v.3), y Abel ofreció “los primogénitos de sus ovejas” (v.4). Dios rechazó la hipócrita ofrenda de Caín, pero aceptó el sacrificio sincero de Abel. Como resultado, Caín fue presa de los celos y dio muerte a Abel (v.8).

¿Cómo pudo Caín hacer esto? ¿Qué causó que la gloriosa imagen de Dios degenerarse a tal punto de cometer fratricidio? ¿No es esto justamente lo opuesto de como Dios nos creó? La advertencia de Dios a Caín reveló la respuesta. Caín vivía en una situación amenazadora: “Si tu haces lo correcto, ¿no serás aceptado? Pero si tu no haces lo correcto, el pecado está agazapado en tu puerta; este desea tenerte, pero tu debes enseñorearte de él” (v.7). Las circunstancias de Caín fueron espantosas. Una fuerza maligna estaba trabajando en el mundo caído, buscando activamente conquistar al hijo de Adán. Si Caín no dominaba el pecado, este lo dominaría a él.

A la mayoría de la gente moderna le resulta difícil pensar en el mal como una fuerza activa. Si acaso ellos creen en el pecado, lo entienden como las acciones individuales que nosotros mismos escogemos. Nosotros reímos cuando escuchamos a la gente decir, “El diablo me hizo hacerlo.” “¡El diablo no obliga a nadie hacer nada!” afirmamos. Nosotros ignoramos el carácter personal, sobrenatural del mal y concluimos que todo es asunto de nuestras elecciones. Ciertamente, escogemos pecar y nosotros somos responsables por nuestras decisiones. Sin embargo, las Escrituras consistentemente presentan un cuadro más complejo. Nosotros vivimos en un mundo donde el mal fuera de nosotros mismos conspira para destruirnos.

Reconocer la amenaza del mal es esencial para vencer los efectos del pecado. Mientras continuemos pensando que el pecado es meramente una lucha interna, un defecto dentro de nosotros, nunca lo tomaremos tan seriamente como deberíamos. Nosotros podemos manejar esa clase de maldad. Pero ¿qué acerca de un Satanás sobrenatural con la meta de conquistarnos y arruinarnos? Nosotros tenemos que tomar a ese Satánas seriamente. Debemos preparar nuestras defensas, construir nuestras contraestrategias y trabajar duro para dominar el pecado antes que este nos domine.

“Es un mundo donde cada quien vela por lo suyo,” decimos con frecuencia el uno al otro. “si tu no ganas, alguien más lo hará.” Estas palabras suenan ciertas en muchas áreas de la vida, especialmente en deportes y negocios. Pero la historia de Caín nos dice que todo en la vida es una competencia contra el mal sobrenatural. La maldad no se sienta apaciblemente. Nosotros la conquistamos o ella nos conquista.

¿Cuál fue el resultado del fracaso de Caín? ¿El dominio del pecado le trajo beneficio o perjuicio?

Tengo algunos amigos en las fuerzas armadas. Como todos los soldados, ellos se han trasladado por diferentes bases a través de los años. Le pregunté a un compañero si le gustaba mudarse tanto. “Todo depende de los oficiales al mando,” me explicó. “ Si los comandantes son buenos, el traslado es bueno. Si ellos son malos, el traslado puede ser terrible.”

Los oficiales militares tienen mucho poder sobre las vidas de los hombres y mujeres bajo su mando. Ellos pueden hacer la vida placentera o miserable. Todo depende de la clase de personas que ellos sean.

Los eventos antes del diluvio de Noé revelan que clase de comandante es el pecado. Primero, cuando Caín se sometió al dominio del pecado, este no lo benefició. El pecado fue un terrible amo; este convirtió a Caín en un asesino monstruoso.

Segundo, la genealogía de Caín (Gen. 4:17-24) demuestra que el pecado nos envilece cada vez más, a medida que permanecemos bajo su dominio. La genealogía termina con el canto de Lamec: “Ada y Zila, oíd mi voz; mujeres de Lamec, escuchad mi dicho: Que un varón asesiné por mi herida, y un joven por mi golpe. Si siete veces será vengado Caín, Lamec en verdad setenta veces siete lo será” (Gen. 4:23-24). Lamec fue un asesino como Caín, pero él fue más allá que su antepasado en que realmente se enorgulleció de su horrible crimen. El cantó a sus esposas acerca del asesinato de un joven.

Todo asesinato es terrible, pero nos horrorizamos más cuando los asesinos alardean de sus brutalidades. “¿Qué clase de persona podría hacer tal cosa?” nos preguntamos. Esta es precisamente la reacción que Moisés quiso que sus lectores tengan hacia Lamec. Su canto arrogante reveló como el pecado continuó corrompiendo la imagen de Dios. Nosotros caímos tanto bajo la influencia del mal que no solamente asesinamos, sino que nos gozamos en hacerlo. Empezamos a disfrutar el infligir dolor en nuestros congéneres.

Un breve respiro de estos eventos depresivos aparece en Génesis 4:25-5:32, el cual traza la línea de Set, el tercer hijo de Adán. Este árbol familiar incluía personas quienes invocarían el nombre del Señor, (Gen. 4:26). Ellos fueron imágenes especiales de Dios, resistiendo la corrupción del pecado y sirviendo fielmente al Señor. Pero la nota positiva emitida por los descendientes de Set rápidamente desaparece en la cacofonía del capítulo sexto de Génesis.

En Génesis 6:1-8, Moisés registró un tercer ejemplo del dominio del pecado sobre la imagen de Dios. “Los hijos de Dios” tomaron a la fuerza a las “hijas de los hombres” en matrimonio. Los intérpretes bíblicos discrepan precisamente sobre quienes fueron estos personajes. Algunos creen que el pasaje se refiere a ángeles (“hijos de Dios”) quienes se casaron con mujeres humanas (“hijas de hombres”). Otros ven una referencia al matrimonio mixto entre los hombres descendientes de Set y las mujeres descendientes de Caín. Todavía más, otros piensan que la historia describe a los reyes y príncipes del mal tomando mujeres de nacimiento común y obligándolas a ser sus esposas. No estamos seguros de las identidades precisas de estos personajes, pero una cosa es clara: estos matrimonios fueron una expresión de abuso y violencia.

Al final de esta serie de eventos, Dios examinó la raza humana y tomó nota de cuan extensivamente el pecado nos había contaminado: “El Señor vio que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal” (Gen. 6:5).

Adán y Eva se apartaron de Dios, Caín asesinó a su hermano, Lamec alardeó de su barbarismo, y una raza de opresores se formó. A medida que la historia seguía su curso,

la corrupción y la degradación llegaron a ser el rumbo natural para nuestra raza. La maldad llenó completamente el corazón humano.

Estas narraciones de los albores de la historia humana, nos alertan de dos terribles verdades acerca de todos nosotros. Primero, el pecado no duerme. Está en acecho, deseando dominarnos tanto a usted como a mí. Segundo, es raro que nosotros resistamos. Así como al principio la humanidad cayó, de la misma manera la vasta mayoría de la raza humana hoy en día, está destruida por el poder del pecado.

Piense en cuán natural es para usted rebelarse contra Dios. Considere cuán fácilmente usted cae bajo la influencia del pecado. Nosotros no tenemos que inventar formas para apartarnos de Dios. No tenemos que planearlo. Todo lo que tenemos que hacer es bajar nuestra guardia y el pecado inflige su golpe maligno.

Por ejemplo, ¿Qué debe hacer para arruinar su familia? ¿Qué se requiere para destruir los vínculos que mantienen su familia unida? En nuestro mundo caído, simplemente que se deje que la naturaleza tome su curso. El pecado prevalecerá y su familia será destruida.

¿Qué tiene que hacer para enfriar su relación con Cristo? ¿Qué debe hacer para arruinar su caminar con Él? Usted no tiene que hacer nada. El pecado busca dominarlo, y si usted conscientemente no lo resiste, su caminar con Cristo se congelará.

Este principio no solo es verdad para individuos. También se aplica colectivamente. La tendencia natural de cada nación es avanzar bajo el poder destructivo del pecado. Considere, por ejemplo, la legalización del aborto en las naciones occidentales. Aquellos creados para el honor de reproducir imágenes de Dios, ahora despiadadamente las asesinan en el útero. Pero la degeneración de las naciones no se detendrá aquí. Si hoy abortamos a los que aún no nacen, ¿qué salvajismo infligiremos en una o dos generaciones sobre quienes no tienen voz? Las pesadillas de la eutanasia para el débil y el anciano no están muy lejos. El pecado agresivamente busca controlarnos y alejarnos del enriquecimiento de la dignidad humana. Apartados de la gracia de Dios, la maldad siempre nos destruirá y nos traerá deshonor.

El horror del dominio del pecado se vuelve evidente en la reacción de Dios hacia la raza humana. Él no estaba ligeramente disgustado con su imagen; Él estaba completamente dolido: “Y se arrepintió Jehová de haber hecho hombre en la tierra, y le dolió en su corazón. Y dijo Jehová: ‘Raeré de sobre la faz de la tierra a los hombres que he creado, desde el hombre hasta la bestia, y hasta el reptil y las aves del cielo; pues me arrepiento de haberlos hecho’” (Gen. 6:6-7). ¡Qué descorazonadora escena! Dios realmente lamentó habernos hecho. Sus imágenes se habían desviado tan radicalmente de su estado original que ahora pertenecían al montón de basura.

Observe a sus hijos. Recuerde las veces cuando usted amorosamente los arrullaba en sus brazos. Ahora pregúntese. ¿Qué tendrían sus hijos que hacer para que usted diga, “Lamento haberlos tenido” ¿Cuán malos tendrían que llegar a ser para que usted decida destruirlos? Es inimaginable, ¿verdad? Pero Dios abiertamente declaró que los hombres y

las mujeres que El había hecho a su imagen eran tan corruptos, y completamente depravados, que tenían que ser destruidos.

“Pero ciertamente nosotros no vemos este grado de degradación hoy,” pensamos. “La gente es mucho mejor ahora.” Pero observemos más detenidamente. ¿Qué enfureció tanto a Dios en los días de Noé? Moisés nos dice: “Y se corrompió la tierra delante de Dios, y estaba la tierra llena de violencia. Y miró Dios la tierra, y he aquí que estaba corrompida; porque toda carne había corrompido su camino sobre la tierra. Dijo, pues, Dios a Noé: ‘He decidido el fin de todo ser, porque la tierra está llena de violencia a causa de ellos; y he aquí que yo los destruiré con la tierra’” (Gen. 6:11-13).

La palabra clave en este pasaje es “violencia.” Nosotros sabemos que Dios estaba enojado con la humanidad porque el pecado era una afrenta a su santidad, pero ¿cómo se manifestó este reto sobre la tierra? La raza humana cubrió al mundo con un mar de violencia. El pecado proclamó su dominio sobre la humanidad en forma de contienda, odio, y abuso.

¿Hemos superado la violencia que provocó la ira de Dios en los días de Noé? No es difícil encontrar la respuesta a esta pregunta.

Imagínese que usted es un extraterrestre sobrevolando nuestro planeta. Su trabajo es monitorear señales de radio y televisión a fin de aprender acerca de la raza humana. ¿Qué características se destacan? ¿Qué reportaría a sus superiores?

A medida que escuche las noticias y observe los programas populares de televisión, no pasará mucho tiempo antes de que usted llegue a una firme conclusión. “¡vámonos de aquí!” gritará a su capitán. “¡Estos seres humanos son las criaturas más violentas en el universo!”

Nosotros estamos preocupados por la violencia. Observe a un grupo de niños jugando; después de unos pocos minutos uno golpeará o empujará al otro. Las caricaturas favoritas de los niños muestran en primer plano expertos en artes marciales y guerreros intergalácticos. Pandillas de adolescentes vagan por las calles robando y violando. Ellos se entretienen con películas sangrientas destacando brutalidades indecibles. Los padres abusan físicamente de sus hijos. Los esposos golpean a sus esposas. Los gobiernos totalitarios encarcelan y torturan a los oponentes políticos. Las naciones se amenazan mutuamente con la guerra química y la aniquilación nuclear.

Toda la violencia en nuestro mundo confirma que nosotros justamente estamos viviendo tal como vivía la gente en la época de Noé. El pecado aún domina la raza humana en nuestros días, y nosotros aún merecemos el juicio de Dios. En efecto, las Escrituras enseñan que vendrá un día de juicio. Esta vez no será un juicio de agua sino de fuego: “Estos ignoran voluntariamente, que en el tiempo antiguo fueron hechos por la palabra de Dios los cielos, y también la tierra, que proviene del agua y por el agua subsiste, por lo cual el mundo de entonces pereció anegado en agua; pero los cielos y la tierra que existen

ahora, están reservados por la misma palabra, guardados para el fuego en el día del juicio y de la perdición de los hombres impíos” (2 Pedro 3:5-7).

Hasta ese día, todos debemos reconocer nuestra situación amenazadora. El mal maquina nuestra derrota y nosotros fácilmente caemos presa de su dominio maligno. Abandonados a nuestras propias inclinaciones, nosotros no escogeremos las opciones que enriquecen nuestra existencia como imágenes de Dios, sino que siempre nos sujetaremos a la degradación del poder del pecado. Hemos llegado a ser tan opuestos a nuestro diseño original que merecemos ser destruidos.

NUESTRA OPORTUNIDAD

Hace dos años, durante la época de Navidad , tuvimos una helada desastrosa en la Florida central. Cuando el clima frío pasó, mi esposa y yo notamos que uno de nuestros preciosos árboles tropicales se había marchitado. Preguntamos a un amigo que deberíamos hacer. “Corten todo y solo dejen el tronco,” nos dijo.

“Pero eso, ¿no matará todo el árbol?” objeté.

“No,” él explicó, “quitar las ramas muertas le dará una oportunidad de vivir.”

Siguiendo el consejo de nuestro amigo, contratamos a un estudiante para que cuidara del árbol. Al principio cuando vi los restos de nuestro árbol, mis ojos no podían creer lo que vieron. Teníamos solamente un pequeño tronco mutilado. Yo estaba seguro de que no había esperanza de recuperación, pero en tan solo unas pocas semanas algunos signos de nueva vida aparecieron. A medida que el tiempo mejoraba, el árbol continuaba floreciendo. Ahora, ha crecido más de lo que estaba antes de la helada.

En los días de Noé, Dios podó las ramas marchitas de la raza humana. Por medio del diluvio, Dios cortó todo hasta dejar solo el tronco constituido de un hombre y su familia. Este juicio fue severo, pero fue hecho con un fin positivo en mente.

Mediante su juicio radical, Dios hizo posible que la raza humana floreciera una vez más. Nos dio la oportunidad de vencer la degradación del pecado.

Podemos ver el primer indicio del propósito positivo de Dios en el Diluvio cuando Noé recibió su nombre de su padre. El padre de Noé era un hombre de fe que venía de la línea de Set. El escogió el nombre Noé y explicó, “Este nos aliviará de nuestras obras y del trabajo de nuestras manos, a causa de la tierra que Jehová maldijo” (Gen. 5:29).

Para apreciar estas palabras, nosotros tenemos que comprender que el nombre Noé está relacionado con la palabra hebrea a menudo traducida como “bienestar,” “descanso,” o “alivio.” El padre de Noé esperaba que su hijo trajera bienestar y descanso al mundo. Pero ¿qué clase de bienestar iba a traer Noé? El traería descanso de la maldición de futilidad impuesta a la humanidad en el paraíso. “Maldita será la tierra por tu causa,” Dios declaró a Adán (Gen. 3:17). A través de Noé, sin embargo, Dios estaba dando una medida de alivio para “nuestras obras y del trabajo a causa de la tierra que Jehová maldijo” (Gen. 5:29).

Cuando las Escrituras dicen que Noé nos aliviaría, no significa que él eliminaría todo dolor y futilidad del mundo. En tanto la muerte continuaría siendo parte de la experiencia humana, la maldición permanecería. No obstante, Dios hizo algo magnífico a través de Noé para oponerse a la maldición puesta a la humanidad. Noé fue el primer gran paso en el plan de Dios para redimir la raza caída. Él fue el primer hito en el largo camino hacia la dignidad de la imagen de Dios.

¿Qué logró Dios en los días de Noé? ¿Qué clase de bienestar y alivio proveyó? Nosotros podemos comprender lo que Dios hizo si acompañamos a Noé a medida que él sale del arca.

La puerta del arca se abre y los animales comienzan a salir. Mire a su alrededor y vea la devastación dejada por el diluvio. Toda la civilización ha desaparecido, los campos cultivados, las casas, las escuelas, las grandes ciudades. ¿Qué habrá pasado por la mente de Noé? “Si esto es lo que Dios nos hace cuando nosotros pecamos, no hay necesidad de construir de nuevo. Después de tantos días encerrados en el arca, se que mis hijos y yo somos aún pecadores. Fallaremos de nuevo. ¿Por qué debemos tratar de reconstruir si Dios va a destruirnos?”

Nosotros podemos confiar de que Noé se preguntó estas cosas cuando vemos lo que Dios pensó después de que Noé ofreció su sacrificio:

Y percibió Jehová olor grato; y dijo Jehová en su corazón : “No volveré más a maldecir la tierra por causa del hombre; porque el intento del corazón del hombre es malo desde su juventud; ni volveré más a destruir todo ser viviente, como he hecho. Mientras la tierra permanezca, no cesarán la sementera y la siega, el frío y el calor, el verano y el invierno, y el día y la noche.” (Gen. 8: 21-22)

Dios prometió proveer un lugar ordenado y predecible para su imagen “mientras la tierra permanezca” (v.22). Él concedió a Noé y a sus hijos un mundo de ciclos regulares, “no cesarán la sementera y la siega, el frío y el calor, el verano y el invierno, el día y la noche” (v.22). Calamidades aún se inmiscuirían en la vida humana de vez en cuando; tormentas e inundaciones vendrían. Pero total devastación por agua nunca ocurriría otra vez. El orden de la naturaleza sería seguro hasta el fin de la historia.

Para confirmar su palabra, Dios puso una señal en el cielo: “Y dijo Dios, ‘ . . . Mi arco he puesto en las nubes, el cual será por señal del pacto entre mi y la tierra . . . y no habrá más diluvios de aguas para destruir la carne. Estará el arco en las nubes, y lo veré, y me acordaré del pacto perpetuo entre Dios y todo ser viviente, con toda carne que hay sobre la tierra” (Gen. 9:12-16).

En este pasaje Dios reveló el significado simbólico del arco iris. La palabra hebrea traducida como “arco iris” en muchas traducciones modernas se interpreta como “arco”, el instrumento ordinario de guerra. La única aclaración en el lenguaje original es que Dios lo llamó “ mi arco”. En otras palabras, el arco iris es el arco celestial de Dios, su

instrumento de guerra. Al igual que los relámpagos sirvieron como saetas de Dios (ver Salmo 18:14), así el arco iris sirvió como arma de Dios para destrucción.

El arco de Dios tuvo un poderoso significado en el tiempo de Noé. Dios tuvo precisamente que venir en un tempestuoso juicio. El había destruido la humanidad con sus magníficos arcos y flechas. Ahora, sin embargo, Dios aseguraba a Noé que El no iba a apuntar hacia la raza humana como previamente había hecho. El prometió colgar su arco en las nubes, apuntando lejos de la tierra, como un signo de paz y seguridad. Ahora Noé podría continuar con la empresa de comenzar la imagen de Dios a pesar de sus fallas. Dios le había prometido la oportunidad de un mundo estable.

El orden de la naturaleza es un regalo maravilloso de Dios. Nosotros vemos cuan importante es, cuando oímos noticias de desastres naturales. Piense en el daño causado por un huracán o la devastación causada por una sequía. Si un verano es muy caliente o un invierno muy frío, las dificultades pueden ser enormes.

Más que esto, la regularidad de la naturaleza provee a la imagen de Dios la oportunidad de hacer algo con su vida. Es una expresión de la paciencia divina hacia nosotros.

Un amigo pastor me habló una vez sobre alguien en su iglesia quien tenía muy poca paciencia con sus hijos. En cualquier momento que los niños estuviesen a su alrededor, él observaba cada uno de sus movimientos. Si ellos no estaban absolutamente perfectos, los reprendía severamente. “¡Ponte tu camiseta!. . . ¡Arregla tu cabello!. . . ¡No hagas bulla!. . . ¡Habla alto!. . . ¡Siéntate!. . . ¡Párate!” Una tarde mi amigo no pudo resistirlo más. “¡Son sólo niños!” dijo él muy enfadado. “Tu tienes que ser paciente y darles una oportunidad para crecer.”

De igual manera, Dios reconoció la debilidad de su imagen, El supo que “el intento del corazón del hombre es malo desde su juventud” (Gen. 8:21). Como resultado, Dios determinó ejercitar paciencia con su imagen. Al darse cuenta que nosotros continuaríamos cayendo, El nos dio un mundo estable que proporcione a la raza humana tiempo para crecer.

A través de la historia, Dios ha sido fiel a su promesa. El no ha destruido la humanidad cada vez que la inmoralidad ha surgido. Verdaderamente, nosotros hemos fracasado miserablemente una y otra vez, pero Dios bondadosamente ha sustentado un mundo de constante orden. Este mundo ordenado es nuestra oportunidad para surgir de la futilidad y de la destrucción.

Pero, ¿Cómo reaccionamos a este bondadoso regalo? ¿Cómo vemos la regularidad de la vida y la posibilidad de predecirla? Noé vio esto como una bendición, pero, admitámoslo, nosotros usualmente lo consideramos aburrido. Todos tenemos una tendencia a estar aburridos con el carácter predecible de la vida. La alarma se apaga cada mañana a la misma hora; manejamos el mismo vehículo a la misma oficina, y contestamos el mismo teléfono. Lavamos los mismos platos, y cambiamos pañales al

mismo bebé una y otra vez. Nunca cambia nada; nos cansamos de la misma rutina, día tras día.

Mi familia y yo vivimos cerca de Disney World, la capital de la diversión en el mundo. Ha sido interesante oír las reacciones de nuestros amigos cuando ellos se enteran donde vivimos. “Caramba,” un compañero dijo humorísticamente. “Debe ser grandioso ¡sol y diversión todo el tiempo! Por supuesto yo me apresuro a informar que nosotros no pasamos todo nuestro tiempo en los puntos turísticos; nuestras vidas son realmente muy normales. Pero las reacciones de nuestros amigos revelan la forma como la mayoría de nosotros pensamos. “¡Disney World y la playa! ¡Qué buena vida!”

Las vacaciones son estupendas. La recreación es una parte importante del plan de Dios para nosotros. Pero debemos tomar seriamente la perspectiva de la Biblia sobre las regularidades de la vida. La estabilidad, aunque aburrida, es una bendición. El carácter predecible de los asuntos diarios provee una oportunidad para que las imágenes débiles e imperfectas de Dios surjan del lodo de la autodestrucción. Es nuestra oportunidad para vencer.

¿Cuán a menudo se queja de lo ordinaria que es su vida? ¿Se encuentra a usted mismo deseando tener un emocionante estilo de vida lleno de diversión como ve en las películas? “Nunca me pasa nada diferente,” decimos. “¿Por qué las cosas no pueden ser más emocionantes?”

Si usted piensa que levantarse de la cama temprano cada mañana es aburrido, entonces hable con alguien que no pueda hacerlo. Si usted considera su trabajo como un fastidio monótono, entonces hable con alguien que no puede encontrar un trabajo. Si se pregunta a sí mismo si soportará levantarse para cambiar otro pañal, hable con alguien que no pueda tener hijos. Entonces usted verá que estas actividades regulares son realmente oportunidades para construir una vida digna de vivirse.

¿No es maravilloso que usted disponga de más de un día para instruir a sus hijos en los caminos de Cristo? ¿No está contento de que tiene más de una oportunidad para hacer de su carrera un éxito? ¿Dónde estaría si no tuviera un mundo ordenado? Sin estabilidad en nuestras vidas, nosotros nunca seríamos capaces de multiplicar imágenes de Dios; nunca tendríamos éxito en la tarea de dominar la tierra.

Para la mayoría de nosotros, hoy será como ayer; mañana será como hoy. Si el Señor se tarda, el próximo año, aún la próxima década, será como las anteriores. Dese cuenta que esta regularidad de la vida es un regalo bondadoso de Dios. Es nuestra oportunidad para vencer los efectos desastrosos del pecado.

NUESTRA RESPONSABILIDAD

Cuando comencé a enseñar en el seminario, recibí una llamada de un antiguo compañero de clases. “Debes estar emocionado con la oportunidad de enseñar,” me dijo.

“Sí,” contesté, “pero estoy asustado también.”

“¿Qué quieres decir?” me preguntó.

“Esto no es tan solo una oportunidad,” expliqué. “Es también una gran responsabilidad.”

La historia de Noé también conecta oportunidad con responsabilidad. Dios formó el mundo en una esfera estable para darnos oportunidad. Pero El nos ha llamado a actuar responsablemente en este mundo. Después de asegurar a Noé la regularidad de la vida (Gen. 8: 21-22), Dios inmediatamente le dijo cual era su responsabilidad: “Fructificad y multiplicaos, y llenad la tierra. El temor y el miedo de vosotros estarán sobre todo animal de la tierra, y sobre toda ave de los cielos, en todo lo que se mueva sobre la tierra, y en todos los peces del mar; en vuestra mano son entregados.” (Gen. 9:1-2). Dios reafirmó su diseño original para la humanidad cuando le dijo a Noé que continúe multiplicándose y ejerciendo dominio.

La orden que Dios dio a Noé se opone a las formas en que muchos no creyentes piensan. El pecado nubla tanto sus mentes que ellos permiten que la regularidad de la vida los haga indiferentes ante los mandamientos de Dios. Ellos van en búsqueda de las formas de degradación, asumiendo que tienen mucho tiempo para cambiar sus vidas. En varias ocasiones, he tropezado con esta barrera en los encuentros evangelísticos. “¿No ve su necesidad de Cristo?” eventualmente pregunto. “Si,” la persona frecuentemente admite, “pero tengo mucho tiempo antes de que tenga que cambiar mi vida.”

Por supuesto es verdad que a la mayor parte de la gente le quedan años por vivir. Dios probablemente no se los llevará al próximo momento. Pero esta es una excusa completamente tonta para permanecer bajo el dominio del pecado. El orden que Dios ha establecido para el universo de ninguna manera asegura individuos de larga duración. El sol puede levantarse cada mañana durante los próximos millones de años, pero no es seguro que este se levantará para ti o para mi. La preservación del orden natural después del diluvio no debe crear falsas convicciones personales. Cada día muchas vidas son arrebatadas sin previo aviso .

Esta es una razón por la que Dios comisionó a Noé inmediatamente después que le prometió un universo ordenado. Dios sabía nuestra tendencia a posponer lo espiritual. “Si tenemos un mundo estable,” nosotros pensamos , “¿por qué no esperar por un tiempo más conveniente para poner nuestras vidas en orden?” Pero Dios eliminó esta forma de pensar en la vida de Noé inmediatamente, recordándole su responsabilidad para servir como imagen de Dios. La preservación de la naturaleza, el sol, las estaciones, el aire que respiramos, están diseñados para darnos un lugar para servir a Dios, no para ignorar su demanda sobre nuestras vidas.

Adicionalmente notemos, que Dios le especificó a Noé en donde debía trabajar. El no le ordenó salir del mundo pecador para seguir su propio camino. El no le dijo que se separe del mundo real. Noé no iba a volar lejos a algún lugar sobre el arco iris. El iba a servir a Dios debajo del arco iris. Dios llamó a Noé para que se involucrara en el mundo. “Fructificad y multiplicaos” (Gen. 9:7). Noé iba a continuar llevando las responsabilidades originalmente diseñadas para la imagen de Dios. Aunque el mundo era depravado, Dios comisionó a su imagen redimida para trabajar en él.

Muchos creyentes ven la fe cristiana como una forma para escapar del mundo, en lugar de una comisión en la cual se deban involucrar. Tu no tienes que escuchar a muchos predicadores en la radio o en la televisión antes de que oigas a alguien decir, “no te preocupes de la política; no ocupes el tiempo en programas sociales. Estas cosas no son importantes. Jesús viene pronto para rescatarnos de estos problemas.”

Este punto de vista ha dominado las perspectivas evangélicas en los Estados Unidos desde la segunda guerra mundial, conduciendo a la mayoría de los cristianos comprometidos a separarse de la vida pública. Las ciencias y las artes, los medios de comunicación pública, la educación, y la política han sido en gran escala dejados en manos de los no creyentes. “Deja que los no creyentes se encarguen de este mundo corrupto,” decimos. “Nosotros tenemos nuestras manos ocupadas, colocando personas en los botes salvavidas para el cielo.”

El evangelismo es una de nuestras principales responsabilidades como cristianos, pero Dios no nos ha llamado a poner tanto énfasis en la salvación de las almas, como para que abandonemos otras dimensiones de este mundo. Nosotros muy fácilmente comenzamos a preocuparnos de esta vida y fijamos nuestras esperanzas en metas terrenales. Sin embargo, este peligro nunca debe llevarnos a correr en la otra dirección. Al igual que Dios comisionó a Noé para servirle en la era presente, así nosotros hemos sido llamados para involucrarnos también.

Jesús lo dijo en esta forma: “Vosotros sois la sal de la tierra. . . . Vosotros sois la luz del mundo” (Mateo 5: 13,14). El pecado está listo para extender su dominio sobre la humanidad. Cuando la sal y la luz no resisten su influencia, decaen y las tinieblas corren campantes por el mundo. Si usted y yo no aceptamos la responsabilidad dada a Noé y a sus hijos, dejaremos que el mundo sufra más y más bajo el cruel dominio del pecado.

¿A dónde nos ha llevado el escapismo religioso en la cultura moderna occidental? ¿Cuál ha sido el resultado de nuestro fracaso en servir como sal y luz? Eche un vistazo en los grandes centros de población en el Occidente. Europa y los Estados Unidos han degenerado en cementerios cristianos. El hedor es aplastante. Crimen, inmoralidad, enfermedades sexuales, y abuso de drogas corren campantes. Los valores cristianos son frágiles memorias de siglos olvidados por largo tiempo. Esto es lo que pasa cuando los cristianos tratan de escapar, en lugar de cumplir con sus responsabilidades en el mundo.

Algunas veces yo me enfado con la dirección que el mundo está tomando. Me canso de los intelectuales que se ríen de la gente religiosa. Me irrita con los políticos que usan la religión para conseguir votos. Yo me exaspero con los doctores que asesinan a los bebés antes de nacer y con los abogados que defienden atrocidades. Me enferma la pornografía que pasa como arte. Me enfurezco con los gobernantes que oprimen a los ciudadanos.

Pero yo debo admitir que mi furia está casi siempre fuera de lugar. ¿Qué podemos esperar cuando nosotros dejamos a los no creyentes a cargo? En lugar de estar furiosos con el mundo, nosotros debemos estar molestos con nosotros mismos por permitir que las cosas

vayan mal. El mundo no tiene solución; Dios nos ha llamado para ser la solución. El nos ha dado la responsabilidad de influenciar en la cultura para Cristo.

Pero ¿Dónde están los políticos cristianos? ¿Dónde están los dramaturgos cristianos? ¿Dónde están los líderes cristianos en nuestros colegios y universidades? ¿Qué seguidores de Cristo tomarán las causas nobles en la medicina, leyes y negocios? Nuestra generación clama por dirección y nosotros debemos dársela.

¿Dónde están los líderes? ellos están aquí, justo ahora, leyendo este libro. Usted es la sal de la tierra y la luz del mundo; usted debe tomar al mundo como su proyecto. Los Cristianos deben buscar incursionar en el gobierno, antes que quejarse de la corrupción política. Nosotros debemos ser los primeros en las organizaciones de caridad, en lugar de lamentarnos de la condición del pobre. Debemos estar a la vanguardia de los proyectos ecológicos, antes que reírnos de aquellos que celebran el Día de la Tierra. Debemos ser los líderes en toda buena causa. Como descendientes físicos y espirituales de Noé, no hemos sido llamados a escapar del mundo, sino a influenciarlo.

¿Cómo aprovecha la oportunidad de vida que Dios le ha dado? ¿Ignora su llamado mientras el mundo corre precipitadamente hacia la corrupción? Usted y yo debemos estar comprometidos a tomar posesión de las responsabilidades terrenales de la multiplicación y dominio. El mundo aguarda la liberación del dominio del pecado. Dios nos ha llamado a usted y a mi para liberarlo. ¿Cómo está usted influenciando la sociedad que le rodea? ¿Cómo está preparando las futuras generaciones para un servicio efectivo en el mundo de Dios? El llamado de Dios a Noé para vivir responsablemente como la imagen de Dios es nuestro llamado, también.

CONCLUSION

Si vamos a cambiar nuestras vidas, debemos recordar lo que hemos visto en este capítulo. Vivimos en una situación amenazadora en este planeta. La maldad constantemente busca destruirnos. Dios intervino en los días de Noé y nos dio una oportunidad para surgir de la futilidad del pecado. Pero usted y yo debemos tomar ventaja de esta oportunidad para servir en este mundo pecador. Cuando mantengamos estas verdades en mente, comenzaremos a ver nuestras vidas cambiadas.

PREGUNTAS DE REPASO

1. ¿Por qué debemos describir nuestras circunstancias como una situación amenazadora? ¿Cómo Moisés ilustra esta verdad en Génesis? ¿Cómo esto es evidente en nuestros días?
2. ¿Cómo Dios dio a su imagen una oportunidad de dignidad en los días de Noé? ¿Cómo esta oportunidad nos conforta?
3. ¿Qué responsabilidad Dios dio a su imagen en este mundo caído? ¿Cómo Cristo confirma nuestro papel en este mundo?

EJERCICIOS DE DISCUSION

1. ¿Por qué este capítulo se titula "Cambiando la vida"?
2. ¿Cómo el pecado ha intentado dominarle en el pasado? Por qué usted ha fracasado o triunfado en dominar el pecado?
3. ¿Cuales son las cosas más estables en su vida? Cómo estas realidades ordenadas le proveen una oportunidad para una vida plena de significado?
4. Nombre de formas en las cuales usted descuida sus responsabilidades terrenales. ¿Qué pasaría si todos los cristianos hicieran lo mismo?

Capítulo 5

Alcanzando nuestra Meta

“Sería mejor que lleves agua,” Don me advirtió apenas dejamos la casa. Salimos de excursión a una montaña cercana aquella tarde y la temperatura debe haber estado en unos 38 grados centígrados (100 grados F).

“No, gracias”, contesté. “No voy a necesitarla”.

Sin embargo, no pasó mucho tiempo antes de que yo comenzara a calcinarme bajo el sol. Me di cuenta del gran error que había cometido, pero me mantuve diciendo para mis adentros, “no voy a pedir agua, no voy a pedir agua.” Simplemente no podía admitir que me había equivocado.

Después de una hora de caminata, nos detuvimos a descansar debajo de un pequeño árbol. Don sacó su cantimplora y se tomó un largo y frío trago. “Yo no voy a pedir. . .yo no”, susurré. Pero cuando él notó mi cara roja y mis labios secos, él me ofreció de beber.

A medida que yo tomaba la cantimplora de su mano, él sonrió y me dijo, “supongo que traerás contigo todo lo que vayas a necesitar la próxima vez.”

“Puedes estar seguro,” yo asentí.

En capítulos anteriores nosotros vimos que Adán y Eva pusieron a la raza humana bajo una maldición fútil cuando ellos se rebelaron contra Dios. En los días de Noé, Dios nos puso en un camino hacia la restauración de nuestra dignidad al proveer un mundo estable en el cual pudiéramos vivir para El. A pesar de esto, nosotros necesitamos estar seguros de llevar todo lo que vamos a necesitar para alcanzar el fin de este camino hacia la dignidad. ¿Cuáles son estas necesidades? ¿Qué necesitamos para ser restaurados como imágenes de Dios? Buscaremos las respuestas a estas preguntas en el Pacto que Dios hizo con Abraham. Cuando Dios escogió a Abraham para ser su siervo especial, Dios mostró al Patriarca que él necesitaba poder, paciencia y perseverancia.

LA NECESIDAD DE PODER

Cuando los científicos de la NASA lanzan un cohete, ellos tienen un margen de oportunidad dentro del cual deben realizar el despegue. Este período de tiempo es crítico para un vuelo espacial, sin embargo, es necesario mucho más que oportunidad para alcanzar el éxito. Las llamas enceguecedoras y las densas nubes de vapor y humo que salen bramando de los motores del cohete demuestran que un viaje espacial también requiere un inmenso poder. De igual forma, nosotros tenemos un margen de oportunidad mientras vivimos en el mundo estable que Dios hizo en los días de Noé. Sin embargo, nosotros debemos tener poder para alcanzar el destino para el cual Dios nos creó.

Nosotros leemos en el capítulo quince de Génesis que Abram, llegó a un punto en su vida en donde él se dio cuenta de su propia necesidad de poder. Dios habló al Patriarca de tal forma que sus palabras lo indujeron a examinar su vida: “ No temas, Abram. Yo soy tu escudo, y tu galardón será sobremanera grande” (v. 1).

Abram fue privilegiado al tener tan maravillosa promesa de Dios, pero él no pudo regocijarse: “Y respondió Abram: ‘Señor Jehová, ¿qué me darás, siendo así que ando sin hijo, y el mayordomo de mi casa es Eliezer de Damasco?’ Dijo también Abram: ‘Mira que no me has dado prole, y he aquí que será mi heredero un esclavo nacido en mi casa’” (v. 2-3).

“Seamos realistas”, pensó Abram. “no puedo estar seguro de grandes bendiciones cuando ni siquiera tengo un hijo”. Años atrás, Dios había prometido a Abram un hijo, pero El aún no había cumplido su palabra. Las manos de Abram estaban atadas. El no tenía el poder para traer un niño al mundo. ¿Qué esperanza podía tener?

Más adelante en el mismo capítulo, Dios da a Abram una segunda promesa: “Yo soy Jehová, que te saqué de Ur de los caldeos, para darte a heredar esta tierra” (v.7). Además de una simiente, Dios prometió a Abram la posesión de una tierra, la tierra de Canaán.

Pero esta promesa también perturbó al Patriarca. “Y él respondió: ‘Señor Jehová, ¿en qué conoceré que la he de heredar?’” (v.8). Abram no comprendía como Canaán iba a pertenecerle. “Debo ser honesto,” él pensó, “yo no tengo el poder para tomar esa tierra”.

Tenemos que ser cuidadosos aquí. Las inquietudes de Abram eran más que la expresión de un deseo personal. Estas estaban relacionadas directamente con la función principal de Abram como ser humano. El deseaba hijos y una tierra porque él había sido creado para multiplicarse y tener dominio. En lo que concernía al Patriarca, su dignidad humana estaba en juego.

Más que esto, el deseo de Abram de multiplicarse y tener dominio fue más allá de su vida individual. Abram sabía que su simiente era crítica para la historia del mundo porque Dios lo había escogido a él para ser el padre espiritual de todos los que iban a ser salvos. “Serán benditas en ti todas las familias de la tierra” (Gn 12:3), dijo Dios a Abram. Así como el apóstol Pablo afirmaba, Cristo era la simiente de Abram en quien todas las naciones recibirían bendición (Gal 3:16). Abram deseaba una línea de descendientes que culminara en el Cristo.

La tierra que Abram esperaba poseer trascendía su propia vida. Canaán era un símbolo futurista de los gloriosos cielos nuevos y de la tierra nueva. Así como el escritor de Hebreos dijo:

Por la fe Abraham, siendo llamado, obedeció para salir al lugar que había de recibir como herencia; y salió sin saber a donde iba. Por la fe habitó como extranjero en la tierra prometida como en tierra ajena, morando en tiendas con Isaac y Jacob, coherederos de la misma promesa. Porque esperaba la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios. (Heb.11:8-10; ver también v.13-16).

El Patriarca estaba preocupado por su dignidad personal, y también por algo que afecta a cada uno de nosotros. En última instancia, Dios prometió a Abram nada menos que

nuestra esperanza de salvación eterna en Cristo, nuestra restauración final como imágenes de Dios.

¿Por qué Abram luchaba? ¿Cuál era la fuente de su ansiedad? Abram batallaba interiormente con las promesas de Dios porque él se había dado cuenta de algo acerca de sí mismo. El reconoció que no podía alcanzar las metas fijadas antes de él. Su esposa era estéril y él no podía hacer nada al respecto. Los cananeos llenaban la tierra de Canaán, y él no tenía la fuerza para quitarles la tierra. Las promesas de Dios sonaban grandiosas, pero estaban muy lejos del alcance de Abram.

¿Has tratado alguna vez de alcanzar una meta inalcanzable? Es duro soportar las penalidades cuando uno sabe que nunca tendrá éxito. Si tenemos algo de posibilidad, la mayoría de nosotros enfrentará el desafío. Pero cuando los obstáculos son insuperables, perdemos toda esperanza. Estas experiencias ordinarias nos permiten introducirnos brevemente en los sentimientos de Abram. Abram quiso ser todo lo que Dios había diseñado que él fuera; él quiso multiplicarse y tener dominio. Pero Abram reconoció que simplemente no tenía el poder para hacerlo.

La necesidad de poder de Abram revela una importante verdad acerca de cada uno de nosotros. También nosotros somos incapaces de alcanzar nuestras metas como imágenes de Dios. Admitir nuestra impotencia es difícil para muchos de nosotros. Por todos lados el mundo nos dice justamente lo opuesto: “Solamente el fuerte sobrevive. . . El éxito depende de ti.” Nosotros admiramos al fuerte y seguimos a quien es seguro de sí mismo. Ciertamente, todos necesitamos una buena dosis de determinación y confianza. Sin embargo, nuestra confianza no debería reposar en nosotros mismos. La multiplicación y el dominio exitoso están simplemente más allá de nuestras habilidades.

Considere cuán impotentes somos para multiplicar imágenes de Dios. A pesar de los avances de la ciencia de la reproducción, el milagro de la vida siempre permanecerá lejos de nuestro control final. Nuestras limitaciones también se extienden a las dimensiones espirituales de la multiplicación. Los padres cristianos crían a sus hijos para servir a Cristo, pero ellos no pueden forzarlos a entrar en el Reino. La televisión, el cine, los libros, las escuelas y aún los amigos de nuestros hijos, tratan de alejarlos del Reino, y nosotros podemos hacer muy poco para evitarlo. Lo mismo ocurre cuando se trata de multiplicar imágenes de Dios a través de la predicación del evangelio y el discipulado. Trabajamos duro para alcanzar a los perdidos. Tratamos de rescatar al descarriado, pero no podemos hacerlos permanecer fieles a Cristo. Simplemente no tenemos el poder.

Somos incapaces de ejercer dominio exitosamente. Nosotros planeamos y ejecutamos nuestros trabajos lo mejor que podemos, pero el éxito depende de eventos que están fuera de nuestro control: la política internacional, el clima, la bolsa de valores. Aún las más grandes mentes no tienen el poder para manejar todas las fuerzas que determinan el éxito y el fracaso. Como un prominente hombre de negocios una vez me dijo, “yo trabajo duro, pero no puedo controlar todo en el mundo.” El dominio sobre la tierra está más allá de nuestro poder.

En una forma u otra, todos nosotros luchamos con los problemas que abatieron a Abram. Dios ha hecho promesas maravillosas: “Yo te concederé dignidad en Cristo”. Pero nosotros no tenemos el poder para alcanzar este destino glorioso.

¿Cuál es la respuesta a este problema? Dios respondió a Abram revelando el poder que lo capacitaría para alcanzar sus metas en la vida. Para asegurar la multiplicación de Abram, Dios “lo llevó afuera, y le dijo: ‘Mira ahora los cielos, y cuenta las estrellas, si las puedes contar.’ Y le dijo: ‘Así será tu descendencia’” (Gn.15:5). En efecto, Dios dijo a Abram, “Yo he llenado el cielo con innumerables estrellas. Ciertamente, Yo tengo el poder para darte descendientes.” ¿Cómo Abram reaccionó ante estas palabras de seguridad? “Abram creyó al Señor, y le fue contado por justicia” (v.6). El despliegue de la fuerza divina en las constelaciones dio a Abram la confianza de que Dios tenía el poder para darle un hijo.

El Señor también mostró a Abram el poder que le daría la tierra de Canaán. Esta vez, además, Dios le ordenó a él ejecutar una ceremonia: “Y le dijo: ‘Tráeme una becerro de tres años, y una cabra de tres años, y un carnero de tres años, una tórtola también y un palomino.’” (Gn. 15:9). El Patriarca junto los animales, sacó su cuchillo, y partió todo por la mitad menos las aves. Después de partir los cuerpos, él puso cada mitad una enfrente de la otra del camino (v.10).

Los primeros Israelitas que escucharon a Moisés contar esta historia comprendieron estos actos extraños. Dios ordenó a Abram ejecutar un tipo de antigua ceremonia mencionada en diferentes lugares de la Biblia (1 Sam. 17:44; 46; Jer. 34: 18- 20). En estas ceremonias, los animales eran sacrificados, los cuerpos eran puestos en uno y otro lado de un camino y las partes participantes de un pacto pasaban entre las dos filas de cadáveres. A medida que ellos caminaban entre la carnes cercenadas, los participantes del convenio hacían un voto: “Si rompemos nuestro acuerdo, que seamos cortados como estos animales.”

Los niños pequeños hacen algo similar hoy. Cuando ellos quieren que sus amigos confíen en su palabra, ellos lanzan maldiciones sobre sí mismos: “Atraviesa mi corazón; espero morir; ¡clava una aguja en mi ojo!” En efecto ellos dicen, “si yo rompo mi palabra, aquí está un blanco sobre mi corazón; tu puedes matarme. Tu también tienes permiso para clavar una aguja en mi ojo.” O, como nosotros algunas veces decimos, “si estoy mintiendo, que me parta un rayo’.”

En respuesta a la pregunta de Abram, Dios ordenó una ceremonia que normalmente requería que ambas partes juraran maldiciones sobre sí mismas. No es de asombrarse de que Abram tuviera una terrible pesadilla cuando él se fue a dormir esa noche (Gen. 15:12). El debe haber estado muy temeroso . “Yo pedí al Señor que me asegure que yo conseguiría la tierra. Ahora veo lo que he hecho,” debió él haber pensado. “El Señor me va a hacer caminar entre los animales y me va a hacer jurar por mi vida de que yo ¡tomaré la tierra !”

Pero Dios sorprendió a Abram durante la noche: “Y sucedió que puesto el sol, y ya oscurecido, se veía un horno humeando, y una antorcha de fuego que pasaba por entre los

animales divididos” (Gen. 15:17). Cada Israelita que escuchaba esta historia sabía lo que este humo y fuego representaban. Dios se había aparecido sobre el Monte Sinaí y había guiado a Israel a través del desierto como una columna de nube y de fuego (Ex. 13:21). El humo y el fuego que pasaron entre los pedazos esa noche era una teofanía, una semejanza del mismo Dios quien fue delante de Israel hacia la Tierra Prometida.

Al pasar entre los animales divididos, Dios juró una maldición sobre si mismo. El dijo, “Si no mantengo mi promesa a Abram, sea yo cortado en pedazos como estos animales lo han sido.” Bajo amenaza de su propia destrucción, Dios prometió que su poder daría a Abram el dominio sobre la Tierra Prometida.

Abram aprendió una lección esencial aquel día. Para alcanzar su destino como imagen de Dios, él tenía que apartar sus ojos de su propia impotencia y confiar completamente en el poder divino. Solamente Dios tenía la habilidad para multiplicar su simiente y darle dominio.

En la actualidad, como imágenes redimidas de Dios, anhelamos llenar el mundo con siervos de Dios y gobernar victoriosamente sobre la tierra. Pero ¿dónde buscaremos el poder para tener éxito en estas tareas? ¿Cómo podemos adquirir seguridad de que alcanzaremos esta meta gloriosa? Debemos aprender con Abram que podemos triunfar, no por nuestros propios esfuerzos, sino solamente por fe en el poder de Dios.

Abram descubrió su fuente de poder cuando contó las estrellas y vio la teofanía del humo y del fuego. Nosotros hemos visto aún más de lo que él vio. Dios se hizo carne, habitó entre nosotros, y pasó ante nosotros en la Encarnación. Jesús vino y nos aseguró nuestra salvación, de esta manera Dios podía ser “solo y el único quien justifica” (Rom. 3:26). Nuestra dignidad es restaurada únicamente por el poder de Dios en Cristo. Nosotros encontramos la fuerza que necesitamos solamente en su obra terminada.

Todos conocemos la doctrina de la salvación por gracia por medio de la fe. “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe,” nos repetimos, “y esto no de vosotros” (Ef. 2:8). Sabemos que solo Dios nos levanta del lodo de pecado. En teoría, no tenemos mayor problema con lo que Abram aprendió.

Pero muy a menudo, tenemos dificultad en aplicar esta creencia en la vida diaria. En teoría decimos, “Salvado por gracia,” pero en la práctica declaramos, “Salvado por mi propio poder.” Examínese cuidadosamente. ¿Dónde usted pone su esperanza para alcanzar la dignidad? ¿De quién depende para alcanzar el éxito como imagen de Dios?

Piense en sus esfuerzos para multiplicar imágenes de Dios criando a sus hijos. La medida de su confianza en Dios llega a ser evidente cuando ve cuan poco acude a Dios en oración pidiendo por sus hijos. ¿Cuánto ora usted por sus hijos e hijas? ¿Cuánto busca la ayuda de Aquel quien puede salvarlos? La mayoría de los padres cristianos trabajan diligentemente para educar a sus hijos en los caminos de Cristo. Ellos los disciplinan, pagan grandes sumas de dinero por educación Cristiana, y los llevan a la iglesia cada domingo. Estas actividades son importantes, pero son inútiles a no ser que Dios les de el

poder para beneficio de nuestros hijos. Nuestra prácticas diarias revelan que nosotros confiamos mucho más en nuestro propio esfuerzo que en el poder de Dios para moldear nuestros hijos a semejanza de El.

Lo mismo es verdad en todos nuestros otros trabajos en la vida. ¿Qué prioridades tenemos en nuestros trabajos? Planeamos, trabajamos, y luchamos; después planeamos, trabajamos y luchamos un poco más. Una confianza consciente en Dios a duras penas figura en nuestro estilo de vida. Nosotros nos volvemos a El solamente cuando todo lo demás falla. El trabajo duro es vital, pero nosotros demostramos fiel confianza en Dios solamente en la medida que apoyamos nuestros esfuerzos con devoción y oración.

Recuerdo una vez cuando mi esposa y yo estábamos por salir de viaje. Nuestro auto había estado funcionando defectuosamente por varias semanas, y pensé que ahorraría unos cuantos dólares si lo reparaba yo mismo. Estaba confiado de que había arreglado el problema pero mi esposa no estaba segura. “No llegaremos,” dijo ella mientras colocábamos el equipaje en el carro. “Debiste haber contratado a alguien que pudiese hacer el trabajo.”

Para mi mortificación sus palabras resultaron ser ciertas. El carro se dañó poco antes de que hubiésemos recorrido 10 millas. Afortunadamente, teníamos un amigo quien era un mecánico profesional, y él reparó el auto en apenas unos pocos minutos. Al salir de la ciudad más tarde ese día, ambos mi esposa y yo estábamos confiados que llegaríamos a nuestro destino. A diferencia de antes, el auto había sido reparado por alguien que tenía la habilidad de hacerlo.

¿Por qué es tan importante recordar que Dios tiene el poder para llevarnos a nuestra dignidad? ¿Cuál es el beneficio? ¡El puede hacer el trabajo! En Génesis 15 vemos como Abram obtuvo confianza en su futuro. El dejó de hacer preguntas y buscar seguridad. Una vez que él comprendió que Dios usaría su propio poder para llevarlo, Abram creyó a Dios y siguió adelante con confianza. “Ahora yo se donde poner mi confianza,” se dio cuenta Abram. “Puedo alcanzar mi destino.”

Lo mismo es cierto para nosotros cuando anhelamos el éxito como imágenes de Dios. Si confiamos en nosotros mismos para alcanzar la meta, seguramente estaremos frustrados. Pero a medida que confiamos en El día a día, podemos tener la seguridad de que alcanzaremos nuestra meta como imágenes de Dios.

LA NECESIDAD DE PACIENCIA

Hace algunos años, unos amigos invitaron a mi familia a un almuerzo. “Solo vengan y descansen,” dijeron. “Nosotros nos encargaremos de todo.” Esto sonaba grandioso; estábamos exhaustos tras una semana de duro trabajo. Sin embargo cuando llegamos a la casa de nuestros amigos, pronto se hizo evidente que ellos no habían planeado recibirnos. Esperamos mientras ellos trabajaban en la cocina. Y luego esperamos un poco más. Más de 2 horas pasaron antes de que oyéramos la llamada al almuerzo. Yo estaba hambriento cuando me senté, pero recuerdo que pensé, “ Supongo que uno debe estar listo a esperar, si otro está haciendo todo el trabajo.”

Abram enfrentó una situación similar en su vida. Él no estaba esperando por alguien para que le prepare una comida, él estaba esperando que Dios le diera un hijo. En Génesis 15, Dios invitó a Abram a confiar en su poder divino para conseguir su dignidad. “Yo lo haré por ti,” le aseguró Dios. A Abram le gustó la idea; fue confortante saber que él no tenía que asegurar su dignidad por medio de su propia inventiva. A pesar de eso, Abram falló en no darse cuenta que él tendría que ser paciente si Dios iba a hacer todo el trabajo.

Génesis 16 es una historia de la falla de Abram en ejercer la paciencia. Abram y Sara decidieron que Agar, la criada de Sara sirva como una madre sustituta: “Sara mujer de Abram no le daba hijos; y ella tenía una sierva egipcia, que se llamaba Agar. Dijo entonces Sara a Abram: ‘Ya ves que Jehová me ha hecho estéril; te ruego, pues, que te llegues a mi sierva; quizás tendré hijos de ella’” (v.1-2). Tal como el capítulo nos narra, Abram llevó a efecto el plan. Agar concibió y dio a luz a Ismael, el primer hijo de Abram.

¿Qué llevó a Abram a seguir este curso de acción? En una palabra, el problema fue la impaciencia. A Abram y Sara les gustó la idea de que Dios les daría un hijo, pero ellos ya habían estado esperando por muchos años. Dios no actuaba de acuerdo al tiempo de ellos; Él estaba demasiado atrasado. Consecuentemente, Abram y Sara escogieron su propia forma de asegurar su dignidad.

Nosotros enfrentamos el mismo problema de la impaciencia hoy. Estamos contentos de que no tenemos que ganar nuestra salvación. ¿Quién no se regocija al saber que nuestro éxito como imagen de Dios es enteramente un regalo de su gracia? No obstante, si queremos confiar en el poder de Dios, debemos estar listos a esperar pacientemente en Él. Nosotros tenemos que confiar que Él nos concederá la dignidad en el momento en que Él lo considere apropiado.

Vivimos en una cultura de resultados inmediatos. Revelamos una fotografía en pocos segundos, preparamos la comida en el microondas en cosa de minutos, y viajamos desde un lado del mundo al otro en menos de un día. Estamos tan acostumbrados a los resultados instantáneos que nos volvemos impacientes con cualquier cosa que conlleve tiempo. “¿Cuánto tiempo le tomará al mesero?” nos quejamos en el restaurante. “¡Apúrese!” gritamos al carro que está enfrente de nosotros. “¡Tengo un millón de cosas que hacer!”

El deseo por resultados inmediatos fluye también en nuestras vidas espirituales. Sabemos por la Escritura que Dios ha prometido bendecirnos en su Hijo. Sin embargo estamos impacientes por aquellas bendiciones; las queremos ahora. Nosotros hemos llegado a ser “herederos de Dios y coherederos con Cristo” (Rom.8:17), pero queremos experimentar todos los beneficios de esta privilegiada posición inmediatamente.

Debemos enfrentar la realidad de que Dios no quiere darnos todas nuestras bendiciones en Cristo simultáneamente. En su sabiduría inescrutable, Dios restaura a su pueblo en un largo período de tiempo. Antes que Cristo regrese en gloria, la única porción de nuestra

herencia que Dios nos garantiza es el regalo del Espíritu Santo. El Espíritu es “las arras de nuestra herencia” (Efe. 1:14). Ciertamente, a menudo recibimos muchos beneficios extras adicionalmente al regalo del Espíritu, salud, dinero y honor, pero Dios concede estos pequeños adelantos de nuestra herencia en Cristo solamente cuando El lo considere apropiado. El concede unas bendiciones a una persona y otras bendiciones a otra . El remedia algunos aspectos de nuestra indignidad y deja otros para después.

El plan de Dios suena bien en lo abstracto, pero cuando enfrentamos necesidades particulares en nuestras vidas, el reloj de Dios parece estar atrasado, tal como le pareció a Abram. El Patriarca debe haberse preguntado, “Si yo soy un siervo especial de Dios, por qué no tengo un hijo cuando otros tienen muchos ?” ¿No nos hemos hecho todos la misma pregunta? Vemos que Dios bendice a otros y celosamente nos sentimos abrumados. “Mira ese tipo,” decimos. “¿Por qué yo no tengo un trabajo que pague tanto como el que él tiene?” “Yo solo desearía que mis niños estén tan bien como los suyos,” nos lamentamos.

Todos luchamos con tales pensamientos de vez en cuando. Examínese usted mismo. ¿Cuáles son las áreas de la vida en las cuales le falta el honor que usted merece como hijo de Dios, su cuenta bancaria, su salud, su trabajo, su vida familiar? Aunque es difícil no compararte con otros, es tonto hacerlo. Como el tiempo inevitablemente prueba, Dios no engaña a sus hijos. El simplemente les da las bendiciones de dignidad de acuerdo a su propia agenda. Como siervos fieles, debemos esperar que Dios conceda sus regalos en el momento que El lo considere apropiado. La paciencia es esencial para alcanzar la meta de la dignidad.

¿Qué les pasa a aquellos quienes comienzan a ser impacientes? Para comprender los peligros, debemos recordar tres cosas con respecto a la falla de Abram. Primero, Abram no siguió los deseos de la carne. El no fue tras una ganancia egoísta. Abram estaba tratando simplemente de cumplir una expectativa legítima como imagen redimida de Dios. El Patriarca fue hecho con el propósito de multiplicar siervos de Dios. Esto es todo lo que él quería. El problema de Abram no fue que él deseaba un hijo, sino que él buscó conseguir uno por sus propios medios.

Nosotros enfrentamos los mismos peligros en nuestras propias vidas. Tenemos legítimas expectativas, pero nos volvemos impacientes. Como resultado, buscamos sustitutos y vamos tras nuestra dignidad en formas que son inapropiadas. Nuestros deseos pueden estar correctos, pero nuestros planes pueden estar equivocados.

Segundo, las acciones de Abram y Sara eran aceptadas pero inmorales. Ellos se apartaron de las promesas de Dios, sin embargo sus acciones eran aceptadas dentro de las normas de su sociedad. Abram no persiguió su meta cometiendo crímenes flagrantes y horribles que todos odiaban. En su lugar, él buscó su dignidad tomando un camino que todos a su alrededor seguían.

¿No es esto, tal como nos ocurre a usted y a mi? Muy pocos de nosotros robamos bancos para ganar el honor de las riquezas. No avanzamos en los negocios dando muerte a

nuestros competidores. No realizamos nuestros deseos de multiplicarnos secuestrando a los hijos de otra persona. La mayoría de los cristianos no están seriamente tentados a hacer estas cosas. En vez de esto, nosotros recurrimos a los pecados culturalmente aceptables, tal como Abram hizo.

¿Qué clases de pecados cometemos? Murmuramos, mentimos y engañamos. Apretamos las riendas de nuestros hijos y los provocamos al resentimiento. Nosotros violamos el Día de Reposo para prosperar en el trabajo. Nos quedamos con nuestros diezmos para comprar un carro nuevo. Nosotros seguimos estos sustitutos para obtener la dignidad dada por Dios. “No es un gran cosa,” decimos. “Todo el mundo lo hace.” Cometemos pecados aceptables, sabiendo que nadie nos llamará la atención.

Tercero, el plan de Abram pareció tener éxito al principio, pero al final falló. Su impaciencia lo llevó a buscar un hijo “según la carne” (Gal. 4:23,). Dios había prometido que la multiplicación de Abram vendría a través de un milagro, pero el Patriarca buscó una alternativa. Todo parecía grandioso por un momento, pero la sustitución de Abram para las bendiciones de Dios pronto comenzaron a desmoronarse ante sus ojos. Los celos consumieron a Sara y ella echó lejos a Agar (Gen. 16:6). Dios sacó a Agar y a su hijo de estos problemas (v.7) y prometió bendecir a Ismael (v.10). Sin embargo, el sustituto en quien Abram puso su esperanza llegaría a ser un problema para el pueblo de Dios a través de la historia: “El será un hombre feroz; su mano será contra todos y la mano de todos contra él, y él habitará en hostilidad hacia todos sus hermanos” (v.12). La impaciencia de Abram lo puso en un camino que nunca podría conducir a bendición. Esta solamente le trajo problemas.

Por esta razón debemos ser muy cuidadosos de no seguir nuestros propios caminos hacia la dignidad. Los sustitutos que nosotros seguimos algunas veces dan la impresión de éxito. El hombre de negocios que engaña a menudo se adelanta a los otros. Las mentiras pueden mantenernos sin problemas por un momento. Comenzamos a estar involucrados en estos sustitutos por fe en Dios porque ellos parecen beneficiarnos. Tarde o temprano, sin embargo, nuestras acciones se volverán contra nosotros. La impaciencia no nos conducirá a la dignidad; eventualmente nos traerá más indignidad.

El error de Abram al no esperar a Dios nos habla directamente a usted y a mí. Debemos confiar en Dios para darnos nuestra dignidad, pero esta seguridad implica paciencia. Para alcanzar nuestra meta de ser restaurados como la imagen de Dios, debemos esperar que Dios nos de los regalos de dignidad según su diseño. Sin importar cuanto tiempo lleve, nosotros debemos demostrar nuestra confianza en su gracia esperando por Él.

LA NECESIDAD DE PERSEVERANCIA

Hace algunos años, entré a nuestra cocina y vi a mi hija de 4 años con un cuchillo para cortar carne. Ella estaba sosteniendo un trozo de queso en una mano y el cuchillo en la otra. Inmediatamente yo grité, “¡Suelta ese cuchillo ! ¡Te vas a cortar!” “No,” replicó ella confiadamente. “El cuchillo está cortando el queso, no mi mano”.

Por supuesto, yo no traté de convencerla; solo le quité el cuchillo y lo puse lejos. Yo sabía algo acerca de cuchillos que ella todavía no había aprendido. Los cuchillos cortan en muchas maneras. La misma hoja que corta alimentos puede cortar la mano que lo sostiene. El mismo instrumento que da vida puede quitarla.

Como hemos visto, Dios usó un cuchillo en Génesis 15 para asegurar a Abram que él recibiría grandes bendiciones en el futuro. Dios bajó el cuchillo, garantizando que El usaría su propio poder para elevar a Abram a mayor dignidad. Pero ahora nosotros debemos volver a Génesis 17, donde Dios le dice a Abram que tome el cuchillo de nuevo. Esta vez, sin embargo, Dios no promete nada a Abram. El usa el cuchillo para advertir al Patriarca que debe perseverar.

Génesis 17 comienza con Dios confrontando a Abram por su impaciencia en Génesis 16: “Era Abram de edad de 99 años, cuando le apareció Jehová y le dijo, ‘Yo soy el Dios todopoderoso; anda delante de mi y se perfecto. Y pondré mi pacto entre mi y ti y te multiplicaré en gran manera’” (v. 1-2). El Señor le dijo a Abram que él tenía que poner su vida en orden. En lugar de seguir su propio camino, como él había hecho con Agar, Abram tenía que caminar libre de culpa delante de Dios. El Patriarca reconoció la gravedad de su pecado y se postró sobre su rostro en arrepentimiento (v.3). El se dio cuenta de nuevo que la fidelidad a Dios era requerida por todos quienes quieren ser restaurados a la dignidad.

Para terminar con las vacilaciones de Abram, Dios le explicó los dos aspectos de su pacto con él. Primero El habló de su divina promesa, y después habló sobre la responsabilidad humana de Abram. Génesis 17:4-8 describe lo que Abram podía esperar de Dios. “He aquí,” El comenzó (v.4), “este es mi pacto contigo.” Dios se comprometió a hacer grandes cosas para Abram. El prometió hacer la descendencia de Abram extraordinariamente numerosa (v.4-7) y darles la tierra de Canaán (v.8). En efecto El dio un nuevo nombre a Abram, el cual significa “padre de muchedumbres” (v.5).

En el verso 9, sin embargo, ocurre un cambio mayor. En lugar de hablar de lo que El hará por Abraham, Dios habla sobre la responsabilidad de Abraham: “En cuanto a ti, guardarás mi pacto, tu y tu descendencia después de ti por sus generaciones.” Dios había dado grandes promesas a Abraham; ahora El establece explícitamente que Abraham y sus descendientes tienen una responsabilidad. Ellos deben “guardar mi pacto” (v.9). Ellos deben permanecer fieles a Dios a fin de recibir las bendiciones prometidas.

¿No contradice este pasaje las bendiciones prometidas en Génesis 15? ¿No dijo Dios a Abraham que alcanzar la meta de la restauración depende enteramente de su gracia divina? ¿Está Dios añadiendo un nuevo requerimiento aquí, cambiando las reglas en la mitad del juego?

No. Dios no está revisando su relación con Abraham. El simplemente trajo a primer plano una verdad que se había esfumado de la memoria de Abraham. A lo largo de la vida de Abraham, Dios había hecho claro que la fidelidad era requerida. Aún el llamado inicial del Patriarca indicaba la necesidad de una respuesta humana apropiada: “El Señor había

dicho a Abram, ‘Vete de tu tierra, y de tu parentela y de la casa de tu padre a la tierra que te mostraré. Y haré de ti una nación grande y te bendeciré’” (Gen. 12:1-2). Abraham sería bendecido solamente si él dejaba su tierra y seguía a Dios a la Tierra Prometida.

Desafortunadamente, Abraham olvidó que Dios requería obediencia. El tomó las bondadosas promesas de Génesis 15 como una licencia para hacer lo que a él quisiera. Ahora, sin embargo, Dios le recordó que aquellos quienes desean recibir las promesas de gracia deben permanecer leales.

Moisés primero registró los eventos de Génesis 17 para advertir a sus lectores que no se alejaran de Dios. Los Israelitas que siguieron a Moisés eran un grupo voluble. Ellos lo siguieron fuera de Egipto, solo para rebelarse contra Dios una y otra vez; ellos tomaron la gracia de Dios como una oportunidad para pecar. Pero el testimonio escrito de las palabras de Dios a Abraham recordó a los Israelitas sus responsabilidades. Para ser el pueblo del pacto, ellos tenían que permanecer fieles a sus votos.

El apóstol Pablo trató el mismo asunto en el Libro de Romanos. En los capítulos 4 y 5 él estableció que la salvación es por gracia únicamente. Nosotros somos redimidos por la misericordia de Dios, no por esfuerzo humano. Nuestras buenas obras no ameritan salvación. No obstante, después de hacer énfasis en la gracia de Dios, el apóstol añadió un recordatorio crucial: “¿qué pues diremos? ¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde? ¡En ninguna manera! Porque los que hemos muerto al pecado; ¿cómo viviremos aún en él?” (Rom. 6:1-2).

La gracia de Dios nunca intenta animarnos a tomar nuestro propio camino. Nosotros somos liberados del pecado a fin de vivir en gratitud y obediencia. Pablo condensó esta relación entre gracia y obras en un pasaje muy conocido en Efesios: “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe, y esto no de vosotros, pues es don de Dios, no por obras, para que nadie se gloríe” (Efe. 2:8-9). Tal como Dios dijo a Abraham acerca de su gracia en Génesis 15, así Pablo afirmó en Efesios 2: 8-9, que la restauración de la imagen de Dios es enteramente un resultado de la gracia. Sin embargo, notamos el enfoque del verso que sigue: “Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas” (v.10).

¿Por qué Dios nos muestra gracia? ¿qué debemos hacer en respuesta a su benignidad? Nosotros debemos caminar ante Dios en las buenas obras que El predestinó que nosotros hagamos.

Muchas cosas en la vida vienen en pares. Algunos pares son fáciles de mantener juntos. Pantalones, por ejemplo, normalmente no se separan. No es usual perder un lente de tus anteojos. Otros pares, sin embargo, son difíciles de mantener juntos. Yo tengo al menos cuatro diferentes guantes derechos en mi cajón en casa. También tengo muchas medias que no tienen un par. Guantes y medias vienen en pares, pero son difíciles de mantener juntos.

En Génesis 15 y 17 tenemos un par de conceptos que la mayoría de los Cristianos encuentran difícil de mantener juntos. Estos capítulos nos dicen la importancia de la fe y la fidelidad, pero nosotros tendemos a olvidar la una o la otra. Hay mucha gente en la iglesia que piensa que puede ganar su salvación. “Solo se lo suficientemente bueno y conseguirás entrar al cielo,” ellos imaginan. Pero Génesis 15 se opone a esta idea. No podemos ser restaurados por nuestro propio poder. La única forma es confiar en la gracia de Dios en Cristo.

Sin embargo hay otros en la iglesia que creen que pueden vivir en rebelión contra Dios y aún ser salvos de su juicio. “No importa como tu vivas,” ellos aconsejan. “Solo cree.” Génesis 17 se opone a este error. La salvación por fe siempre estará acompañada por una vida de buenas obras.

Para demostrar cuan serio fue este asunto para Abraham, Dios le ordenó sacar su cuchillo de nuevo. Era tiempo de hacer más incisiones: “Este es mi pacto que guardaréis entre mi y vosotros y tu descendencia después de ti: Será circuncidado todo varón entre vosotros. Circuncidaréis, pues, la carne de vuestro prepucio, y será por señal del pacto entre mi y vosotros” (Gen. 17:10-11).

¿Qué representaba el ritual de la circuncisión? Este separaba a Abraham y sus hijos como participantes en el pacto de Dios, pero también simbolizaba la responsabilidad humana en el pacto. En Génesis 15, Dios se colocó así mismo bajo el cuchillo. “Que sea yo cortado en pedazos si rompo mi promesa,” Dios juró a Abram. En Génesis 17, Dios mandó a Abraham y a sus descendientes ponerse bajo el cuchillo. El rito de la circuncisión simbolizaba sus compromisos a la lealtad y fidelidad. “Que seamos cortados, si nosotros rompemos nuestra promesa de fidelidad a Dios,” ellos juraron.

El cuchillo de Abraham retrató en una forma vívida lo que pasa a aquellos quienes flagrantemente violan sus acuerdos en el pacto. Este advirtió a Abraham y a su simiente que ellos no escaparían de la ira de Dios si despreciaban el camino de una vida fiel. En lugar de alcanzar la meta de la restauración, los apóstatas sufrirán el juicio de Dios.

Dos clarificaciones deben ser añadidas. Primero, la circuncisión de Abraham no implica que nosotros podemos perder nuestra salvación. Todo aquel que viene a Cristo con fe genuina está seguro en El. Es imposible perder el regalo de la salvación. Jesús hizo esto claro: “Todo lo que el Padre me da, vendrá a mi; y al que a mi viene, no le echo fuera . . . Y esta es la voluntad del Padre, el que me envió: Que de todo lo que me diere, no pierda yo nada, sino que lo resucite en el día postrero” (Juan 6:37,39).

Por esta razón, la amenaza simbolizada en la circuncisión no es para creyentes verdaderos quienes temporalmente caen en pecado. Esta es para aquellos quienes superficialmente profesan a Cristo sin poseerlo. Su apostasía prueba la verdadera condición de sus corazones. Aquellos quienes continúan en un estilo de vida contrario a Cristo nunca han ejercido la fe salvadora. Como Juan puntualiza, “Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros; porque si hubiesen sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros; pero salieron para que se manifieste que no todos son de nosotros” (1 Juan 2:19). Aquellos

quienes completamente se retiran de Cristo nunca le pertenecieron verdaderamente. De haber sido así, ellos habrían demostrado su salvación permaneciendo fieles.

Segundo, nosotros debemos comprender que la circuncisión no implica que Dios estaba esperando alguna excusa para quitar las bendiciones a Abraham . Las Escrituras muestran claramente que Dios es paciente y lento para la ira. El es “misericordioso y clemente, tardo para la ira y grande en misericordia, y que se duele del castigo” (Joel 2:13). Dios se toma su tiempo para enojarse con su pueblo. El ama mostrarnos misericordia y tolerancia cuando nosotros pecamos.

No obstante, la Escritura advierte severamente a aquellos quienes se apartan de Cristo y continúan sin arrepentimiento. La amenaza del juicio de Dios, ahora y en la eternidad, los detiene. La flagrante e implacable apostasía resultará en la maldición del pacto. Como Pablo advirtió a los Gálatas: “No os engañéis; Dios no puede ser burlado: pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará. Porque el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción; mas el que siembre para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna. No nos cansemos, pues, de hacer bien; porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos” (Gal. 6:7-9).

La palabra de Dios a Abraham es una advertencia a cada uno de nosotros. Todos estamos inclinados a desviarnos de vez en cuando. El camino hacia la restauración como imagen de Dios es estrecho y traicionero. Las tentaciones vienen a nuestro camino y nosotros caemos, tal como Abraham. El perdón está disponible para aquellos que confiesen sus pecados, (1 Juan 1:9) pero nosotros no debemos tomar esta disponibilidad de perdón por concedida. Perseguir los placeres de las posesiones, prestigio, o cualquier otro sustituto pecaminoso en lugar de las promesas en Cristo es un camino peligroso a seguir. Como el escritor de Hebreos dijo, “Seguid la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor” (Heb. 12:14). Nosotros no podemos tener a Jesús como Salvador a no ser que también lo tengamos a El como Señor. Así como Abraham aprendió, los creyentes no deben solamente confiar en Dios para su salvación, sino también perseverar en su fidelidad hacia El.

¿Está tentado a tomar la gracia de Dios como permiso para pecar? Escuche la palabra del Señor a Abraham. Para alcanzar nuestra meta de seres restaurados a la dignidad, debemos caminar delante de El y estar libres de culpa.

CONCLUSION

En este capítulo hemos examinado tres requisitos que son necesarios para alcanzar nuestra dignidad como imagen de Dios. Debemos tener fe en el poder de Dios para llevarnos a ella, ejercitar paciencia mientras esperamos el tiempo de Dios, y perseverar fielmente a través de toda nuestra vida. Solamente en la medida que recordamos como Dios se reveló a Abraham podremos estar capacitados para alcanzar la meta de la total restauración de nuestra dignidad como imagen de Dios.

PREGUNTAS DE REPASO

1. ¿Con cuáles dos asuntos Abram luchó en Génesis 15? ¿Cómo este capítulo enfoca nuestra necesidad de confiar en el poder de Dios?
2. ¿Qué error ocurrió en Génesis 16? ¿Cómo esta historia revela la impaciencia de Abram? ¿Qué peligros caen sobre aquellos quienes rehusan esperar el tiempo de Dios?
3. ¿Qué aprendió Abraham durante el rito de la circuncisión en Génesis 17? ¿Es posible para los verdaderos creyentes perder su salvación en Cristo? Si no, ¿Cómo podemos hablar de la necesidad de perseverancia?

EJERCICIOS DE DISCUSION

1. ¿Por qué este capítulo es titulado “Alcanzando nuestra meta”?
2. Nombre tres trabajos que usted está seguro que puede realizar. Ahora piense otra vez. ¿Qué factores fuera de su control podrían hacer estos trabajos imposibles? ¿Cómo estas realidades ilustran su necesidad del poder de Dios para darle a usted dignidad?
3. ¿Cómo ha visto la impaciencia en la iglesia en relación al tiempo de Dios ? ¿Los resultados han sido positivos o negativos? ¿Por qué?
4. ¿Qué clases de experiencias ha visto que apartan a la gente de Cristo? ¿Cómo ha luchado con la perseverancia en la fe?

Capítulo 6

Luchando para Vencer

Los Estados Unidos aprendieron varias lecciones difíciles en la Guerra de Vietnam. Todavía hoy existen controversias acerca de diversos aspectos del conflicto. ¿Qué hicimos mal? En mis conversaciones con hombres y mujeres que pelearon en Vietnam, un aspecto viene a colación una y otra vez. "Si vas a pelear", un soldado me dijo, "tienes que luchar para vencer". Esa es una opinión que todos afirman. Si tenemos que luchar en una guerra es mejor que luchemos para vencer.

Conforme exploramos el plan de Dios para sus imágenes llegamos al momento cuando El llamó a su pueblo a entrar en la batalla. Ya hemos visto las ricas bendiciones de Dios en los días de Noé y Abraham. Dios nos dio la oportunidad de levantarnos de la corrupción del pecado y nos ha revelado el poder, la paciencia y la perseverancia necesarias para recobrar la dignidad que fue corrompida por la Caída. En este capítulo avanzaremos hacia el siguiente hito en la historia bíblica: el ministerio de Moisés. Como veremos, Dios usó a Moisés para guiar a su pueblo en el siguiente paso hacia la restauración total como imágenes de Dios. El los llamó a una guerra que debían pelear para vencer.

LA REALIDAD DE LA GUERRA

Moisés es quizá la figura más importante en el Antiguo Testamento. El liberó a las tribus de Israel de la esclavitud en Egipto, guiándolos por el desierto y llevándolos a la frontera de la Tierra Prometida. ¿Por qué quiso Dios que Moisés hiciera esto? Josué descubrió que el propósito del ministerio de Moisés era traer al pueblo de Dios cara a cara con la realidad de la guerra.

Dios vino a Josué después de la muerte de Moisés y le informó que era el tiempo para ir a Canaán. Dios le dijo: "Levántate y pasa este Jordán, tú y todo este pueblo, a la tierra que yo les doy a los hijos de Israel" (Jos. 1:2). Después añadió: "Nadie te podrá hacer frente" (v.5).

Para entender bien el significado del llamado de Josué a la guerra, debemos recordar lo que estaba preparado para Israel en la Tierra Prometida. Canaán sería un lugar de bendiciones inimaginables. Una vez establecidos allí, el pueblo de Dios se multiplicaría de una manera extraordinaria, llenando la tierra de extremo a extremo con imágenes de Dios (Dt. 28:5, 11). Israel además, ejercería dominio sobre la tierra como nunca antes. La futilidad del trabajo disminuiría; la tierra daría fruto sin mucho esfuerzo (Dt. 28:12). Simplemente, Dios diseñó Canaán para ser un lugar que daría dignidad a sus imágenes redimidas. En la lucha por Canaán, Israel recibiría una muestra del honor para el cual Dios había diseñado originalmente a la raza humana. Dios vino a Josué con instrucciones solemnes. "Debes pelear", le dijo, "por el honor de vivir en la Tierra prometida."

Todo creyente está en la misma situación en la que Josué estuvo aquel día, porque Dios nos ha llamado a luchar por nuestra dignidad. Cristo nos ha libertado del pecado, así como Moisés libertó a Israel de la esclavitud. Avanzamos hacia la gloria de un cielo

nuevo y una tierra nueva, así como Israel iba hacia la tierra de Canaán. Pero nosotros debemos también ir a la guerra de la misma manera que el pueblo de Israel. La dignidad como imágenes de Dios no nos es dada en bandeja de plata; sino como Josué, debemos luchar por ella.

Aunque la semejanza entre la situación de Israel y nuestras circunstancias son grandes, debemos tener cuidado para entender las diferencias. Cristo no nos ha dejado con el legado de una guerra santa en el ámbito físico. Hasta que Él regrese en gloria, nuestra guerra es una batalla espiritual. Como Pablo dice, "Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes" (Ef. 6:12).

Nosotros no vamos contra los ejércitos de las naciones, sino que batallamos con fuerzas espirituales. Luchamos en contra de engaños y mentiras, usando las armas que el Espíritu Santo nos da:

"Pues aunque andamos en la carne, no militamos según la carne; porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas, derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo" (2 Cor. 10:3-5).

Dios ha llamado a todo cristiano a esta batalla para la dignidad. Nos ha ofrecido grandes promesas, pero sus promesas sólo son para aquellos que están dispuestos a luchar y ganar.

En una ocasión un joven se me acercó después de una reunión evangelística.

"Estoy muy contento de que nos haya dicho la verdad" dijo con una sonrisa.

"¿Qué quieres decir?" le pregunté.

"Cuando me hice Cristiano" me explicó, "el predicador me dijo que mi vida sería fácil. Dijo que Jesús me libraría de todos mis problemas. No tendría que luchar nunca más".

"Eso sencillamente no es cierto, ¿verdad?", le respondí.

"Por supuesto", exclamó. "Cuando me hice cristiano sentí que estaba en medio de una guerra nuclear."

Si usted sigue a Cristo está en una guerra. No será fácil alcanzar el éxito en la multiplicación y el ejercicio de dominio, es decir, en nuestro crecimiento en dignidad como imágenes de Dios. Estas bendiciones son ganadas a través de guerra espiritual. En nuestras batallas, tratamos de alcanzar a los perdidos para Cristo. Luchamos contra nuestros pecados, enfrentamos enfermedad y muerte. Luchamos batallas en aras de la verdad. Enfrentamos toda clase de conflictos.

¿Puede usted imaginar cómo se ha de haber sentido Josué al contemplar la realidad de la guerra? La posesión de Canaán era un destino glorioso, pero la idea de luchar debió haberlo atemorizado. Mientras Josué consideraba las fortalezas y los múltiples ejércitos

que tendría que enfrentar, seguramente debió haber tenido ciertas dudas. "¿Cómo podré cumplir esta misión? Se que debo luchar, pero no será fácil."

Sabemos que estas preocupaciones pesaban mucho en el corazón del joven guerrero por las palabras que Dios le dijo en Josué 1:6-9. En este pasaje Dios se dirigió a los temores de Josué repitiéndole tres veces la misma exhortación: "Esfuézate y sé valiente. . . Esfuézate y sé muy valiente. . . Esfuézate y sé valiente".

Como veremos, Dios hizo más que simplemente ordenar a Josué que fuera fuerte. Le dijo tres formas específicas en que él podría obtener valor y fortaleza. Josué tendría que permanecer firme en el propósito, en la guía, y en la presencia de Dios. Josué podría luchar valerosamente recordando estas cosas. Al examinar las instrucciones de Dios para Josué aprenderemos cómo tener valor y fortaleza en las batallas que nos esperan.

EL PROPOSITO DE DIOS

Recuerdo la primera vez que fui con mi esposa y unos amigos a un viaje misionero detrás de la Cortina de Hiero. Muchas preocupaciones nos distraían. ¿Qué pasaría si nos descubrían con literatura cristiana? ¿Seríamos encarcelados? ¿Podríamos regresar a casa? Como se podrán imaginar estos pensamientos nos provocaban dudas y confusión. ¿Cómo combatimos este desánimo? La estrategia fue simple. Los líderes del grupo continuamente nos recordaban nuestro propósito. Nos decían: "No vinimos a ver el país. Tampoco vinimos a pensar en nosotros mismos. Vinimos aquí a hablarle a la gente de Cristo." Cuando por fin nos enfocamos en el propósito de nuestro viaje el miedo desapareció. Al estar conscientes de nuestro propósito encontramos fuerza y valor para seguir adelante.

De la misma manera, Dios animó a Josué diciéndole que recordara cuál era su propósito: "Esfuézate y sé valiente porque tú repartirás a este pueblo por heredad la tierra de la cual juré a sus padres que la daría a ellos" (Jos. 1:6). En efecto, el Señor le dijo a Josué, "Yo te he designado para la tarea específica de guiar a mi pueblo a Canaán. Si pones en tu pensamiento este propósito, entonces tendrás la fuerza y el valor para hacer frente a los problemas que vendrán." Con el propósito de Dios en su vida y en su mente, Josué podría ignorar muchas distracciones a su alrededor y podría seguir adelante confiadamente.

El ánimo que Dios le dio a Josué también es aplicable para nosotros con respecto a nuestra batalla espiritual. Dios no nos ha llamado para que seamos generales en un ejército, pero sí nos ha dado a cada uno de nosotros propósitos específicos en nuestra guerra espiritual. También nosotros podemos encontrar ánimo y valor si ponemos en nuestros corazones estos propósitos.

Al viajar por mi país he encontrado básicamente dos tipos de iglesias. Por un lado algunas iglesias tienen solamente una idea vaga acerca de sus propósitos. "Nosotros estamos aquí para servir al Señor," dicen los líderes de la iglesia. Pero eso es lo más detallado que pueden describir sus metas. Normalmente estas iglesias están llenas de gente cansada y desanimada. No tienen ninguna ilusión a cerca de su fe y casi no tienen

energía espiritual. Los problemas de la vida los tienen sobrecargados y están tan distraídos que solamente pueden mantener las apariencias.

Por otro lado, he visitado otras iglesias que tienen sus propósitos bien definidos. Saben cuáles son los ministerios que Dios quiere que lleven a cabo. Saben cómo quiere El que su iglesia sirva en la comunidad. Sorprendentemente estas iglesias están llenas de entusiasmo. Quizá haya problemas pero ellos siguen adelante porque sus ojos están puestos en las metas que se han fijado. Los conflictos y las penalidades son puestos de lado mientras estas iglesias luchan por alcanzar sus metas.

Los mismo ocurre con los creyentes como individuos. Si esperamos tener ánimo para las batallas que tendremos que enfrentar debemos dedicarnos a cumplir los propósitos para los cuales Dios nos ha puesto en este mundo. Un propósito general se extiende a todo lo demás: Multiplicar las imágenes de Dios y tener dominio sobre la tierra. Pero debemos ir más allá del propósito general y encontrar nuestro rol específico que nos llevará al cumplimiento de ese propósito.

Para algunos de nosotros el encontrar el propósito específico de nuestra vida puede conllevar cambios radicales en nuestro estilo de vida. Muchos cristianos jamás han considerado la posibilidad de que Dios tal vez quiera que hagan algo extraordinario. Se limitan solamente a realizar lo que les viene a la mano. Muchos estudiantes universitarios no saben qué camino seguir. Incontables adultos de mediana edad se sienten atados a trabajos que odian. Los jubilados confiesan que no tienen dirección en su vida. Si este es su caso, debería considerar la posibilidad de llevar a cabo un cambio radical. Algunos de nosotros debemos dejar las comodidades con las que hemos crecido y buscar un nuevo camino en la vida. Así encontraremos fuerza y valor en nuestra lucha por la dignidad.

Tengo un amigo que se jubiló antes de tiempo siendo un ejecutivo en una gran corporación, para dedicarse a enseñar a niños de misioneros extranjeros. Un verano tuve la oportunidad de visitar la ciudad donde él vivía. Cuando vi lo duro que estaba trabajando, le dije en broma: "Creí que te habías jubilado". Limpiándose el sudor de la cara sonrió y me dijo: "Estoy jubilado, pero no muerto".

A decir verdad, nunca lo había visto tan lleno de vida como ahora. Él había hecho un cambio radical en su vida. Encontró un nuevo propósito y una dirección específica. Como resultado estaba lleno de pasión por Cristo.

De vez en cuando todos necesitamos abrirnos a la posibilidad de recibir un llamado radical de parte de Dios. ¿Cuándo fue la última vez que honestamente consideró si Dios quería que usted hiciera un cambio drástico? ¿Ha considerado usted ministrar a los pobres, a los enfermos, o a alguien en la cárcel? ¿Qué tal ser misionero en otro país? Estas tareas requieren de un gran compromiso, pero Dios llama a muchos de nosotros para realizar este tipo de labores.

Esto no quiere decir que Dios desea que todos dejemos lo que estamos haciendo por un nuevo camino en nuestra vida. Algunos estamos en el lugar en el que Dios nos quiere tener. Solamente necesitamos renovar nuestros propósitos, no nuestros trabajos.

Hace muchos años un hombre de negocios me hizo una confesión. "Por años pensé que estaba desperdiciando mi vida en el mundo de los negocios pero ahora me encanta lo que estoy haciendo."

Le pregunté: "¿Cambiaste de trabajo?"

"No," me respondió, "me puse de rodillas y le pregunté a Dios qué quería que yo hiciera. Estaba listo para hacer cualquier cosa, pero de pronto descubrí que Dios me quería donde yo estaba."

"Entonces, ¿Qué cambió?"

"Ahora hago mi trabajo para Cristo. . . y es ¡maravilloso!"

Es muy fácil caer en la rutina de hacer siempre lo mismo sin preguntarnos por qué lo hacemos. Para encontrar la fuerza y el ánimo que tuvo Josué, debemos tener bien en claro los propósitos que se encuentran detrás de nuestras actividades. ¿Por qué se dedica usted a las tareas que lleva a cabo diariamente? ¿Está usted consciente de su responsabilidad para con Dios? ¿Le está sirviendo a El en su trabajo? Para tener ánimo al enfrentar los problemas debemos saber que Dios nos ha llamado a una tarea específica que debemos cumplir para El.

Josué tuvo que mantener en su corazón el propósito de Dios. Esta era la única forma en que él podría alcanzar la victoria en Canaán. Para hacer frente a nuestra guerra espiritual con valor y fortaleza debemos dedicarnos a los propósitos para los cuales Dios nos ha llamado.

LA GUIA SEGURA DE DIOS

Hace poco visité con mi familia la ciudad de Melbourne en Australia por primera vez. Unos amigos australianos nos prestaron su mapa de la ciudad pero éste no era un mapa común y corriente que pudiésemos llevar en el bolsillo, era un libro de 300 páginas. A donde quiera que íbamos, la gente se daba cuenta que éramos turistas por el mapa tan grande que llevábamos, eso nos hacía sentir un poco incómodos algunas veces, pero seguíamos buscando nuestro camino en las páginas. ¿Por qué no nos deshacíamos del mapa? La respuesta es simple. El mapa evitaba que nos perdiéramos. Aunque era incómodo cargarlo, no estábamos dispuestos a perder la única guía segura que teníamos.

Mientras Dios preparaba a Josué para la guerra, le recordó que necesitaba una guía segura: "Esfuézate y se muy valiente, para cuidar de hacer conforme a toda la ley que mi siervo Moisés te mandó" (Jos. 1:7). ¿Cómo podría el líder del ejército enfrentar las batallas que le esperaban? ¿Cómo podría estar seguro de las decisiones que debería tomar? Dios le dijo a Josué: "La ley de Moisés es tu guía. Puedes tener valor si la obedeces."

Para enfrentar nuestras batallas espirituales necesitamos dirección confiable. Así como la Ley de Moisés era el mapa de Josué, la Biblia es nuestro mapa. Como Josué, nosotros

también debemos depender también de la revelación de Dios en la Escritura al entrar en la batalla.

Para reforzar la importancia de obedecer la Ley de Moisés, Dios le hizo una notable promesa a Josué. Le garantizó que tendría un gran éxito si obedecía la ley: "No te apartes de ella ni a diestra ni a siniestra, para que seas prosperado en todas las cosas que emprendas. . . porque entonces harás prosperar tu camino, y todo te saldrá bien" (Jos. 1:7-8). Dios le explicó que la obediencia a Su dirección aseguraría el éxito en la batalla y la prosperidad en la tierra de Canaán. La Ley de Moisés guiaría al pueblo de Dios a conseguir grandes bendiciones.

Las promesas de éxito y prosperidad son aplicables también para nosotros hoy en día. Pero debemos tener cuidado para entenderlas adecuadamente. Justamente el otro día escuché a un predicador en la televisión leer este mismo pasaje. Entonces, empezó a prometer a su audiencia salud y riquezas si tan solo obedecían la palabra de Dios y enviaban dinero para su ministerio. "Solamente crean la Biblia," les decía, "y Dios sanará sus enfermedades y les dará riquezas."

¡Qué tragedia! Cuando leemos este pasaje debemos recordar el tipo de guerra en la que estamos. No estamos en una guerra física como Josué, por lo tanto nuestra victoria tampoco es física. La palabra que Dios dijo a Josué no nos garantiza bendiciones físicas durante el tiempo presente. Por supuesto, cuando Cristo regrese heredaremos todas las riquezas de esta tierra; pero antes de su regreso, la promesa de Dios para Josué sólo nos asegura ser victoriosos y prósperos en el aspecto espiritual y no en el físico. Si seguimos la Palabra de Dios tendremos victoria sobre nuestra lucha contra el pecado en el presente y acumularemos tesoros celestiales para el futuro.

Esta actitud positiva hacia la palabra de Dios es exactamente lo contrario a lo que la mayoría de la gente piensa actualmente. No nos damos cuenta de que los mandamientos de Dios son para nuestro beneficio, sino que los consideramos como restricciones. Vemos la Biblia como una camisa de fuerza, como cadenas que nos impide disfrutar de las cosas buenas de la vida. "Si tan sólo pudiéramos liberarnos de las cadenas de la religión," decimos en nuestro interior, "entonces podríamos tener toda clase de diversiones."

Recuerdo un episodio de un programa de televisión muy popular que ilustraba la manera en que muchas personas ven la ley de Dios. Durante un servicio, el capellán del ejército estaba leyendo los Diez Mandamientos mientras los demás bostezaban, dormitaban y miraban revistas, pero sus palabras de repente captaron la atención de todos. El capellán leyó: "No matarás," "Cometerás adulterio." Los impresores accidentalmente habían borrado la palabra "No." Cuando los soldados oyeron esta versión del séptimo mandamiento empezaron a gritar y a bailar con frenesí. "Ahora sí podemos hacer lo que habíamos querido desde hace mucho tiempo," pensaron para sí mismos, "Ahora somos realmente libres."

La mayoría de la gente ve las instrucciones de la Biblia precisamente de esa manera. Ven a la Palabra de Dios como si hubiera sido hecha para oprimir y destruir la vida del ser humano. Dios nos dio impulsos sexuales pero insistió, "No cometerás adulterio." También nos hizo con deseos de riqueza pero nos mandó, "No robarás." ¡Qué mala jugada!

Desafortunadamente esta actitud negativa hacia la ley de Dios no solamente la encontramos fuera de la iglesia, sino que también la encontramos entre el pueblo de Dios. Algunas denominaciones y organizaciones cristianas ven con desprecio la Ley moral de Dios. Ellos dicen: "Vivimos en la era del Nuevo Testamento. No vivimos con las cadenas de reglas, ahora vivimos en la libertad del Espíritu."

Aunque estas ideas sean populares, son precisamente lo contrario de lo que Dios le dijo a Josué. Los principios contenidos en la Ley de Moisés enriquecen la vida. Como Pablo dijo, "De manera que la ley a la verdad es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno" (Rom. 7:12). La ley fue diseñada para ser una bendición, no una maldición. "Si oyes atentamente la voz de Jehová tu Dios, para guardar y poner por obra todos sus mandamientos que yo te prescribo hoy, también Jehová tu Dios te exaltará sobre todas las naciones de la tierra. Y vendrán sobre ti todas estas bendiciones, y te alcanzarán, si oyes la voz de Jehová tu Dios (Deut. 28:1-2).

Sin embargo, las Escrituras enseñan que la Ley de Dios puede convertirse en una maldición en manos de gente pecadora. Si tratamos de obtener nuestra salvación por la obediencia a la Ley, nos encontraremos atados a la inutilidad del legalismo. La guía de la Escritura solamente produce muerte a aquellos que tratan de obtener el favor de Dios a través de la obediencia de la Ley.

No obstante, una vez que nuestros corazones son transformados por el poder salvador de Cristo, obtenemos nuevas actitudes hacia la ley de Dios. Ya no tratamos de ganarnos nuestro lugar en el cielo; somos capaces de recibir nuestro destino eterno como un regalo. Con un corazón renovado y lleno del poder del Espíritu Santo nos podemos deleitar en la ley de Dios y encontrar así bendiciones en ella.

Conozco a un estudiante que vino hace algunos años a los Estados Unidos. Cuando era niño en su país, compartía un departamento de una habitación con sus padres y cinco hermanos. No tenía ninguna privacidad. Su recámara era un esquina donde ponía su colchoneta cada noche. Cuando este joven vino a la universidad a los Estados Unidos recibió su propio dormitorio. Su nueva habitación era un poco más grande que un ropero pero en comparación con su casa era enorme. "No lo podía creer." me decía. "No podía creer que toda esa habitación era solo para mí." Una vez que se instaló y empezó a estudiar, su pequeño cuarto se convirtió en su castillo. Esto le permitió tener una vida fructífera y productiva.

Irónicamente, a sólo unas millas de distancia muchos jóvenes vivían en habitaciones del mismo tamaño que el dormitorio de mi amigo. También pasaban muchas horas en sus habitaciones pero ellos no las veían como castillos. Estos jóvenes eran internos en la

penitenciaría estatal. Para ellos, el mismo espacio era una prisión y no la oportunidad de una vida provechosa.

Nosotros también podemos ver la ley de Dios de estas dos maneras. Si nuestros corazones están endurecidos por el pecado, veremos las reglas de Dios como las celdas de una prisión, pero si nuestros corazones han sido renovados por la gracia de Dios, veremos las reglas de la Escritura como guías maravillosas para vivir con dignidad.

Todos nosotros necesitamos tomar tiempo para examinar nuestras actitudes hacia la Escritura. Puede ser que usted crea que la Biblia es la Palabra de Dios; puede ser que desee obedecer los mandamientos de Dios. Pero ¿Cuál es su actitud hacia los principios de la Escritura? ¿Son acaso cargas pesadas? o ¿piensa usted que son para su beneficio?

Considere los Diez Mandamientos ¿Por qué nos dio Dios estas leyes? Sabemos que las ordenó para que El fuera glorificado. Este es el propósito supremo para el cual todas las cosas han sido diseñadas. "Porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén" (Rom. 11:36)

Aun así, la glorificación de Dios es sólo una razón para la existencia de estas leyes. La Palabra de Dios para Josué nos dice que los mandamientos nos benefician por ser la imagen de Dios.

¿Por qué Dios nos ordenó: "No tendrás dioses ajenos delante de mí" (Ex. 20:3)? Este principio obviamente honra a Dios, pero también nos ayuda a nosotros. La gente en nuestros días pone toda clase de dioses antes que al Señor: dinero, logros intelectuales, relaciones románticas, y aun nacionalismo. Una sola cosa es cierta de todos estos dioses falsos: tarde o temprano abusarán de nosotros. La avaricia nos devorará; los logros intelectuales nos harán arrogantes; nuestras parejas nos desilusionarán; los líderes nacionales nos fallarán; pero Dios jamás abusará de aquellos que le sirven. El Dios misericordioso del cielo y de la tierra no nos maltratará, sino que levantará a sus fieles imágenes en gloria.

¿Por qué Dios insiste: "Acuérdate del día de reposo para santificarlo" (Ex. 20:8)? Este mandamiento nos asegura que Dios será glorificado a través de las alabanzas de su pueblo pero no debemos olvidar lo que dijo Jesús: "El día de reposo fue hecho por causa del hombre, y no el hombre por causa del día de reposo" (Mr. 2:27). El día de reposo no fue hecho con el propósito de encadenarnos sino para liberarnos de las cosas que nos atan y que hemos puesto a nuestro alrededor y alrededor de otros. El guardar el día de reposo nos protege de causar nuestra muerte o la de otros por trabajar en exceso. El día de reposo no es una maldición, es una oportunidad para descansar, es un tiempo para renovar fuerzas.

Todos los mandamientos de la Escritura tienen estos dos propósitos: glorificar a Dios y beneficiar a la imagen de Dios. Cuando Dios habló no fue como el padre que descuidadamente dice: "¡Haz lo que te digo porque yo lo digo!" En cambio, Dios como

un padre amoroso nos dice: "Haz lo que te mando porque mis ordenes te prosperarán por donde quiera que vayas."

El beneficio de la Ley de Dios se ve claramente cuando vemos lo que nos pasa si desobedecemos. ¿Qué efectos tiene sobre nosotros como la imagen de Dios la desobediencia de Su Ley? Miremos a nuestro alrededor y veremos que no es difícil darnos cuenta.

En la década de los sesenta, yo compartía la creencia de muchos que una nueva era estaba en el horizonte. "En el advenimiento de la Era de Acuario," cantábamos. Esperábamos que las viejas estructuras del poder fueran destruidas y que viniera una era de nueva moralidad. La liberación del yugo las reglas, especialmente aquellas que se encontraban en la Biblia, traería felicidad y realización a la raza humana.

El conjunto de ideas que preparamos en aquellos días se veía muy bien pero sus efectos se han empezado a notar en los últimos veinticinco años. Proclamábamos la Era de Acuario, pero resultó ser la Era del SIDA. Buscábamos una era de amor libre y encontramos una era de divorcio rampante. Esperábamos una época de felicidad pero solamente trajimos sobre nosotros una época de horrores sin fin.

A través de la historia, las palabras de Dios a Josué han probado ser verdaderas. La Ley de Dios nos muestra cómo luchar nuestras batallas para vencer. Así como trajo sobre Josué bendiciones materiales en la tierra de Canaán, así también, para nosotros trae bendiciones espirituales. La Palabra de Dios es buena, podemos recibir valor y fortaleza cuando seguimos la guía segura de la Escritura.

LA PRESENCIA INTIMA DE DIOS

"No tengo tiempo para tener amigos," el joven pensó para sí mismo. "El cultivar relaciones toma mucho tiempo, y yo no lo tengo".

¿No es así la manera como muchos de nosotros nos sentimos? Las relaciones personales superficiales son el resultado de una vida muy ocupada. Nuestros proyectos llenan nuestros horarios de tal forma que ya no tenemos tiempo para una amistad sólida. Nuestras actividades consumen toda nuestra vida. Cada vez somos más impersonales y fríos hacia los otros, aún con las personas que amamos.

Una dificultad similar se presenta a los cristianos en su lucha por la dignidad. Los cristianos que responden con seriedad al llamado a la batalla espiritual son personas muy ocupadas. Un proyecto tras otro consume sus días. Aborto, pornografía, derechos humanos, ayuda a los pobres, carreras profesionales, los hijos, el hogar, los problemas familiares -- la lista es interminable. Tantas batallas llaman de tal forma nuestra atención que sacrificamos nuestras relaciones personales. Las amistades se acaban, los niños son descuidados, los matrimonios terminan.

Con la facilidad con que descuidamos las relaciones humanas también descuidamos nuestra relación con Dios. La relación íntima con Dios es la primera cosa que perdemos

cuando nos concentramos en la lucha por obtener la dignidad. Nos preocupamos tanto por servir a Dios que terminamos perdiendo contacto personal con El. Luchamos *por* Dios pero luchamos *sin* El.

El Señor hizo notar esto cuando se dirigió a Josué: "Mira que te mando que te esfuerces y seas valiente; no temas ni desmayes, porque Jehová tu Dios estará contigo en dondequiera que vayas" (Jos. 1:9).

En este versículo Dios ordena a Josué por tercera vez que se esfuerce y sea valiente pero en lugar de concentrarse en la necesidad de un propósito y guía, Dios le prometió al joven guerrero que siempre estaría con él. Josué podía tener valor y fortaleza siempre y cuando viviera con la seguridad que la presencia de Dios estaría con él a donde quiera que fuera.

Para entender las instrucciones de Dios para Josué, debemos ver cómo este tema proviene directamente del legado de Moisés. La descripción bíblica de la vida de Moisés nos muestra que las tres exhortaciones de Dios a Josué corresponden y provienen del ministerio de Moisés.

Consideremos el libro de Exodo. Este libro se divide en tres secciones principales: La liberación de Israel por Moisés (1:1-18:27); La ley de Moisés (19:1-24:18), El tabernáculo de Moisés (25:1-40:38). El libro del Exodo se concentra en los tres temas que Dios le presenta a Josué: el propósito del pueblo de Dios, la ley que los guiaría, y la adoración en la presencia especial de Dios.

Con estos antecedentes en mente, podemos entender con mayor claridad la exhortación final de Dios para Josué. Cuando Dios le dijo a Josué: "Jehová tu Dios estará contigo en dondequiera que vayas" (Jos. 1:9), no estaba hablando de su omnipresencia. No solamente le estaba asegurando que Su control providencial se extendería sobre la tierra de Canaán. Todo esto era cierto, pero Dios tenía algo más profundo en mente. Dios estaba hablando de la experiencia de Josué en la adoración, los sacrificios y las oraciones que tenían lugar en el tabernáculo. "Yo estaré contigo" quería decir: "Mi presencia especial siempre estará contigo en el tabernáculo."

Ahora podemos ver lo que Josué tenía que hacer para tener valor y fortaleza. El podría enfrentar las batallas que le esperaban en la medida en que siguiera alimentando su relación con Dios. Necesitaba experimentar cotidianamente la presencia de Dios para poder enfrentar las batallas por la dignidad.

Recuerdo que una vez estaba viendo a un padre con su hija en una piscina. La pequeña de siete años estaba fascinada por los adolescentes que se arrojaban desde lo alto de un trampolín alto. No puedo recordar exactamente qué dijo el padre, pero de alguna manera animó a su hija para que intentará lanzarse desde el trampolín. La pequeña se mantuvo valientemente en la fila esperando su turno. Finalmente, llegó al último escalón y se dirigió a la orilla del trampolín. Cuando miró hacia abajo y vio el agua su deseo desapareció. La expresión de su rostro revelaba el miedo de su corazón. Tenía tanto

miedo que se bajó de la escalera haciendo que todos los muchachos en la fila bajaran también. Enfrentado sus crueles comentarios regresó llorando junto a su padre.

Después de unos momentos el padre la animó para intentarlo de nuevo. Aparentemente le prometió que él estaría en el agua y la ayudaría cuando saltara. La pequeña hizo la fila y finalmente llegó arriba otra vez. Caminó hasta la orilla de la plataforma y miró hacia abajo. Miró a su padre y le pidió que se acercara un poco más. Una vez que él estuvo en la mitad de la piscina, ella caminó hacia atrás y corrió lo más rápido que pudo, saltando para caer junto a su padre que la esperaba.

¿Qué dio a la niña el valor para saltar? El trampolín era igual de alto y saltar era todavía un gran reto. ¿Qué fue diferente en el segundo intento? La niña tuvo valor para saltar porque podía ver que su padre estaba allí esperando para ayudarla.

De la misma manera, Josué enfrentó una vida llena de peligros. Las batallas que le esperaban representaban toda clase de amenazas contra su seguridad. El saber de la omnipresencia de Dios, le permitía al guerrero estar confiado, pero el valor y la fortaleza vinieron solamente conforme Josué fue experimentando la seguridad de que Dios estaba presto para ayudarlo. Josué debía darse tiempo para tener comunión personal con Dios.

Si usted se da cuenta cuán difíciles son sus batallas espirituales, usted también sabe cuán importante es tener la atención personal de Dios. Las batallas que nos esperan sobrepasan nuestras habilidades; sencillamente somos muy débiles. La única manera de enfrentar las dificultades es estar inmersos en la presencia de Dios.

Así como Josué debía fortalecerse con los servicios del tabernáculo, también nosotros debemos ser guerreros que mantengamos como punto central en la vida la oración y la adoración. Debemos resistir la tiranía del activismo, apartando tiempo para tener una comunión íntima con Dios.

Muchos cristianos se van a los extremos con respecto a este asunto. Algunos creyentes se dedican tanto a la vida devocional que se olvidan de los aspectos prácticos de la vida. Están tan ocupados con la oración y la meditación que no pueden distinguir cuando es apropiado levantarse e ir a trabajar. Sin embargo, otros creyentes están tan ocupados en sus tareas, que pasan muy poco tiempo en comunión con Dios.

Las palabras de Dios para Josué son apropiadas para evitar estos dos extremos. El énfasis en el propósito y la guía de Dios evitaba la pasividad piadosa. Para ser fuertes y valientes en nuestra batalla espiritual debemos estar listos para actuar. Pero la exhortación final de Dios está en contra del activismo extremo. Debemos hacer que la oración y la adoración sean los puntos centrales de todos nuestros esfuerzos.

Este aspecto de la batalla espiritual ha sido siempre muy difícil para mí. Cuando me convertí, nada era más importante para que mí que el acercarme a Cristo en adoración. Siempre traía delante de él mis necesidades y disfrutaba el alabarle por su bondad. Sin embargo, al pasar el tiempo, el centro de mi vida religiosa se movió hacia otras cosas.

Me concentré en aprender Teología y me dediqué a numerosas actividades. Aprendía acerca de Cristo y le servía con esmero pero casi perdí todo contacto personal con El. Estoy feliz de poder decir que he podido volver a una relación más íntima con Cristo en los últimos años, pero por mucho tiempo perdí la visión de desarrollar una relación personal con El.

He encontrado innumerables creyentes que han experimentado lo mismo. Sin desear hacer algo malo, se llenan de tantas actividades cristianas que pierden su primer amor por Cristo. Sin excepción, todos llegan a un punto en que encuentran que el peso de sus tareas es insorportable, y dan lugar al desánimo y a la derrota.

¿Cómo podemos vencer estas dificultades? La instrucción de Dios a Josué nos señala el camino. La devoción sincera a la presencia de Dios es esencial para tener valor y fortaleza en la vida cristiana.

¿Qué prioridad da usted al desarrollo de su experiencia personal con Dios? Dios le advirtió a Josué que no descuidara este aspecto de su vida. Si nosotros lo descuidamos, los resultados negativos eventualmente nos pesaran. Cuando entremos a la batalla enfrentaremos derrota. Siendo conscientes de la presencia de Dios en una forma íntima y dinámica encontraremos la seguridad de su cuidado y podremos enfrentar así las batallas mayores.

CONCLUSION

En este capítulo hemos explorado las bendiciones que Dios les ha dado a sus imágenes a través de Moisés. Dios nos ha llamado para luchar una guerra espiritual en contra de las fuerzas del mal. Como Josué, nosotros podemos encontrar fuerza y valor para esta guerra si nos mantenemos en el propósito que Dios nos ha dado para la vida, su guía segura en la Escritura y su presencia íntima en la oración y la adoración. A través de estos medios podremos avanzar hacia nuestra restauración total como imágenes de Dios. Descubriremos la forma de luchar y vencer.

PREGUNTAS DE REPASO

1. ¿De qué manera el llamado de Josué a la guerra se compara con nuestro llamado a pelear como cristianos? ¿Qué diferencia hay entre su guerra y la nuestra?
2. ¿Por qué Dios relacionó la fortaleza y el valor de Josué con el propósito específico de su vida? ¿De que maneras debemos enfocarnos nuevamente a pensar en nuestro propósito en la vida?
3. ¿De qué manera la Palabra de Dios era una guía confiable para Josué? ¿De qué manera es diferente la forma en la que Dios ve Su Ley y la forma en la que nosotros vemos Sus instrucciones?
4. ¿Por qué Josué necesitaba experimentar la presencia de Dios? ¿Por qué nosotros debemos cultivar la experiencia de estar con Dios cada día?

EJERCICIOS DE DISCUSION

1. ¿Por qué este capítulo se titula "Luchando para Vencer"?
2. Haga una lista de diez conflictos espirituales que requieren que usted luche. ¿Por qué necesita valor y fortaleza para estas batallas?
3. Describa dos personas cristianas que conozca: una persona que tenga un propósito claro en la vida y otro que no lo tenga. ¿Cómo compararía sus vidas?
4. Examine los Diez Mandamientos. ¿De qué forma cada uno de estos mandamientos protege y refuerza la vida de las imágenes de Dios?
5. ¿Por qué considera difícil fomentar su relación personal con Dios? Mencione tres formas específicas por medio de las cuales usted puede mejorar este aspecto de su vida cristiana.

Capítulo 7

Celebrando nuestras Bendiciones

En mi primer año como profesor, jugué tanto baloncesto que algunos de mis estudiantes me apodaron "el profesor del básquetbol." Años atrás, no era difícil mantenerme a la par con mis alumnos. Podía correr la cancha de arriba abajo sin mucho problema. Pero con el pasar del tiempo, cada nuevo grupo de estudiantes era más rápido en la cancha. Por supuesto, no era que ellos fueran mejores; la verdad es que yo estaba envejeciendo, y por consiguiente, era más lento.

Al declinar mis habilidades atléticas, mi expectativa de éxito en la cancha también decayó significativamente. Solía emocionarme grandemente cuando anotaba muchos puntos en el juego. Ahora es para mí grandioso si anoto algunos puntos. Celebro cada canasta como si hubiese ganado el juego sin ayuda alguna.

Muchos de mis compañeros entienden mi entusiasmo, solo que en una ocasión un estudiante se molestó por mi alegría tan excesiva. "¿Cuál es la gran hazaña?" el preguntó. "Solamente anotaste una canasta." "Sí," dije con un poco de vergüenza. "Sólo que cuando tú seas tan viejo como yo, celebrarás también cada canasta que anotes."

En este capítulo daremos atención al significado de celebrar. Hasta ahora hemos explorado el plan de Dios para restaurar su pueblo a la dignidad. Dios le dio a Noé y a sus descendientes la oportunidad de vivir en un mundo estable. El mostró a Abraham y a Su pueblo escogido, cómo alcanzar la meta de la restauración. Por medio de Moisés, Dios preparó a Su pueblo para batallar por la dignidad. Ahora, enfocaremos el reino del Rey David, durante el cual el pueblo de Dios tuvo razones suficientes para celebrar.

Al considerar la narración bíblica de la vida del rey David, muchos asuntos vendrán a primer plano. Enfocaremos en la celebración de David por las bendiciones de Dios en su vida. En los días de David, Dios concedió incontables dones de dignidad tanto al rey como a la nación. El Señor alejó a Su pueblo un paso más allá de la maldición del pecado y les concedió gran honor como pueblo suyo hecho a su imagen. De la reacción de David ante esos innumerables dones de Dios, aprenderemos cómo celebrar las bendiciones de dignidad de Dios en nuestras vidas.

EL REINADO DE DAVID

Los reyes llenan las páginas de los libros de historia: Los nobles de Mesopotamia, los faraones de Egipto, los césares de Roma. Incontables figuras reales se han convertido en personajes de renombre. Sin embargo, desde una perspectiva bíblica, ningún rey ha desempeñado un papel tan importante en la historia del mundo como David, el rey de Israel.

Todo el que esté familiarizado con la Biblia conoce acerca de David. El fue un hijo obediente y un humilde pastor de ovejas. El mostró gran coraje en el campo de batalla,

conquistó a sus enemigos y proveyó seguridad a Israel. No obstante, estos logros impresionantes no colocaron a David por sobre el resto de su pueblo.

Entonces, ¿Por qué la Biblia coloca a David en la cúspide de todos los monarcas humanos? ¿Qué lo hace a él único? En pocas palabras, no fue por lo que David hizo, sino por lo que Dios hizo por él.

Así como Dios hizo pactos previamente y en varios puntos a lo largo del camino que conduce a la dignidad, El también estableció una relación muy especial con David por medio de un pacto. Como hemos visto, los pactos hechos con Noé, Abraham y Moisés hicieron énfasis en diferentes aspectos del plan de Dios para redimir a Su pueblo. En el caso de David, Dios hizo otro pacto por el cual exaltaba a su pueblo a nuevos y altos niveles de honor.

Los elementos básicos del pacto que Dios hizo con David aparecen en 2 Samuel 7:8-16 (vea también 1 Cró. 17:7-14). Cuando David expresó su deseo de construir el templo para Dios, el profeta Natán inicialmente dio su aprobación (2 Sam. 7:1-3), pero durante la noche Dios le dijo a Natán que David no debía erigir el templo (vv. 4-16). En lugar de eso, Dios construiría una casa para David: "Asimismo, Jehová te hace saber que él te hará casa" (v. 11).

Como este verso lo indica, la "casa" que Dios construiría para David sería una dinastía de descendientes que se sentarían en su trono después de él. Salomón, el hijo de David, fue quien construyó el templo para el Señor, y Dios afirmaría "para siempre el trono de su reino" (vv. 12-13). Dios también juró solemnemente que la dinastía de David nunca cesaría.

Dios sabía que David y sus descendientes no serían perfectos, así que El anticipadamente tomó medidas para corregir sus fallas: "Yo le seré a él padre, y él me será a mi hijo. Y si él hiciere mal, yo le castigaré con vara de hombres, y con azotes de hijos de hombres; pero mi misericordia no se apartará de él como la aparté de Saúl, al cual quité de delante de tí. Y será afirmada tu casa y tu reino para siempre delante de tu rostro, y tu trono será estable eternamente" (2 Sam. 7:14-16). Así que, cuando se rebelaran los descendientes de David, serían castigados por medio de enemigos humanos quienes ejecutarían los planes de Dios.

Sin embargo, Dios juró que nunca desearía totalmente a la familia de David. David siempre tendría un heredero que se sentaría en el trono. Absolutamente nada evitaría que esto sucediese; ni siquiera la derrota y el exilio podrían acabar con la dinastía de David.

Israel recibió muchas bendiciones por la promesa que Dios le hiciera a David. El establecimiento de una dinastía permanente permitió que la población se multiplicara y el dominio de la nación creciera. David y sus descendientes aseguraron la tierra donde los Israelitas pudieron multiplicarse. El dominio territorial aumentó con el prosperar de la nación. Con cada una de estas bendiciones, Israel experimentó logros importantes en el proceso de restauración.

¿Cómo reaccionó David ante la gracia de Dios derramada sobre su vida? ¿Cómo respondió a esos avances en la restauración de la dignidad? Una y otra vez, el corazón de David fue lleno de gozo exuberante. Él celebró su dignidad como imagen de Dios. Un ejemplo del gozo que invadió a David lo encontramos en el Salmo 8. Al leer este salmo, descubriremos que la celebración de David se debió a que él comprendió tres cosas: La obra de Dios, la insignificancia del hombre y lo valioso de nuestras bendiciones.

RECONOCIENDO LA OBRA DE DIOS

"¿Cómo estas tú?" le pregunté a una amiga de mucho tiempo. "¿Cómo está tu hija?" La última vez que nos habíamos visto, ellas estaban pasando por un período muy difícil. La relación entre ellas había sido llevada a los límites a causa de la rebeldía juvenil de su hija.

"Tu no lo creerás," dijo la madre con una gran sonrisa. "Cuando Debbie se fue a la universidad, mi coeficiente intelectual se disparó como un cohete; inmediatamente llegué a ser una madre maravillosa. ¡No sé cómo pasó, pero cambié completamente en unas cuantas semanas!"

Por supuesto, ella estaba siendo jocosa, mi amiga no había cambiado en nada. Como pasa muy a menudo, el vivir lejos de casa había llevado a la hija a experimentar la dura realidad; repentinamente, ella dejó de tomar a su mamá por sentado. Así que cuando comenzó a comprender todo lo que su mamá había hecho por ella a través de los años, el aprecio por su madre creció a pasos agigantados.

Los cristianos pasamos por experiencias similares con Dios. Fácilmente pasamos por alto lo mucho que Dios ha hecho por nosotros. Cumplimos con nuestras rutinas diarias con muestras de poco aprecio por El, pero de vez en cuando nos pasan cosas que nos hacen ver de nuevo la realidad. Reconocemos nuevamente que Dios ha estado obrando en nuestras vidas, y nuestros corazones se llenan de gratitud.

En el salmo 8, David comienza su celebración con una conciencia renovada de Dios. El se dirige a su Creador y le dice, "¡Oh Jehová, Señor nuestro, cuán glorioso es tu nombre en toda la tierra!" (Sal. 8:1). Si pudiéramos este texto en lenguaje moderno, leeríamos algo semejante a esto: "Señor, eres grandioso; has puesto tu nombre bien alto e iluminado para que todos lo puedan ver!" Por lo que a David concierne, Dios hizo algo que puso Su nombre a titilar en la marquesina celestial.

¿Por qué David estaba tan emocionado? ¿Qué era lo que había hecho Dios? No lo podemos saber con precisión, pero se nos insinúan un par de cosas en el verso dos de este salmo: "De la boca de los niños y de los que maman, fundaste la fortaleza, a causa de tus enemigos, para hacer callar al enemigo y al vengativo." Los términos "enemigo," y "vengativo" sugieren que David pudo haber estado celebrando una victoria militar. Quizás David volvía de la batalla cuando esta canción fue entonada por primera vez. La escena pudo haber sido un desfile de victoria donde "los niños y los que maman" sumaron sus voces a los gritos de júbilo de sus padres.

Cualquiera que hayan sido las circunstancias específicas del salmo, David estaba experimentando un importante logro en su vida, él comenzó la celebración al anunciar valientemente que su victoria había sido un acto de Dios. El no miró la victoria como un logro humano; no redujo este acontecimiento a un simple asunto terrenal. El atribuyó su triunfo enteramente a Dios.

Al reflexionar en las palabras de David, es evidente que su actitud contrasta grandemente con la manera en que nosotros usualmente pensamos de nuestras vidas. ¿Qué hubiésemos dicho usted y yo si estuviéramos en la situación de David? Muchos de nosotros tenemos que admitir que nuestra primera respuesta habría sido felicitarnos a nosotros mismos y decir: "Muchacho, que afortunado soy!" Quizás iríamos a casa y diríamos, "Hoy hice un buen trabajo, ¿no es cierto?" A diferencia de David, frecuentemente los creyentes hoy en día vacilan en reconocer que todos los eventos son actos de Dios. Nuestra tendencia es explicar todas las cosas como producto de causas naturales.

¿Por qué es tan natural para nosotros reaccionar de esta forma? No es que Dios esté inactivo; más bien, el problema es que nosotros hemos desarrollado malos hábitos. Vivimos en una época cuando las personas que nos rodean explican la realidad, tanto como pueden, en términos ordinarios y de causas naturales. La gente moderna rechaza lo mitológico y lo supersticioso. El mundo le da el crédito a Dios, sólo si no existe otra explicación disponible. ¿Qué consideramos como "actos de Dios"? Tornados, terremotos, inundaciones y otros desastres naturales mencionados con letras minúsculas en las pólizas de seguro.

Estas perspectivas seculares no han permanecido fuera de la iglesia, sino que también han infestado al pueblo de Dios. Nosotros no rechazamos audazmente la doctrina de un Dios vivo y activo, pero raramente la tomamos en serio. Empujamos a Dios fuera del lugar de prominencia a uno de insignificancia. ¿Cuántas veces hemos sonreído sarcásticamente cuando alguien nos dice que, "Dios hizo esto" o "El Señor hizo aquello"? Sólo creyentes fanáticos y anticuados hablarían de esta forma. Los creyentes modernos y sofisticados tienen una más razonable explicación.

Cuando usted da una explicación de un evento ¿Qué le viene a la mente? ¿Por qué crece la semilla que los granjeros siembran? A menos de que estemos hablando con niños pequeños, nosotros usualmente no reconocemos la obra de Dios. Más bien, hablamos de las muchas cosas que los granjeros hacen para asegurar una buena cosecha. ¿Por qué tenemos éxito en la escuela? No fue porque Dios nos enseñó, sino porque estudiamos. ¿Por qué algunas personas disfrutan de buena salud? No es porque Dios les ha dado a ellos ese precioso don, más bien es porque ellos tienen una buena nutrición y cuidan sus cuerpos con esmero.

No es malo reconocer los medios que Dios utiliza para causar cualquier evento, porque usualmente El obra por medio de causas secundarias. Sin embargo, no debemos sucumbir a nuestra percepción superficial del mundo. Los creyentes nunca deben sentirse

satisfechos solamente con la observación superficial de los eventos. Nosotros también debemos reconocer que la mano de Dios está detrás de todas nuestras experiencias.

La Biblia nos enseña que Dios controla todas las cosas en nuestras vidas. Nada ocurre sin el previo consentimiento de Su sabia y santa providencia. Tal como lo leemos en Isaías, "Yo soy Jehová, y ninguno más hay; no hay Dios fuera de mí . . . que formo la luz y creo las tinieblas, que hago la paz y creo la adversidad. Yo Jehová soy el que hago todo esto" (Is. 45:5-7). Pablo describe a Dios como aquel "que hace todas las cosas según el designio de su voluntad" (Ef. 1:11). Los Cristianos generalmente afirman que todas las áreas de su vida están bajo el control de la providencia de Dios. En teoría este concepto es aceptado, pero a usted y a mí nos queda un largo camino cuando tratamos de aplicar esta creencia en nuestras vidas.

Mientras escribía de este capítulo, tuve un serio accidente automovilístico. Perdí el control del auto de un amigo y choqué contra un poste telefónico, lo que produjo que el auto se volteea y rodara sobre un costado. El auto quedó destrozado pero yo salí con solo unos rasguños. Dos hombres que estaban cerca de la escena del accidente salieron apresuradamente de sus casas para ayudarme a salir del auto. Al ver que yo no estaba herido, uno de ellos exclamó con asombro, "Amigo, tú tienes alguien que cuida de tí! No es posible que alguien haya sobrevivido a este accidente!".

Pensé dentro de mí mismo: "Alguien cuida por mí. Sí, ese es Dios!" Muchas veces le he agradecido a El por su protección en aquel angustioso día. Sin embargo, tengo que admitir que la lección que aprendí esa mañana no duró por mucho tiempo. Después de eso, por algunos días maneje mi carro con una clara percepción de la protección de Dios. Pero luego comencé a actuar como siempre lo había hecho, casi sin tener a Dios presente en mis pensamientos. Cada vez que me siento al volante del auto, yo sé la verdad teológica de que Dios tiene el control total todo el tiempo, pero es mi costumbre el manejar sin pensar en ello. De esta manera nos comportamos la mayoría de nosotros. Manejamos nuestros autos, vamos al trabajo, comemos, dormimos, y jugamos pero raramente reconocemos que Dios está obrando en nuestras vidas.

Es de esperarse que de vez en cuando nuestra percepción del actuar de Dios en nuestras vidas varíe en intensidad. Aun el mismo rey David no tuvo esa sobrecogedora percepción de la mano de Dios todo el tiempo. Pero existe un serio peligro si constantemente dejamos de reconocer las bendiciones de Dios. Al no reflexionar en Su bondad, nos privamos del gozo que produce el conocer lo mucho que Dios nos cuida. El privarnos de tal conocimiento nos impedirá celebrar como lo hizo el rey David.

Conozco a un hombre que siempre conversa acerca de su madre y de su abuela, pero nunca lo hace acerca de su padre. Un día me armé de valor y le pregunté por él. Su respuesta fue, "Sí, yo tengo padre, pero él no fue un verdadero padre para mí, nunca hizo nada por mí. No hablo de él porque para mí es como si estuviera muerto"

Cuán triste es para un hijo el pensar acerca de su padre de esta manera. Pero nosotros compartimos la misma actitud hacia nuestro Padre celestial. Cuando no reconocemos la

obra diaria de Dios en nuestras vidas es como si dijéramos que El está muerto. ¿Quién necesita un Dios como este? ¿Cómo podemos celebrar y regocijarnos delante de un Dios inútil?

¿Cuándo fue la última vez que usted se sintió maravillado por algo que Dios haya hecho en su vida? Por supuesto, nosotros empezamos nuestras oraciones diciendo, "Dios, gracias te damos por este día y por todas las bendiciones que Tú nos has concedido." ¿Cuándo fue la última vez que de todo corazón usted se regocijó por lo que Dios hizo en su vida?

Hace algunos años, conocí a un hombre que sufría de una enfermedad degenerativa que lo dejó paralítico e imposibilitado para hablar. Su única manera de comunicarse era por medio de un simulador de voz computarizado el cual construía oraciones simples al toque de algunas teclas. Una tarde nos sentamos a conversar y me dejó sorprendido lo mucho que él me hablaba de las bendiciones de Dios en su vida. El tenía muchas razones para hacer lo contrario; sin embargo, él alababa a Dios por los dones que le hacían experimentar la dignidad. Si una persona en estas condiciones puede ver la mano de Dios, con toda seguridad usted y yo podemos alabarlo mucho más.

Piense acerca de los hechos ocurridos en su vida el día de ayer. ¿Qué hizo usted en la mañana y en la tarde? ¿Qué pasó en la noche? Ahora medite de nuevo en ellos y reflexione como la mano amable y cariñosa de Dios se encuentra en cada uno de ellos. Reconózcalos por lo que realmente son, la obra de un Dios de amor. ¿Cómo Dios fue bondadoso con usted? ¿Cómo le mostró Su misericordia? Imite al rey David y dígame a Dios de qué manera El mismo puso Su Nombre en alto en su vida.

De los primeros versos del Salmo 8 aprendemos un principio básico para celebrar nuestra dignidad como seres humanos creados a la imagen de Dios: El regocijo comienza con la convicción de que Dios está vivo y obrando en nuestras vidas. Nuestras vidas se llenarán de entusiasmo y celebración solamente cuando veamos a Dios obrando.

RECONOCIENDO NUESTRA INSIGNIFICANCIA

Una vez escuché la historia acerca de un cajero bancario de un pequeño pueblo de la Costa Oeste de los Estados Unidos. Su trabajo le permitía estar en contacto con distintos tipos de personas, pero una tarde, justo en frente de él, estaba su estrella de cine favorita. Le miró fijamente a su rostro, tragó profundamente y penosamente balbuceo, "¿En que que pue-pue-do servirle?"

La bella joven le dijo que ella había perdido su cartera y sus tarjetas de crédito. Como es de suponer, el dejó todo a un lado y corrió a atenderla. Antes de irse, la estrella se detuvo y estrechó la mano del cajero y le dijo. "Estoy muy agradecida, yo no se que hubiera hecho sin su ayuda." El cajero, observando su mano con incredulidad dijo a sus compañeros, "No puedo creer que ella me haya estrechado la mano, nunca más me la lavaré."

¿Por qué se emocionó tanto este hombre? El estrechaba las manos de mucha gente todos los días ¿Por qué prometió no lavarse nunca más la mano? Todos conocemos la razón. No podía recuperarse del hecho de que una estrella famosa hubiera tocado la mano de una persona tan insignificante como él.

La celebración de David en el salmo 8 refleja una perspectiva similar. Como ya hemos visto, David sabía que él había recibido una bendición de parte de Dios. Pero ¿por qué él estaba tan entusiasmado? Muchas cosas buenas le habían sucedido a él cada día de su vida. Su emoción no provenía de la particularidad del evento. El estaba celebrando porque entendió que Dios había actuado por él, una humilde e insignificante partícula de polvo. Note como él lo describe: "Cuando veo tus cielos, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que tú formaste, digo: ¿Qué es el hombre, para que tengas de él memoria, y el hijo del hombre para que lo visites?" (Sal. 8:3-4).

David comprendió algo de él mismo al observar la magnificencia de la luna y las estrellas: " Si ellas son la obra de los dedos de Dios, ¿ Quién soy yo para que Dios se interese por mí ?" Los cuerpos celestes eran tan espectaculares y David tan insignificante. Sin embargo, Dios había puesto su atención personal sobre él .

La perspectiva de David contrasta con la forma con la que nosotros pensamos acerca de nosotros mismos. Nosotros normalmente no andamos contemplando nuestra insignificancia; más bien, actuamos como si fuéramos el centro del universo.

Ahora le pregunto a usted algo que frecuentemente le pregunto a mis oyentes: ¿Fué la semana pasada una semana buena o mala? Cuando hago esta pregunta a grupos grandes, usualmente recibo respuestas variadas. Algunos dicen que fue una semana maravillosa; otros que fue una semana muy terrible. Pero déjeme hacerle otra pregunta, ¿Por qué responde así? ¿Qué criterios utilizó para evaluar su semana? Bien sea que lo entendamos o no, respondemos con un solo pensamiento en mente: la semana pasada fue buena si fue buena *para mi* y fue mala si fue mala *para mi*.

Ahora retrocedamos y veamos la semana pasada desde otro ángulo. Pudo haber sido buena para usted, pero no fue buena para algunos padres que pasaron noche tras noche al lado del lecho de muerte de algún hijo o hija. El joven que sufre de leucemia no tuvo una buena semana y tampoco lo fue para algunos de nuestros hermanos o hermanas en Cristo que están padeciendo persecución. Sin embargo, cuando evaluamos la semana pasada, ignoramos lo que ha pasado con otros y simplemente consideramos lo que ha pasado en nuestras vidas. Nosotros vivimos como si el mundo entero girara a nuestro alrededor.

Aunque seamos tan egocéntricos, de vez en cuando podemos captar un reflejo de nuestra insignificancia. David miró a la luna y las estrellas y exclamó, "¿Qué es el hombre para que tengas de él memoria . . .?" (Sal. 8:3). Por ejemplo, vemos nuestra insignificancia cuando nos paramos a la orilla del Gran Cañón en Colorado, "¡Mira, que grande es!", expresan los turistas. También nos esforzamos grandemente para poder ver la cúspide de los rascacielos en Manhattan. Entendemos lo que somos cuando miramos por la ventanilla de un avión y vemos lo diminuto que se ve la gente desde arriba.

A mi esposa le gusta recorrer cementerios antiguos en búsqueda de lápidas con epitafios interesantes acerca de los que allí yacen. Una tarde paseando por un cementerio que está en el centro de la ciudad de Boston, admirábamos los cráneos alados que están grabados en muchas de las lápidas más antiguas de Nueva Inglaterra. Al mirarlas fijamente, un pensamiento sombrío me vino y le dije a mi esposa: "Todas estas personas pensaron que eran importantes así como nosotros pensamos; todos ellos actuaron como si el mundo girara alrededor de ellos así como también nosotros pensamos. Pero míralos, donde están ahora." Estas personas pensaron que eran el centro del universo pero hoy sus cuerpos están desechos. Después de todo, ellos no eran tan importantes como tampoco somos nosotros.

¿Sabía usted que la mayoría de las personas no conocen los nombres de sus bisabuelos? Probablemente sus bisnietos tampoco lo sabrán. Cuan rápido todos los recuerdos acerca de usted se disiparan del mundo. El universo no gira alrededor de usted y de mí; difícilmente el universo sabe de nuestra existencia. Esto demuestra nuestra insignificancia.

¡Pero espere un momento! Yo pensaba que nosotros estábamos hablando acerca de celebrar nuestra dignidad y no de lamentar nuestra insignificancia. Puede sonar extraño, pero David sabía algo que nosotros frecuentemente olvidamos. Para celebrar nuestro honor de ser creados a la imagen de Dios, debemos entender primero cuán insignificantes somos. Hasta que no aceptemos que no somos el centro del mundo, no estaremos en la capacidad de apreciar cuán alto nos han colocado las bendiciones de Dios.

Hace algunos años, un creyente de otro país me reprochó crudamente, "Ustedes, los Norteamericanos, se quejan de que tienen que comer hamburguesas en vez de un buen pedazo de carne." "Ustedes se lamentan cuando no pueden comprar un carro nuevo. Ustedes se sienten defraudados cuando no pueden vivir en una casa más grande. ¡Ustedes piensan tanto en ustedes que no pueden ver lo mucho que Dios los ha bendecido! ¡Ustedes son unos niños malcriados!"

Esa tarde, aprendí algo acerca de mí mismo que es duro de admitir: Yo soy un niño malcriado. Puede ser que mi cultura me haya encaminado en esta dirección, o quizás, es mi propio egocentrismo. Cualquiera sea la razón, encuentro que es difícil regocijarme con entusiasmo por las bendiciones que he recibido, porque pienso que merezco algo mejor. Al igual que un niño malcriado, bostezo de aburrimiento cuando veo lo que Dios ha hecho por mí.

Luego de visitar muchas iglesias, he llegado a convencerme que yo no soy el único hijo de Dios que es desagradecido. Muchos de nosotros tendemos a actuar al igual que niños que no tienen un sentido de apreciación. Por eso, no debe sorprendernos que nuestra adoración sea insípida; no debe sorprendernos que cantemos himnos de alabanza como si ellos fueran cantos fúnebres; no debe sorprendernos que nuestras oraciones de agradecimiento sean hechas con una solemne monotonía. Si nuestras vidas están llenas de vanagloria vacía, las bendiciones de Dios siempre nos parecerán algo trivial.

Para llegar a ser personas que celebran su nobleza por ser hechos a la imagen de Dios, debemos reconocer primero nuestra insignificancia. Debemos exclamar, "¿Quién soy yo para que te acuerdes de mí?"

Considere todas las cosas que ha recibido y que normalmente toma como algo normal: la salud, los niños fieles, la iglesia, la Biblia, la salvación en Cristo. Estas bendiciones no dependen de nosotros, sino que están lejos de nuestras posibilidades. Solo cuando reconozcamos cuan indignos somos, entonces seremos capaces de celebrar los regalos que Dios nos ha dado con inmensurable entusiasmo y alegría.

RECONOCIENDO EL VALOR DE NUESTRAS BENDICIONES

Bob entró en su oficina y se dirigió a su escritorio, frustrado y diciendo entre dientes: "Soy un verdadero tonto . . . Soy un verdadero tonto."

"¿Qué pasa, Bob?" le preguntó su secretaria.

"Ayer vendí el viejo anillo de mi mamá por mil dólares," contestó.

"Pensé que tu querías venderlo," ella le respondió.

"Sí, pero cuando estaba almorzando, el comprador se me acercó y me dijo que había llevado el anillo para valorar y fue estimado en cinco mil dólares! Podría darme de puntapiés!"

A veces nos sorprendemos al ver cuanto difiere una valoración profesional de la nuestra propia sobre cualquier cosa de valor. Algo puede tener muy poco valor a nuestros propios ojos, aunque en realidad tenga un gran valor. Pero también podemos pensar que un objeto es valioso y después hallar que es una pieza sin valor. Para estar seguros y conocer qué valor puede tener un objeto, necesitamos una valoración correcta y profesional.

Para celebrar las bendiciones que hemos recibido, debemos conocer su valor. Debemos reconocer cuan valiosas son. ¿Qué valor tienen los dones de Dios? ¿Cuánto deberíamos atesorarlos?

Hemos visto que David celebró porque él sabía que Dios estaba obrando en su vida, aún cuando él no merecía Su atención. Ahora pasemos a enfocar el tercer hecho por el cual el corazón de David estuvo gozoso. Se regocijó porque se dio cuenta que los dones de Dios eran valiosas coronas de dignidad.

La perspectiva de David sobre las bendiciones de Dios aparece en la tercera porción del Salmo 8: "Le has hecho poco menor que los ángeles, y lo coronaste de gloria y de honra. Le hiciste señorear sobre las obras de tus manos; todo lo pusiste debajo de sus pies: Ovejas y bueyes, todo ello, y asimismo las bestias del campo, Las aves de los cielos y los peces del mar; todo cuanto pasa por los senderos del mar" (vv. 5-8).

Estas palabras nos recuerdan otras dos porciones del Antiguo Testamento. Ellas traen a la memoria los capítulos de Génesis, cuando Dios primero puso a Adán y a Eva por encima de toda la creación (Gn. 1:28), y cuando El reafirmó su plan de dar dominio a la humanidad después del Diluvio (Gn. 9:1-7). En ambos pasajes, Dios estableció que sus

imágenes, los seres humanos, fueran viceregentes de la creación. ¿Por qué David se refiere a estos pasajes al tiempo de celebrar su propia vida?

Las alusiones de David al libro de Génesis revelan su estima por las bendiciones de Dios. El comparó su propia experiencia como rey de Israel con el honor conferido a Adán en el principio, y a Noé después del diluvio. David sabía que las cosas buenas que el había recibido en su vida eran demostraciones de su restauración a la dignidad. Declaró que Dios estaba levantándolo del lodo de la futilidad y restableciéndolo como viceregente sobre la creación.

No es de maravillarse por qué el corazón de David estaba inundado de gozo. ¿Qué podría ser más deleitable que ver a Dios rescatándole de la maldición de su naturaleza caída? ¿Qué podría ser más glorioso que comprender que él había sido llevado un paso más cerca al diseño original para la imagen de Dios?

Siguiendo el ejemplo de David, debemos reconocer que las bendiciones de Dios no son eventos aislados. Más bien, ellas son parte de un plan mucho más completo para Sus imágenes redimidas. Cada vez que recibimos dones de Dios, estos nos llevan más cerca de la dignidad y el honor para los cuales El originalmente nos diseñó.

Como cristianos, tenemos aún mucho más que celebrar de lo que lo tenía David. El escritor de Hebreos nos dice que la exaltación de la humanidad mencionada en el Salmo 8, fue cumplida en la resurrección de Cristo: "Pero vemos a aquel que fue hecho un poco menor que los ángeles, a Jesús, coronado de gloria y de honra a causa del padecimiento de la muerte, para que por la gracia de Dios gustase la muerte por todos." (He. 2:9).

Cuando Jesús fue levantado de la tumba, tomó la posición de gloria y honor que le pertenece a la imagen de Dios. Usted y yo estamos por la fe, unidos con Cristo en su resurrección (Rom. 6:5-10; Ef. 2:6; Fil. 3:10-11) y un día reinaremos con El. Sin embargo, en el diario existir, las bendiciones de Dios nos conceden un gozo anticipado de las coronas que recibiremos cuando Cristo vuelva por segunda vez.

La iglesia a la cual asistí cuando niño, observaba una tradición especial que honraba a nuestras mujeres. Cuando las jóvenes memorizaban cierto número de versículos y participaban en algún ministerio eran reconocidas por la iglesia. Las muchachas vestían sus más finos y mejores vestidos y en procesión pasaban en frente de toda la congregación. Durante el servicio se colocaba sobre sus cabezas coronas resplandecientes como reconocimiento por su trabajo.

A los cinco años de edad, serví como uno de los portadores de estas coronas. Caminé por el pasillo y me detuve al lado de la joven para que ellos le pusieran la reluciente corona sobre la cabeza. Les puedo asegurar que la muchacha no bostezó de fastidio. Cuando la tiara brillante descansó sobre su larga cabellera roja, ella estaba completamente radiante. El orgullo y la alegría brillaron en su cara. Para ella, esa corona no tenía precio.

La emoción de ese momento contrasta remarcadamente con algo que pasó hace unos pocos meses. Estaba comiendo en un restaurante de comida rápida, cuando una familia se sentó cerca de mí y llevaban puestas unas coronas de papel regaladas por el gerente del restaurante. Pasaron unos minutos, cuando uno de los hijos le quitó la corona al papá y la rompió en varios pedazos. La madre comenzó a regañar al niño, cuando el padre la interrumpió y le dijo: "No te preocupes por eso, querida." "Es sólo una corona de papel." Al padre no le importaba su corona; no le dio ningún valor. Era sólo de papel.

Cada vez que Dios nos bendice, El coloca coronas sobre nuestras cabezas. Pero, ¿Cómo tratamos esas coronas? ¿Las apartamos rápidamente hacia un lado como papel barato, o las apreciamos como coronas de gran valor?

Demasiados cristianos tratan sus bendiciones como coronas de papel. Ellos caminan como desdichados y con desánimo, apenas con suficientes fuerzas. Nada bueno parece acontecerles; no hay alegría que llene sus corazones. Si esta es su condición día tras día, entonces preste atención a las palabras de David. Cada regalo que Dios le concede es una corona que le eleva a mayores alturas de honor como imágenes de El. Dios ha derramado su Espíritu sobre usted, como pago inicial o adelanto, de su herencia futura. Esa corona es de gran valor en sí misma, pero Dios no se ha detenido ahí. El ha derramado bendición sobre bendición: años de buena salud, seguridad financiera, un hogar cristiano, iglesias que predicán el evangelio, oportunidades para servir a Dios y al prójimo. Todas estas, más otros incontables dones, son coronas de honor de gran valor reservadas para usted, la imagen gloriosa de Dios.

Mire su vida desde otra perspectiva, ¿Puede ver sus coronas? Mire a la derecha y a la izquierda, por detrás y por delante de usted. Las coronas están por todos lados. Cuando vemos la valioso de las bendiciones de Dios, pronto comprendemos que lluvias de honor y honra caen sobre nosotros todo el tiempo. ¿Cómo podemos dejar de celebrar cuando cada día es nuestro día de coronación?

CONCLUSION

Dios elevó a su imagen caída a mayores alturas de dignidad durante el reinado de David. Por medio del Salmo 8, vemos que David reconoció lo que Dios estaba haciendo y por eso celebró con entusiasmo. Nosotros debemos reconocer cuánto obra Dios en nuestras vidas, qué desmerecidos somos de sus dones, y cuán valiosas son las bendiciones de Dios. Entonces, nosotros también celebraremos las bendiciones que recibimos como imágenes de Dios.

PREGUNTAS DE REPASO

1. ¿Por qué la Biblia exalta a David como el rey más grande de la historia humana? ¿Qué hizo Dios por su pueblo por medio de David?
2. Explique cómo David reconoció las obras de Dios en el Salmo 8. ¿Cómo las palabras de David habrían sido diferentes, si el fuera una persona moderna y secular?
3. ¿Qué hizo que David se sintiera tan insignificante en el Salmo 8? ¿Cómo su humilde introspección le guió a tener ese sentido de celebración?

4. ¿Cuánto valoró David las bendiciones de Dios en el Salmo 8? ¿Cómo relacionó sus bendiciones personales con el honor dado a Adán y a Noé?

EJERCICIOS DE DISCUSION

1. ¿Por qué este capítulo es titulado "Celebrando Nuestras Bendiciones"?
2. Escriba diez cosas que usted haya hecho esta semana. Descríbalas en términos seculares o no religiosos. Ahora, descríbalas en términos espirituales. ¿Cuál de las descripciones parece ser más natural para usted? ¿Qué efecto tiene cada lista en usted?
3. Nombre tres figuras históricas que pensaron que eran importantes. ¿Qué sucedió y cómo esto demuestra cuán ínfimos e insignificantes fueron ellos? ¿Qué lecciones debe usted aprender acerca de su propia insignificancia?
4. Mire alrededor del cuarto. ¿Cuántas bendiciones divinas usted ve? ¿De qué manera las tratamos usualmente como coronas de papel? Discuta cómo estas bendiciones realmente son coronas de oro.

Capítulo 8

Anhelando algo Más

Me gusta mucho la comida china picante. Cuando ordeno mis platillos me gusta que estén tan picantes como deben estar. Sin embargo, en una ocasión me propasé. Cuando el mesero me trajo el plato humeante, me advirtió: "No coma los pimientos rojos." Pero no haciendo caso, mordí, el que debe haber sido el pimiento más picante de todo el mundo. Con lágrimas fluyendo de mis ojos, agarré mi vaso y bebí desesperadamente toda el agua. Al seguir comiendo pedí que llenaran mi vaso una y otra vez. A la cuarta vez, el mesero estaba visiblemente perturbado. "Lo siento," me disculpé, "pero estos pimientos sencillamente son demasiado para mí."

En ese momento, el mesero fue apresuradamente a la cocina, regresó a nuestra mesa, y puso de golpe enfrente de mí una jarra llena de agua fría. "Gracias," le dije avergonzado, "Creo que con esto será suficiente."

La experiencia de aquel día me recuerda una realidad espiritual que como imágenes de Dios todos nosotros enfrentamos. En los capítulos anteriores de este libro vimos cómo Adán y Eva nos dejaron con una ardiente necesidad de alivio de la corrupción del pecado. Dios proveyó bebidas refrescantes en los días de Noé, Abraham, Moisés y David, pero estas porciones de agua no pudieron satisfacer totalmente nuestro anhelo de ser restaurados a la dignidad. Quedamos aún sedientos por más. Necesitábamos una jarra gigante de agua, algo mucho mayor que lo que el Antiguo Testamento nos ofrece.

En este capítulo revisaremos los dones que Dios dio en el Antiguo Testamento para ver qué efectos han tenido en la vida humana. Todas las bendiciones de Dios nos han ayudado en muchas maneras, pero los tesoros del Antiguo Testamento son incapaces de proveer todo lo que necesitamos. No nos pueden llevar a la restauración total como imágenes de Dios, sino que nos dejan anhelando una obra de Dios en nuestro favor aún más grande.

DOS EFECTOS DE LAS BENDICIONES DE DIOS

Hace como cinco años, un buen amigo mío donó una computadora para mi departamento en el seminario. Pusimos a un lado nuestra vieja máquina de escribir y conectamos nuestra primera computadora de la oficina. "¡Miren qué rápida es!" un estudiante comentó siendo partícipe de nuestra emoción. Era increíble: corrección ortográfica automática, edición en unos cuantos movimientos de teclas, impresión en sólo segundos. Apenas el día anterior estábamos esclavizados al corrector líquido. Ahora habíamos entrado al mundo del procesamiento electrónico de palabras. Mi secretaria se reclinó hacia atrás en su silla y dio un suspiro de alivio. "Esto va hacer que mi trabajo sea mucho más fácil," dijo ella.

Sin embargo, no pasó mucho tiempo antes de que nuestra emoción inicial se disipara. Estando de pie enfrente de la misma computadora dos semanas después, nos preguntábamos qué había pasado. Los montones de papeles no habían desaparecido; mi

secretaria tenía menos tiempo que antes para relajarse y en su rostro se podía ver que no estaba feliz.

¿Qué pasa? le pregunté aquella tarde. "Pensé que la computadora haría más fácil tu trabajo."

"Puedo trabajar con mayor rapidez," respondió. "Pero usted ha compensado esto al darme más trabajo de lo acostumbrado."

Las computadoras pueden tener dos efectos en el trabajo de oficina. Pueden hacernos felices al aumentar la rapidez de la producción, pero también pueden incrementar nuestra carga de trabajo. Si no somos cuidadosos en manejarlas apropiadamente, las computadoras pueden hacer nuestra vida miserable.

De manera muy similar, los dones de Dios en el Antiguo Testamento producen resultados tanto positivos como negativos en nuestras vidas. Dios diseñó que Sus dones en los días de Noé, Abraham, Moisés y David engrandecieran nuestra dignidad; estos nos impulsaron hacia adelante en nuestro llamado para la multiplicación y dominio. Pero si no somos cuidadosos en manejarlos apropiadamente, pueden terminar haciéndonos daño. En vez de ayudarnos a alcanzar nuestra meta como imágenes de Dios, pueden hundirnos aun más en la indignidad.

Pablo discutió este doble punto de vista de las bendiciones del Antiguo Testamento en el séptimo capítulo de Romanos. Este pasaje se concentra específicamente en la Ley de Moisés, sin embargo ofrece una perspectiva que se aplica también al resto de los dones de Dios.

Para comprender la perspectiva de Pablo, debemos comenzar viendo su actitud positiva hacia la ley. El, vigorosamente negó que la ley era imperfecta. "¿Qué diremos, pues? ¿La ley es pecado? En ninguna manera" (Rom. 7:7). El don de Dios dado a través de Moisés era un tesoro precioso: "La ley a la verdad es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno" (v.12). Dios tenía la intención de traer vida a través de la ley (v.10), y Pablo acertadamente se deleitaba en ella (v.22). Pablo confirmó la antigua declaración del salmista: "La ley de Jehová es perfecta, que convierte el alma; El testimonio de Jehová es fiel, que hace sabio al sencillo . . . Deseables son más que el oro, y más que mucho oro afinado; y dulces más que miel, y que la que destila del panal" (Sal. 19:7,10).

¿Cuáles fueron los efectos de esta benevolencia hacia la humanidad? ¿Cómo influyó la ley la vida humana? Esta tuvo tanto efectos positivos como negativos. Por un lado, nos aleja de la destrucción del pecado: "Pero yo no conocí el pecado sino por la ley; porque tampoco conociera la codicia, si la ley no dijera: No codiciarás (Rom. 7:7). El pecado deja espiritualmente ciegos a los seres humanos, incapaces de distinguir el bien y el mal por cuenta propia. La ley nos ayuda a identificar el pecado. Nos advierte de acciones y actitudes que nos dañan y nos dirige hacia una vida fructífera.

Los beneficios provenientes de los preceptos de Moisés llegan a ser obvios cuando vemos lo que ocurre cuando la gente los ignora. ¿Los asesinatos engrandecen nuestras vidas? ¿La inmoralidad fortalece nuestro carácter? ¿El servir a ídolos nos eleva a niveles más altos de existencia? Por supuesto que no. Necesitamos la ley para guiarnos a través de la vida. Es el faro de la perfección moral de Dios en un mundo lleno de tinieblas. El resplandor de la ley ayuda a las imágenes de Dios a encontrar el sendero hacia una vida sabia. Sin importar qué más podamos decir, debemos recordar siempre que la Ley de Moisés ha traído muchas bendiciones positivas al mundo.

Por otro lado, la ley tuvo consecuencias negativas. En vez de traer vida como Dios había dispuesto, "resultó para muerte" (Rom. 7:10). La guía hacia la bendición vino a ser una maldición.

¿Qué pasó? ¿Cómo fue que las leyes que era más dulce que la miel se volvieron amargas? La Ley de Moisés se convirtió en una maldición porque la gente pecaminosa abusó de ella. Pablo lo dijo de esta manera: "Porque tampoco conociera la codicia si la ley no dijera: No codiciarás. Mas el pecado, tomando ocasión por el mandamiento, produjo en mí toda codicia; porque sin la ley el pecado está muerto" (Rom. 7:7-8).

Necesitamos la ley de Dios para distinguir el bien del mal, pero el problema empieza una vez que entendemos la diferencia entre el bien y el mal. Vemos la senda que debemos seguir pero el pecado opera maldad en nuestros corazones. Mientras más claramente conocemos lo que es bueno más nos vemos tentados a ir en la dirección opuesta.

En muchos aspectos, la ley de Moisés es como un letrero de "Pintura Fresca." Los pintores ponen su letrero para proteger tanto su trabajo como nuestra ropa. Si lo obedecemos estaremos contentos, pero si lo ignoramos, nos pesará mucho. Dios nos dio su ley por la misma razón. El puso sus requerimientos morales para advertirnos de los peligros del pecado y para mostrarnos el camino hacia la vida honorable.

Pero ¿Qué pasa cuando vemos un letrero de "Pintura Fresca"? A veces hacemos caso a su advertencia y nos mantenemos alejados. Pero muy a menudo, una curiosidad inexplicable se apodera de nosotros. Nos detenemos y notamos paredes y puertas que en otras circunstancias hubiéramos ignorado. "Mira esa banca, ¿Estará la pintura todavía fresca?" nos preguntamos. "Creo que lo verificaré." A pesar de la clara advertencia, estiramos la mano y tocamos.

Esta es la manera como la ley ha producido efectos negativos. Dios dio su ley para ayudarnos, pero a medida que entendemos sus instrucciones nos vemos atraídos a la desobediencia. El pecado cobra vida y quebrantamos las reglas de Dios aún más. En lugar de cosechar beneficios positivos de la guía de la ley, avanzamos más hacia la indignidad.

El análisis de Pablo con respecto a la Ley de Moisés se aplica a todos los dones de Dios en el Antiguo Testamento. Dios los diseñó para nuestro beneficio y nos ayudaron de maneras notables. Sin embargo, la manera en que respondemos a ellos los convierte en

maldiciones. En nuestras manos pecaminosas, las bendiciones maravillosas de Dios son cambiadas completamente, dejándonos con una necesidad aun mayor de la gracia de Dios. Para comprender como esto es cierto de todas las bendiciones del Antiguo Testamento, daremos un vistazo a los dos efectos de los dones que Dios dio a través de Noé, Abraham, Moisés y David.

LOS DOS EFECTOS DE NOE

"Cómo desearía nunca haberle dado ese automóvil," la madre desesperada dijo llorando al sentarse junto al ataúd de su hijo. Hacía un mes que ella le había dado a su hijo Bobby un carro usado para que se transportara de la escuela al trabajo. Todo estuvo bien por un tiempo, pero dos días antes, Bobby había estado bebiendo con unos amigos. De regreso a casa chocó de frente con un terraplén y cayó en un precipicio profundo. Los tres jóvenes murieron al estallar el carro en llamas.

"Supuestamente el auto lo ayudaría para ir a la escuela," la mamá de Bobby sollozó. "¡Pero mira que ha hecho, mira que he hecho!"

La inconsolable madre sabía que el auto que había dado a su hijo había hecho posible que él trabajara. Pero en realidad no lo ayudó. Su regalo terminó por matarlo.

En el capítulo 4 de este libro, vimos que Dios dio a la humanidad una gran oportunidad en los días de Noé. Los seres humanos se habían corrompido brutalmente trayendo una avalancha de violencia sobre el mundo. Dios purificó su tierra de la perversidad, rescató a Noé el justo y a su familia, y por gracia, formó un mundo estable en donde la gente pudiera vivir y trabajar como Sus imágenes. Dentro de las estructuras de este nuevo orden natural predecible, pudimos trabajar hacia la multiplicación y dominio exitosos.

¿Cuál fue el resultado de este don? ¿Cómo nos ha afectado? Cuando miramos a nuestro alrededor, vemos que la estabilidad concedida por Dios ha producido dos resultados.

Primero, Dios nos ha capacitado para hacer muchos usos positivos de la bendición de Noé. La historia deja en claro que el carácter predecible de la naturaleza ha beneficiado grandemente a la imagen de Dios. Todos los adelantos en la civilización han dependido de la estabilidad que Dios prometió a Noé hace mucho tiempo.

Fácilmente olvidamos cuánto enriquece nuestras vidas el pacto de Dios con Noé. Crecemos estando tan acostumbrados al orden de la creación que actuamos como si esto fuera algo automático, algo inherente en la naturaleza misma. Pero en la medida en que los científicos aprenden más acerca del mundo, vemos con mayor claridad que el universo no es autosuficiente. La naturaleza es frágil, constantemente balanceándose al borde del desastre. Rupturas de la cadena alimenticia, contaminación de las aguas, cambios atmosféricos, y una multitud de otros problemas ambientales modernos demuestran dramáticamente que la tierra necesita el cuidado constante del Creador. Los alimentos que comemos, el aire que respiramos, las calles por las que caminamos, los autos que conducimos, los libros que leemos, los edificios que erigimos, las universidades que establecemos, todas estas cosas buenas en la vida, han sido posibles

porque Dios constantemente sostiene un lugar seguro para que la humanidad pueda multiplicarse y ejercer dominio. Al reflexionar sobre las bendiciones de Dios en los días de Noé, debemos estar completamente asombrados de su tremendo valor.

No obstante, el pacto de Dios con Noé tuvo un segundo resultado. Dios entregó este mundo estable en manos de gente pecadora. No meramente hemos usado Su bendición, sino que también hemos abusado de ella. Como resultado, el orden de la naturaleza también ha venido a ser una maldición para nosotros.

La manera más simple en la que pervertimos el don de Dios es desperdiciándolo. La regularidad de la vida nos adormece en complacencia. Tratamos el tiempo como si fuera una mercancía abundante. "¿Por qué hacer hoy lo que puedo hacer mañana?" nos preguntamos.

Acabo de recibir la noticia de que la décimo segunda reunión de mi clase graduanda de la escuela superior es el próximo año. "¡Es imposible!" pensé. "¡No puedo estar tan de viejo!" A pesar de mis protestas, esto es cierto. La vida pasa tan velozmente como un jet supersónico. A medida que me acerco a los cuarenta años va siendo cada vez más claro para mí que el tiempo es una mercancía preciosa. Dios, en su mundo estable, no nos dio el tiempo para que lo desperdiciáramos. El espera que usemos nuestras breves vidas para servirle a nuestra máxima capacidad.

Pero el desperdicio del tiempo no es nuestro peor problema. Podemos lidiar con eso. Nuestro mal manejo de los dones de Dios para Noé va mucho más lejos. No simplemente fallamos en usar nuestra oportunidad, sino que también vigorosamente las mal usamos. Tomamos la regularidad de la vida como una oportunidad para inventar maneras de traer indignidad sobre nosotros mismos.

Europa del siglo XVII dio a luz un movimiento filosófico conocido como la Ilustración. Los avances científicos de aquel entonces hicieron del orden y el carácter predecible del universo, el centro del aprendizaje humano. El optimismo acerca del futuro creció cuando las investigaciones científicas del mundo trajeron grandes resultados. Una utopía científica y racional estaba en el horizonte para la humanidad.

Desde el siglo XVII han habido muchos cambios filosóficos en el Occidente, pero una suposición de la Ilustración todavía es popular. La mayoría de la gente todavía pone sus esperanzas para la humanidad en la regularidad de la naturaleza. La solución para nuestros problemas radica en trabajar con el orden natural del mundo. Mientras más desenterremos y administremos su potencial, mejor será nuestra vida.

Nuestro interés moderno por el avance científico es importante. Es el reflejo del plan de Dios de que la raza humana tenga dominio. Pero debemos ser precavidos para no caer en un optimismo ingenuo con respecto a los resultados de nuestra obra. Dios proveyó un orden natural regular que hace posible que se tengan avances, pero ¿Qué hacemos con esta oportunidad? La torcemos para nuestra propia destrucción.

En una ocasión hablé con un doctor cristiano quien señalaba de qué manera la ciencia médica pervierte a menudo la estabilidad natural. "¿Sabía usted" me preguntó, "que utilizamos el mismo conocimiento para alimentar la vida en el útero como para destruirla?" Los avances en el cuidado prenatal también han conducido a técnicas más efectivas de aborto. Mientras más aprendemos para poder hacer el bien, tenemos más a nuestra disposición para hacer el mal."

Un análisis similar se aplica a toda área de la cultura humana. El mismo talento que crea una obra maestra musical también produce los espectáculos degradantes de un video musical vulgar. La tecnología que nos da energía nuclear también produce armas de destrucción masiva. Si somos honestos al mirar a nuestro alrededor, tenemos que admitir que de una u otra manera, los avances en la cultura también tienen consecuencias negativas. Usamos el mundo ordenado de Dios para inventar formas de corrompernos.

El don de Dios para Noé era bueno. Nos ha beneficiado de muchas maneras. Pero el orden del universo nos es suficiente para hacer de nosotros lo que Dios había diseñado que fuéramos. Desperdiciamos y pervertimos nuestras oportunidades. Por esta razón, debemos mirar más allá del orden natural para encontrar la dignidad de la imagen de Dios. El don de Dios para Noé nos deja anhelando algo más.

LOS DOS EFECTOS DE ABRAHAM

Joey tenía muchos privilegios, él era el hijo del pastor. El podía pararse en el púlpito y hacer como si estuviera predicando. Podía jugar con el órgano del santuario cuando él quisiera. Jugaba baloncesto en el gimnasio de la Iglesia todas las noches. Era fabuloso ser el hijo del pastor.

Pero un día Joey abusó de su privilegio. "Vengan" susurró a sus amigos que estaban parados bajo la luz de la calle. "Mi papá es el pastor. No hay problema."

Los niños entraron a la Iglesia por una ventana y comenzaron a hacer un alboroto. Se arrojaron himnarios el uno al otro, pusieron el púlpito de lado, y nadaron en la piscina bautismal. Cuando los niños estaban haciendo carreras en el pasillo principal gritando a voz en cuello, las puertas de la iglesia se abrieron intempestivamente. Allí estaba parado el papá de Joey.

"Están en serios problemas, niños," el pastor gritó mientras veía fijamente a los jovencitos.

"¡Yo no! ¿Verdad papá?" Joey preguntó confiadamente.

"Joey, tú más que cualquier otro."

"Pero si yo soy tu hijo," protestó Joey.

"Sí, tú eres mi hijo" el padre admitió. "Por eso debiste haber sabido que estaba mal lo que hicieron"

Joey aprendió una dura lección aquel día. Ser el hijo del pastor le traía muchos privilegios, pero cuando él abusó de esos privilegios se metió en serios problemas.

En el capítulo cinco miramos la vida de Abraham y vimos que él también recibió un privilegio especial. Dios escogió a él y a su familia para recibir algo que permaneció oculto para las otras naciones. El le mostró a Abraham cómo tener éxito en la multiplicación y el dominio sobre la tierra. Abraham aprendió la necesidad de confiar en el poder divino, de esperar pacientemente en Dios, y de perseverar en servicio fiel para El.

Estas revelaciones fueron dones maravillosos. Le dieron a Israel la ventaja de conocer qué debe hacer cada persona para ser restaurado a la dignidad. Sin embargo, los efectos de esta bendición no fueron enteramente positivos. El privilegio de Israel también los puso en serios problemas.

¿Qué beneficios positivos vinieron de la posición especial de Abraham ante Dios? Para empezar, la elección de Abraham hecha por Dios condujo a la fundación de Israel como nación. Debido a que Abraham respondió apropiadamente a los requerimientos de Dios, Sara dio a luz a Isaac. Los nietos de Isaac llegaron a ser las cabezas de las doce tribus de Israel. En unas pocas generaciones, el pueblo de Dios en el Antiguo Testamento creció tremendamente en número. El don de la revelación de Dios a Abraham resultó en la creación de la nación judía.

Además de esto, Israel vino a ser el instrumento de Dios para la redención de todo el mundo. Como Dios lo dijo a través de Moisés: "Vosotros visteis lo que hice a los egipcios, y cómo os tomé sobre alas de águilas, y os he traído a mí. Ahora, pues, si diereis oído a mi voz, y guardareis mi pacto, vosotros seréis mi especial tesoro sobre todos los pueblos; porque mía es toda la tierra. Y vosotros me seréis un reino de sacerdotes, y gente santa" (Ex. 19:4-6).

Todas las naciones de la tierra habrían de aprender el camino de Dios a través del testimonio de los descendientes de Abraham. Si no fuera por ellos, los gentiles hubieran estado condenados para siempre a la obscuridad del paganismo.

A través de los siglos, mucha gente ha intentado menospreciar el papel de Israel en la historia de la humanidad. En vez de estar agradecidos a los descendientes de Abraham, ellos los han culpado de sus propios males religiosos, económicos y sociales. Si estas mentiras ridículas no fueran peligrosas serían risibles. El anti-semitismo ciertamente no tiene justificación histórica. Es provocado por ignorancia y estupidez.

En realidad, la nación judía ha traído bendiciones inmensurables para el mundo. Sin duda alguna, los judíos no han sido perfectos. Se han alejado de su Dios, una y otra vez. De hecho, la vasta mayoría de los descendientes físicos de Abraham han rechazado aun a su hijo más grandioso, Jesús. No obstante, la nación judía fue el instrumento de Dios para bendecir a todo el mundo.

Vemos los beneficios del privilegio de Abraham en muchos aspectos de la cultura occidental. A menudo describimos nuestros altos ideales culturales como una expresión de la herencia judeo-cristiana. ¿Qué elementos positivos en la sociedad moderna no

provienen de este trasfondo? Ideales tales como justicia, libertad, caridad, y amor son el resultado de la posición especial que Abraham y sus descendientes gozaron delante de Dios.

Por supuesto, el beneficio mayor de la relación de Dios con Abraham es el evangelio mismo. Nunca debemos olvidar qué estaban haciendo las otras naciones mientras Abraham estaba circuncidándose en devoción al Dios verdadero. Mis antepasados estaban adorando rocas y en busca de demonios. ¿Qué estaban haciendo los suyos? Algo parecido, estoy seguro. Pero mírese ahora. Su fe en Cristo es prueba de cuan enormemente los Judíos han bendecido a las naciones de la tierra. Jesús, el Salvador del mundo, vino del linaje de Abraham. Los apóstoles que esparcieron el evangelio también eran judíos. La influencia mundial del evangelio resultó de la revelación de Dios a Abraham: "Bendeciré a los que te bendijeren, y a los que te maldijeren maldeciré; y serán benditas en ti todas las familias de la tierra" (Gn. 12:3). ¿Qué resultado positivo mayor podría haber?

Sin embargo, a pesar de estos beneficios, la bendición de Abraham también condujo al fracaso y a la maldición. Sus descendientes tomaron su lugar privilegiado en el plan de Dios como licencia para vivir como quisieran. Casi todos los libros del Antiguo Testamento atestiguan el abuso persistente que Israel hizo de sus privilegios. La gente refunfuñó después de que Dios los liberó de Egipto. Se olvidaron de El durante el período de los Jueces. La nación cayó en apostasía repetidamente bajo los reyes.

¿Por qué los judíos fallaron de esta manera tan terrible? La causa primaria de la rebelión de Israel es evidente en una escena del Nuevo Testamento. Cuando Juan el Bautista estaba preparando el camino para el Mesías le predicaba a Israel: "Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado" (Mat. 3:2). Muchos Judíos vinieron al Señor, pero otros se rehusaron. ¿Por qué no se arrepintieron? Los judíos rechazaron las advertencias de Juan porque se sentían seguros como los herederos de las promesas de Abraham. "¿De qué nos tenemos que preocupar? se preguntaban unos a otros. "Nosotros tenemos el pacto de Dios con Abraham. Somos sus hijos privilegiados."

Pero Juan el Bautista se opuso vigorosamente a este punto de vista. El les dijo: "No comencéis a decir dentro de vosotros mismos: Tenemos a Abraham por padre, porque os digo que Dios puede levantar hijos a Abraham aun de estas piedras" (Lc. 3:8).

Juan advirtió a aquellos judíos infieles que les aguardaba juicio severo, no bendición. "Y ya también el hacha está puesta a la raíz de los árboles; por tanto todo árbol que no da buen fruto se corta y se echa en el fuego" (Lc. 3:9) El privilegio de Israel condujo a licencia, la licencia condujo al pecado, y el pecado condujo a juicio.

Los privilegios que tenemos como cristianos han causado que vivamos con las mismas suposiciones. Sinfín de personas se alejan de su compromiso con Cristo convencidos de que nada malo pasara. Encontramos esta actitud en todas nuestras iglesias. "Soy miembro de la iglesia," un hombre me dijo, "no tengo nada de que preocuparme." "Voy a la iglesia todos los domingos," insisten otros. "Doy clase de Escuela Dominical y canto

en el coro," dicen aun otros. Pero debemos recordar las palabras de Juan el Bautista. Dios puede levantar miembros de iglesia aun de las piedras.

El problema de tener privilegios es que abusamos de ellos. Una vez que pensamos que somos especiales ante los ojos de Dios, creemos que podemos hacer cualquier cosa que queramos. Pero nada podría estar más lejos de la verdad que eso. La presunción no nos conducirá a la bendición, sino que sólo nos pondrá bajo el juicio de Dios.

Las bendiciones de Dios en los días de Abraham fueron maravillosas. Ellas establecieron un pueblo privilegiado, honrado con el conocimiento del camino de salvación para la imagen de Dios. Sin embargo, estas personas privilegiadas volvieron sus bendiciones en maldiciones. Aunque Dios nos dio mucho en Abraham, la imagen de Dios todavía necesita más para poder alcanzar la restauración total a la dignidad.

DOS EFECTOS DE MOISES

"¿Cuánto le gusta su trabajo?" le pregunté al mecánico mientras reparaba los frenos de mi carro.

"Bastante," respondió, "pero déjeme decirle algo. Este es el tipo de trabajo que no puedes dejar a medias. Si no terminas bien tu labor, realmente puedes lastimar a alguien."

No hay mucha diferencia si dejas incompletos algunos tipos de trabajos, por ejemplo, limpiar la casa o escribir un ensayo. "La mitad es mejor que nada" nos decimos al detenernos para darnos un descanso. Pero tenemos que terminar algunas tareas porque si no, éstas crean peligros serios: reparación de frenos, instalación de un cable eléctrico, o procedimientos médicos.

En el sexto capítulo de este libro vimos la tarea que las imágenes redimidas de Dios tenían que cumplir. A través del ministerio de Moisés, Dios preparó a Israel para ganar la victoria en la guerra contra los cananeos. Este llamado a la conquista era una bendición tremenda para el pueblo de Israel, pero también los puso en una posición peligrosa. El conseguir la victoria les traería muchos beneficios, pero dejar esta tarea inconclusa les traería perjuicio. Por esta razón, Dios le mostró a Josué cómo mantener la fortaleza y el ánimo durante la conquista de Canaán. Josué tuvo que recordar su propósito en la vida, debía seguir la Ley de Moisés, y poner atención a la presencia de Dios a través de la adoración y la oración.

Inicialmente, la campaña de Israel tuvo un éxito extraordinario. Con raras excepciones, el pueblo de Dios se mantuvo consciente de su propósito, observó la Ley de Moisés, y dependió de la presencia de Dios. Como resultado, Josué y la gente conquistaron a sus enemigos y descansaron en su nueva tierra. A través de sus victorias iniciales, el pueblo de Dios encontró un lugar en donde podían multiplicarse y tener dominio como nunca antes. En este sentido, Dios trajo grandes beneficios a su pueblo.

Sin embargo, a pesar de estas bendiciones, Israel reaccionó a su llamado a conquistar de una manera que dañó seriamente a la imagen de Dios. Dios había ordenado claramente que Israel destruyera a todos los cananeos. Como le dijo El a Moisés: "Cuando Jehová tu

Dios te hay introducido en la tierra en la cual entrarás para tomarla y haya echado de delante de ti a muchas naciones . . . Y Jehová tu Dios las haya entregado delante de ti, y las hayas derrotado, las destruirás del todo; no harás con ellas alianza, ni tendrás de ellas misericordia" (Dt. 7:1-2). Aquellos que habían corrompido la tierra de Canaán debían ser totalmente destruidos.

Sin embargo, después de la muerte de Josué, Israel perdió la visión de la necesidad de completar la conquista. Los capítulos iniciales del libro de los Jueces nos relatan lo que ocurrió (Jue. 1:1-2:5). Una tras otra, las tribus fracasaron en sacar a todos los cananeos.

Los israelitas nunca destruyeron completamente a sus enemigos. Si lo hubiesen hecho, el llamado de Dios a la guerra hubiera sido bendición pura para Su pueblo. Israel hubiera experimentado prosperidad sin límites en la tierra. Pero dejar este trabajo a medias les trajo serios problemas:

"Y la ira de Jehová se encendió contra Israel, y dijo: Por cuanto este pueblo traspasa mi pacto que ordené a sus padres, y no obedece a mi voz, tampoco yo volveré más a arrojar de delante de ellos a ninguna de las naciones que dejó Josué cuando murió; para probar con ellas a Israel, si procurarían o no seguir el camino de Jehová, andando en él, como lo siguieron sus padres. Por esto dejó Jehová a aquellas naciones, sin arrojarlas de una vez, y no las entregó en mano de Josué" (Jue. 2:20-23).

Cuando Israel permitió que los cananeos vivieran en la tierra, éstos vinieron a ser una fuente de problemas. A través del curso del tiempo, la maldad de los cananeos infectó al pueblo de Dios, e Israel se volvió justamente como las naciones a su alrededor. Perdió la visión de su propósito como el ejército santo de Dios, se apartó de la Ley de Moisés, y corrompió su adoración. De esta manera, el legado del llamado de Dios a la guerra trajo perjuicio a Israel.

El fracaso de Israel en la conquista me recuerda una conversación que tuve con un oficial que atendía casos de delincuencia juvenil. El lamentaba verse a menudo con la necesidad de tomar cierta decisión: "El problema más grande que tengo es enviar a jóvenes menores al centro de detención. Si es que corrigen la dirección de su vida el haber ido allí es lo mejor para ellos. Pero la mayoría de las veces los muchachos menores se dan por vencidos en sus esfuerzos por mejorar. Luego entran bajo la influencia de muchachos mayores quienes les enseñan más formas de violar la ley."

De manera semejante, nosotros nos damos por vencidos en las batallas que enfrentamos. Escuchamos el llamado a la batalla espiritual y entramos al mundo por Cristo. Pero ¿Qué pasa muy a menudo cuando empezamos a pelear nuestra guerra santa? Entramos al mundo del arte, de los negocios, de las organizaciones cívicas y de las escuelas para ejercer influencia, pero perdemos la visión de nuestra meta. Transigimos con el mundo sin llegar a la victoria total. Disminuimos nuestro celo de oponernos a la rebelión contra Dios y somos llevados a las prácticas del mundo. Nuestras familias, negocios, y aun nuestras iglesias son corrompidas por las influencias malignas que nos rodean.

El llamado a la conquista no era defectuoso en sí mismo. Nuestro llamado a la guerra santa enriquece nuestras vidas de muchas maneras, pero tomamos estas bendiciones de gracia y las convertimos en un algo que nos daña. Nunca debemos descartar lo que Dios hizo para nosotros a través de Moisés. No obstante, debemos también reconocer que no fue suficiente para darnos la dignidad total.

DOS EFECTOS DE DAVID

Roy nombró su negocio de carros usados: "Autos usados: *Mis hijos y yo* ."

"Nombré de esa manera el negocio," Roy recordaba, "porque estaba seguro que mis muchachos estarían en el negocio conmigo."

Los dos hijos de Roy trabajaron por un tiempo para su padre. Ellos lavaban carros después de ir a la escuela. Durante los veranos aprendieron cómo hacer reparaciones simples. Después de la graduación de secundaria, Roy dio a los jóvenes acciones de la compañía y les enseñó cada aspecto del negocio.

"Les di a probar el éxito," dijo Roy, "y ellos me dieron la espalda." Después de tan sólo un año, los hijos de Roy se fueron para empezar su propio negocio de carros a unas cuantas cuadras. "Les di tanto que pensaron que ya no me necesitaban," dijo Roy con una sonrisa maliciosa. "Fue entonces cuando les mostré la diferencia entre ser mis socios y ser mis competidores."

Los hijos de Roy habían cometido una gran error. Llegaron a estar tan orgullosos de su rápido éxito que fallaron en no recordar quién hizo posible aquella buena fortuna. Sólo pasaron seis meses para que aprendieran cuán difícil era ser competidor de su padre. Los jóvenes se fueron a la banca rota y perdieron todo lo que tenían.

Esta historia nos recuerda de lo que el pueblo de Dios hizo con las bendiciones del rey David. En el séptimo capítulo de este libro vimos que Dios amó a David con un afecto especial. Dios le dio riquezas enormes y estableció su trono como una dinastía permanente sobre Israel. Dios prometió a David un reino de importancia eterna. ¿Cómo afectaron estas bendiciones a la imagen de Dios?

Por un lado, el amor de Dios por David trajo muchas bendiciones. El tomó la vida de David y elevó su reino a las alturas del honor. Victoria, prosperidad y fama pertenecieron a David. El rey recibió tanto de Dios que exclamó: "Y lo coronaste (al hombre) de gloria y de honra" (Sal. 8:5). Cuando los descendientes de David heredaron su trono recibieron muchas bendiciones. La nación se expandió bajo Salomón y la fama de su gloria se dispersó por todo el mundo. Israel pasó de ser una nación insignificante a un poderío mayor por las promesas hechas a David.

Por otro lado, Israel reaccionó a las bendiciones de David de manera parecida a como los hijos de Roy reaccionaron a la bondad de su padre. Cada vez que el reino parecía estar seguro, los reyes y la gente se alejaba de Dios. Olvidando que Dios había provisto todo lo que tenían, el pueblo de Israel confió en la frágil seguridad del éxito externo en este mundo.

Repetidamente durante el reinado de la familia de David, los reyes se rebelaron contra Dios cuando tenían éxito. El mismo David se volvió a Betsabé cuando estaba en la cúspide de su prosperidad; su pecado trajo la espada a la casa real. El rico y famoso Salomón construyó capillas para los dioses de sus esposas extranjeras. Este pecado resultó en la división del reino. Rey tras rey tomaban el éxito en su reino como el fundamento para rebelarse contra Dios. Su arrogancia llegó a ser tan agravante que Dios finalmente mandó al exilio tanto al reino del norte como al del sur.

Una secuencia es común en todos estos eventos. El pueblo de Dios vio cuanto tenían en este mundo. Sus bendiciones era grandiosas, nadie podía negarlo. No obstante, el esplendor de esos dones condujo a Israel a apartarse de su Rey celestial. En vez de ser más agradecidos, la nación se apartó de Dios confiando en la seguridad falsa de las cosas terrenales.

Recuerdo haber hablado con un adolescente un domingo por la tarde. El estaba ansioso por las inconsistencias en su caminar espiritual. "No se qué hacer" confesó. "El único momento cuando quiero a Dios en mi vida es cuando las cosas marchan mal. Nunca oro a menos que esté en algún tipo de problema. No quiero a ir a la iglesia a menos que mi vida esté hecha un desastre. ¿Qué me pasa?" preguntó.

"Algo que nos pasa a todos," respondí. "Todos tendemos a olvidar a Dios cuando las bendiciones nos rodean."

No somos diferentes a ese joven. Tampoco somos diferentes a David y sus hijos. Hemos recibido muchos dones de Dios porque somos herederos del reino de David en Cristo. Deberíamos gozarnos en estas bendiciones y servir a Dios con mayor fidelidad. Pero, ¿Cómo reaccionamos usualmente a ellas? ¿Somos movidos a la gratitud y obediencia? Algunas veces. Pero usualmente notamos que nuestras montañas de bendiciones bloquean nuestra visión de Dios. El señorío de Cristo se esconde de nuestra visión. Dejamos de sentir nuestra necesidad de Dios.

Los dones de Dios a través de David tuvieron dos efectos en la imagen de Dios. Trajeron muchas bendiciones positivas y un reino glorioso que no tendrá fin. Sin embargo, la obra de Dios a través de la vida de David tuvo efectos negativos también. Por ser pecadores permitimos que el esplendor del reino de Dios anule nuestra devoción hacia Dios mismo. Sus ricos regalos cautivan de tal forma nuestros corazones que perdemos nuestro sentido de dependencia y de servicio a El. Por esta razón, aun la obra mayor de Dios en favor de su imagen en el Antiguo Testamento no pudo darnos lo que necesitábamos. Debemos buscar más allá de David para encontrar nuestra restauración total a la dignidad como imágenes de Dios.

CONCLUSION

Dios hizo mucho por su imagen en el Antiguo Testamento. Nosotros nos arruinamos totalmente por el pecado, pero Dios nos alcanzó en los días de Noé, Abraham, Moisés y David. Sus dones nos han ayudado de maneras incontables; nunca debemos desecharlos.

Pero estas bendiciones del Antiguo Testamento no fueron suficientes para restaurarnos a nuestra dignidad total como imágenes de Dios. ¿Qué necesitamos más allá de estas cosas? Como veremos en el próximo capítulo, necesitamos el don de Cristo.

PREGUNTAS DE REPASO

1. ¿De qué manera los dones de Dios pueden tener efectos positivos y negativos en la raza humana? ¿Cómo este hecho nos lleva anhelar algo más de Dios?
2. Compare y contraste los beneficios y los problemas que tuvo la imagen de Dios en las bendiciones de Noé, Abraham, Moisés, y David.

EJERCICIOS DE DISCUSION

1. ¿Por qué este capítulo se titula "Anhelando algo más"?
2. Haga una lista de cinco maneras en las cuales usted falla en hacer uso apropiado del don de Dios de un mundo estable. ¿Cómo puede usted cambiar estas prácticas usuales?
3. Describa a una persona quien abuse de sus privilegios delante de Dios. ¿Cómo podría él o ella evitar este problema?
4. ¿En qué área de su vida usted no ha cumplido su labor de guerra espiritual? ¿Cómo ha estado usted transigiendo con el mundo?
5. ¿Se ha visto usted (o a otra persona) distraído de la devoción a Dios porque posee muchos tesoros terrenales? ¿Cómo ha pasado esto?

Capítulo 9

Llegando al último Peldaño

Mientras subíamos las escaleras que conducían a la puerta principal de la casa, mi amigo me advirtió: "¡Ten cuidado con el último peldaño! Es más alto que todos los demás."

La escalera era tan larga y tan empinada que olvidé su advertencia por un momento, pero cuando llegué al último peldaño entendí el porqué de su consejo. El último peldaño, que estaba enfrente de la puerta, era por lo menos, tres veces más alto que todos los demás.

"¡No me estabas bromeando! ¿Verdad?" le dije riendo mientras me esforzaba por levantar mis maletas lo más alto posible. El respondió "No, pero lo bueno es que es el último peldaño. Entremos a la casa."

En este libro hemos subido por la escalera de la Escritura que nos conduce a la restauración de la imagen de Dios. Poco a poco Dios bendijo a su pueblo con dones que les permitían alejarse de la ignominia del pecado y acercarse más a la dignidad con la cual la raza humana fue originalmente diseñada. Como hemos visto, estos avances ocurrieron en los días de Noé, Abraham, Moisés y David.

Sin embargo, en el capítulo anterior nos dimos cuenta que todas las bendiciones de Dios en el Antiguo Testamento nos dejan insatisfechos y deseando algo más. Aunque los regalos de Dios en las épocas pasadas repercutieron positivamente en nuestras vidas, nuestra respuesta pecaminosa hace que sean insuficientes para restaurarnos a la dignidad. Pero estamos ahora en la posición de mirar más allá del Antiguo Testamento. Hemos llegado al momento cuando Dios llevó a su imagen al último y más grande peldaño, el cual restablece nuestra dignidad totalmente.

Jesús es el último peldaño en el plan de Dios. Dios culminó la redención de su imagen al enviar a su propio Hijo. Para comprender lo que Dios logró por medio de Cristo, vamos a estudiar cómo compara el Nuevo Testamento a Jesús con Adán, Noé, Abraham, Moisés y David. Como veremos más adelante, Cristo invirtió los efectos de la caída de Adán y reunió en sí mismo todas las bendiciones de la historia del Antiguo Testamento. La obra de Cristo excede en gran manera todas las cosas que Dios hizo en el pasado. Solamente Cristo restablece nuestra dignidad.

CRISTO Y ADAN

Las imágenes reflejadas en los espejos son extrañas; se parecen a los objetos que reflejan pero la imagen se ve invertida. Los objetos reales y sus imágenes reflejadas tienen los mismos contornos y colores, pero su dirección horizontal está invertida. ¿Qué es lo que usted ve cuando pone una hoja escrita frente a un espejo? La izquierda se convierte en derecha, y la derecha, en izquierda. Las imágenes de un espejo son a la vez, iguales y opuestas a los objetos reales.

Para comprender cómo Cristo restablece la dignidad humana nos ayudaría mucho concebirle como la imagen de Adán en un espejo. El Nuevo Testamento se refiere a Jesús como el "postrer Adán" (1 Cor. 15:45). Existe una correspondencia directamente entre Jesús y el primer hombre de la creación. Sin embargo, como una imagen reflejada en un espejo, Cristo no es sólo como Adán, sino también es lo opuesto de Adán.

¿De qué manera Cristo se asemeja al primer hombre? Existen muchas conexiones entre los dos, pero aquí mencionaremos nada más tres puntos importantes de comparación. Primero, tanto Adán como Cristo fueron imágenes perfectas de Dios. En Génesis, Moisés describió al Adán sin pecado como la imagen inmaculada de Dios. De manera muy similar, Pablo describe a Cristo como "la imagen de Dios" (2 Cor. 4:4; vea también Col. 1:15). Cristo representó a Dios en el mundo de una manera singular siendo perfectamente Dios y perfectamente hombre.

Segundo, Adán y Cristo recibieron comisiones similares como imágenes de Dios. Dios le ordenó a Adán multiplicarse y tener dominio sobre la tierra. El también envió a Cristo para reinar y multiplicarse. Jesús reveló la importancia de estas metas en su vida cuando él comisionó a sus discípulos (Mat. 28:18-19). Claramente podemos ver el aspecto de dominio: "Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra" (Mat. 28:18). En su resurrección Cristo recibió autoridad sobre todas las cosas. De esta manera, cumplió el mandato de dominio dado a la humanidad. Jesús también mencionó a sus apóstoles la tarea de multiplicación: "Por tanto, id y haced discípulos a todas las naciones" (Mat. 28:19). Jesús se dedicó a multiplicar imágenes redimidas de Dios y comisionó a sus apóstoles para que hicieran lo mismo. Cristo se multiplicó y ejerció dominio en maneras que exceden todos los logros de la humanidad anteriores o posteriores a él.

Tercero, tanto Adán como Cristo desempeñaron papeles determinantes en la historia de la humanidad. Adán, como la primera imagen de Dios, representó a todos los seres humanos después de él. Sus acciones fueron más que decisiones personales, pues tuvieron consecuencias que repercutieron en todos sus descendientes. Como Pablo dice, "Como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron" (Rom 5:12). Como nuestro representante, Adán trajo el pecado y el juicio sobre toda la raza humana.

Dios también determinó que Cristo fuera el representante de otros. Sus acciones fueron más que decisiones personales, pues afectaron las vidas del pueblo redimido de Dios: "Pues si por la transgresión de uno solo reinó la muerte, mucho más reinarán en vida por uno solo, Jesucristo, los que reciben la abundancia de la gracia y del don de la justicia" (Rom. 5:7). La obra de Cristo trajo justificación para aquellos que son nuevas criaturas por medio de la fe.

En las competencias deportivas, los entrenadores se esfuerzan por incluir a jugadores en sus equipos que tengan habilidades semejantes a los jugadores del equipo contrario. Usualmente no ponen a un jugador inexperto contra un jugador experimentado. Si es posible, los entrenadores buscan que los miembros de sus equipos sean iguales o mejores que sus oponentes. De no ser así, el equipo tendría muy pocas posibilidades de ganar.

Este principio nos revela porqué sólo Cristo puede restablecer totalmente la dignidad de los seres humanos. Solamente Él es tan grande, o aún más grande que Adán. Noé, Abraham, Moisés y David desempeñaron papeles importantes en la redención de nuestra raza caída en pecado. No obstante, nadie, ni antes ni después de Cristo, estuvo en la posición de ser llamado el "postrer Adán". Ninguna otra persona ha sido la imagen perfecta de Dios. Ninguna otra persona ha cumplido perfectamente las tareas encomendadas a la humanidad. Ninguna otra persona ha representado delante de Dios a la multitud de seres humanos redimidos. Solamente él nos pudo llevar a la plenitud de vida que Dios había diseñado para nosotros desde el principio.

La superioridad única que Cristo tiene sobre Adán, es la razón por la que todas nuestras esperanzas de alcanzar la dignidad reposan finalmente en él. ¿Podemos confiar en nosotros mismos para revertir los efectos de la Caída en pecado? De ninguna manera, pues ni siquiera somos iguales a Adán ante los ojos de Dios. ¿Podemos confiar en otras personas para nuestra redención? No. ¿Quién de nosotros puede deshacer lo que el primer hombre hizo? Jesús, el postrer Adán, es el único hombre capaz de revertir los efectos de nuestra caída en el pecado. Si tenemos la esperanza de vencer la muerte, debemos mantener la mirada solamente en él.

Cristo, como superior a Adán, revertió los efectos de la caída de la humanidad. Mientras que Adán trajo muerte, Cristo trajo vida. Mientras que Adán provocó la maldición de la ignominia y el juicio, Cristo produjo la dignidad y la salvación.

¿Cuándo fue que Cristo logró esta restauración? No la completó en un solo acto. La restauración dio inicio durante su primera venida a la tierra y será culminada cuando regrese por segunda vez.

La fase inicial de la obra restauradora de Cristo comenzó con su vida en la tierra hace dos mil años. Al principio de su ministerio, Satanás lo tentó como lo hizo con Adán en el pasado (Mat. 4:1-11), pero Cristo resistió la tentación: "Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado (Heb. 4:15). Pablo hizo notoria esta diferencia entre Adán y Cristo cuando contrastó "la desobediencia de un hombre" (Adán) con "la obediencia de uno" (Cristo) (Rom. 5:19).

El acto más grande de obediencia que Cristo realizó fue su muerte en la cruz. Siguiendo el mandato de su Padre, él sufrió la maldición puesta sobre Adán (Gen. 3:19). Sufrió la cruz en nuestro lugar para dar fin a la maldición que recaía sobre nosotros: "Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados" (Isa. 53:5).

Sin embargo, Cristo no permaneció bajo la maldición de la muerte. El Padre lo resucitó por medio del Espíritu Santo. Siendo el representante de la nueva humanidad trajo también vida nueva para todo aquel que cree en él: "Porque si fuimos plantados

juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección" (Rom 6:5).

Tal y como Cristo pasó del mundo viejo de muerte al mundo nuevo de resurrección, también nosotros encontramos vida nueva al encomendarnos confiadamente a él. Ya no caminamos bajo la maldición de Dios, sino bajo Su bendición.

La primera venida de Cristo cambió dramáticamente el curso de la historia humana. Su muerte y resurrección iniciaron el último peldaño hacia la restauración de la imagen de Dios. Aun así, es evidente que aquellos que confían en Cristo para su restauración, todavía no han sido renovados totalmente. Todavía batallamos con el pecado y todavía experimentamos la muerte. ¿Cuándo tendremos la restauración completa?

La segunda venida de Cristo es nuestra esperanza para la culminación de nuestra redención como imágenes de Dios. En el presente es preciso que Cristo "reine hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies" (1 Cor. 15:25). No obstante, a su retorno, Cristo traerá el juicio final en contra de los enemigos de Dios, recibirá todos los galardones que tanto se merece y el Padre lo exaltará como el indiscutible Señor de todas las cosas.

Como nuestro representante delante de Dios, Cristo no retendrá toda esta gloria sólo para sí mismo, sino que compartirá las bendiciones de la vida eterna con su pueblo: "El primer hombre es de la tierra; el segundo hombre, que es el Señor, es del cielo. Cual el terrenal, tales también los terrenales; y cual el celestial, tales también los celestiales. Y así como hemos traído la imagen del terrenal, traeremos también la imagen del celestial" (1 Cor. 15:47-49).

Cristo es el postrer Adán, la cabeza de la nueva humanidad. Solamente él tiene el poder para darnos plenitud de vida. Él comenzó a invertir los efectos del pecado de Adán durante su vida, muerte y resurrección; pero culminará su obra cuando regrese a la tierra por segunda vez. De esta manera, Cristo es el último peldaño en la restauración a la dignidad.

CRISTO Y NOÉ

"Muchas veces intenté dejarlas," el joven confesó. "Las drogas me habían hecho daño y yo sabía que necesitaba cambiar totalmente mi vida. Pero aunque intentaba fuertemente, no podía escaparme de sus ataduras."

Muchos drogadictos dicen que quisieran dejar el hábito. Pueden ver las consecuencias terribles de su adicción y tratan de cambiar sus vidas.

"¿Sabe usted qué cambió mi vida?" el joven continuó. "Una noche intenté acabar con mi vida. Me llevaron de inmediato al hospital y estuve al borde de la muerte. Los doctores con mucha dificultad me salvaron la vida. En ese momento mi vida entera cambió. Fue necesaria una experiencia así de drástica para que mi vida cambiara totalmente."

Como vimos en el capítulo 4, en los días de Noé, Dios dio a su imagen la oportunidad de alejarse de la destrucción del pecado. Dios juzgó a la humanidad perversa, rescató a Noé y a su familia, y nos dio un mundo nuevo y estable. Pero la gente no aprovechó esta nueva oportunidad. Noé se embriagó después del diluvio y su hijo Cam abusó sexualmente de él (Gen. 9:21-22). La humanidad no había cambiado; seguíamos siendo adictos a los caminos del pasado, siguiendo la senda de destrucción.

En lo profundo de nuestro corazón nos preguntamos si será posible superar nuestra condición pecaminosa. Si algo tan drástico como un diluvio universal no logró sacarnos de nuestra condición, ¿Cómo pues escaparemos de las ataduras destructoras del pecado? El Nuevo Testamento nos da la respuesta a estas preguntas difíciles. Dios ha provisto la solución por medio de Cristo. Dios envió a su Hijo al mundo para que lograra lo que el diluvio fue incapaz de lograr.

El apóstol Pedro puso atención a las conexiones que existen entre Cristo y Noé más que cualquier otro escritor bíblico. Pedro explica la importancia de Cristo comparándole de dos maneras con Noé. Al mirar estos pasajes veremos cómo Dios nos transformó al enviar a Cristo. En 1 Pedro 3:20-22 podemos leer:

Los que en otro tiempo desobedecieron, cuando una vez esperaba la paciencia de Dios en los días de Noé, mientras se preparaba el arca, en la cual pocas personas, es decir ocho, fueron salvadas por agua. El bautismo que corresponde a esto ahora nos salva (no quitando las inmundicias de la carne, sino como la aspiración de una buena conciencia hacia Dios) por la resurrección de Jesucristo, quien habiendo subido al cielo está a la diestra de Dios; y a él están sujetos ángeles, autoridades y potestades.

El contexto en el que este pasaje aparece es el del sufrimiento cristiano. Para asegurar a los creyentes que sus sufrimientos no eran en vano, Pedro mencionó el hecho de que el arca de Noé salvo a algunos, mientras que el diluvio juzgó al resto de la humanidad. El pensamiento de salvación y juicio por medio de agua llevó a Pedro a pensar en una comparación fascinante con el ministerio terrenal de Jesús. Juicio y Salvación están también asociados con el agua del bautismo cristiano.

El agua del bautismo cumple un propósito similar al del agua del diluvio. Jesús ordenó a sus apóstoles: "Haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre de Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo" (Mat. 28:19). Al igual que el diluvio de los días de Noé, el bautismo tiene un aspecto positivo y uno negativo. En el lado negativo, el bautismo trae juicio sobre aquellos que están sin Cristo. Ellos tienen sobre sí la ira de Dios porque se opusieron a Cristo y rehusaron poner su fe en él.

En el lado positivo, el bautismo representa la limpieza de la salvación para los creyentes. Tal y como el diluvio trajo para Noé y su familia un mundo nuevo, así también el bautismo nos introduce a un mundo nuevo de salvación. El bautismo en sí mismo no salva; el ritual debe ser una señal de "una buena conciencia hacia Dios" (1 Ped. 3:21). No obstante, tal y como Dios salvó a Noé a través de las aguas del diluvio, Dios salva ahora a su pueblo a través de la fe que es simbolizada en las aguas del bautismo cristiano.

Piense por un momento lo que Pedro ha dicho acerca de nuestro bautismo. Muchos cristianos piensan que el bautismo no es más que un simple ritual, pero esto no es lo que la Escritura enseña. Puesto que el bautismo es la señal y el sello de la fe redentora, es lo que nos distingue del mundo destinado al juicio. Nuestra entrega personal a Cristo y nuestra unión con él han cambiado radicalmente nuestras vidas. Cuando depositamos nuestra confianza en Cristo, Dios nos inunda de bendiciones y nos lleva a un mundo nuevo de esperanza y oportunidad.

La Salvación representada en el bautismo cristiano es mucho más grande que la salvación que Noé experimentó. El arca llevó a Noé y a su familia a un mundo material aun corrompido por el pecado. La humanidad persistió en caminos que eran contrarios a la voluntad de Dios. Pero Cristo no nos libera de un mundo corrupto para llevarnos a otro mundo igual de corrupto. En Cristo somos unidos a la gloria de su resurrección: "El bautismo . . . ahora nos salva . . . por la resurrección de Jesucristo, quien habiendo subido al cielo está a la diestra de Dios; y a él están sujetos ángeles, autoridades y potestades" (1 Ped. 3:21-22). Tal y como Cristo fue llevado a las alturas de la eterna gloria por su resurrección y ascensión, también nosotros estamos unidos a él en la misma gloria eterna, por medio de la fe.

Por esta razón, la obra de Cristo sobrepasa en gran manera las obra de Dios en los días de Noé. Todos los que confían en Cristo son llevados a un nuevo mundo espiritual -- "Nuestra ciudadanía está en los cielos" (Fil. 3:20). Habiendo resucitado con Cristo, somos libres del juicio eterno.

Pedro también llama nuestra atención al paralelo que existe entre los días de Noé y el tiempo cuando Cristo venga por segunda vez:

Sabiendo primero esto, que en los postreros días vendrán burladores, andando según sus propias concupiscencias, y diciendo: ¿Dónde está la promesa de su advenimiento? Porque desde el día en que los padres durmieron, todas las cosas permanecen así como desde el principio de la creación. Estos ignoran voluntariamente, que en el tiempo antiguo fueron hechos por la palabra de Dios los cielos y también la tierra, que proviene del agua y por el agua subsiste, por lo cual el mundo de entonces pereció anegado en agua; pero los cielos y la tierra que existen ahora, están reservados por la misma palabra, guardados para el fuego en el día del juicio y de la perdición de los hombres impíos (2 Ped. 3:3-7).

En este pasaje, Pedro contestó a aquellos que se burlaban de la esperanza de la segunda venida de Cristo. Estos escépticos alegaban que todo había permanecido igual desde la creación del mundo (v. 4). "Dios no ha interrumpido la historia nunca antes," ellos pensaban. "¿Qué razón tenemos para pensar que lo hará en el futuro?" En respuesta, Pedro recordó a sus lectores que el mundo no siempre había permanecido igual. Dios creó al mundo "del agua" (v. 5), pero "el mundo de entonces pereció anegado en agua" (v.6). La historia no se desarrolló ininterrumpidamente. Dios intervino en contra de la maldad y destruyó el mundo que había creado. Aquellos que dudan que Dios interrumpirá la historia cuando Cristo venga por segunda vez deben poner mucha

atención. A ellos se les advierte que "los cielos y la tierra que existen ahora, están reservados por la misma palabra, guardados para el fuego en el día del juicio y de la perdición de los hombres impíos" (v.7).

Pedro trazó una comparación directa entre el diluvio de los días de Noé y el regreso de Cristo. Así como Dios interrumpió dramáticamente la historia en los días de Noé, también intervendrá aun más dramáticamente al enviar de nuevo a Cristo en Gloria.

Puesto que vemos pasar décadas, siglos y milenios con muy poco cambio en el mundo, es muy fácil para nosotros perder la esperanza que las cosas algún día cambiaran. ¿No se pregunta usted a veces si Dios en verdad cambiará el mundo de una manera dramática? Podemos dudar a veces, pero nunca perderemos la esperanza. Dios no permitió que el pecado en los días de Noé pasara impune. No dejará que el pecado pase impune en el futuro. Dios estuvo decidido a rescatar a su pueblo del juicio en los días de Noé; él también está decidido a rescatarnos en el futuro. Con toda certeza, Cristo regresará y nos llevará a cielos nuevos y tierra nueva.

Cristo es similar a Noé, pero también le sobrepasa en gran manera. Él ordenó el bautismo cristiano como una señal de fe que nos aleja del pecado y la muerte. Cuando él regrese, una nueva creación tendrá lugar, en la cual el pecado no existirá más, y las imágenes redimidas de Dios estarán completamente libres de la ignominia. A diferencia de Noé, Cristo no nos dará solamente alivio pasajero de la maldición puesta sobre la tierra; sino que como él es el último peldaño del plan de Dios nos liberará completamente.

CRISTO Y ABRAHAM

"¡Por fin ya tengo un hijo!" me dijo llorando mi amigo mientras lo abrazaba en el vestíbulo del hospital. El y su esposa habían querido tener niños por varios años y finalmente su deseo se había cumplido. "Ahora ya tengo un heredero," me dijo sonriendo. "Voy a darle una gran herencia. Puede ser que yo no logre mucho con mi vida, pero él va a lograr mucho más."

Los buenos padres siempre piensan en el futuro de sus hijos. Trabajamos duramente para legarles algún tipo de herencia. Todos los padres amorosos sueñan que sus hijos lograrán mucho más de lo que ellos lograron.

De muchas maneras, una relación similar existe entre Abraham y Cristo. Como vimos en el capítulo 5, el patriarca del Antiguo Testamento recibió bendiciones maravillosas de Dios. Dios lo separó del resto de la humanidad y le mostró su poder, paciencia, y perseverancia necesarias para alcanzar la bendición de la dignidad. Pero el patriarca esperó en Dios no únicamente por él, sino que puso la mirada más allá de sí mismo en un heredero futuro; uno que iba a lograr mucho más de lo que él logró en sus días. Este heredero fue Cristo.

En varias ocasiones, el apóstol Pablo identificó a Cristo como el heredero de las bendiciones de Abraham. En Gálatas 3:16, por ejemplo, él dice, "A Abraham fueron

hechas las promesas, y a su simiente. No dice: Y a las simientes, como si hablase de muchos, sino como de uno: Y a tu simiente, la cual es Cristo." En este pasaje, Pablo indicó que la promesa dada a la simiente de Abraham no fue dada simplemente a sus múltiples descendientes de una manera general, sino que fue dada a una simiente en especial. Como el extraordinario descendiente de Abraham, Cristo recibió las bendiciones de dignidad que habían sido prometidas al patriarca y a la nación de Israel. La herencia de Abraham vino a ser la herencia de Cristo.

Un aspecto de la herencia de Abraham era que él iba a tener una descendencia innumerable. Dios "lo llevó fuera, y le dijo: Mira ahora los cielos, y cuenta las estrellas, si las puedes contar. Y le dijo: Así será tu descendencia" (Gn. 15:5). El patriarca soñó con el día cuando sus descendientes serían incontables. ¿Cómo fue cumplida esta promesa? Abraham experimentó los inicios del cumplimiento cuando nació Isaac. Más adelante, Israel se multiplicó y llegó a ser una gran nación. Pero estas experiencias fueron ensombrecidas por la apostasía de Israel. Abraham tuvo muchos descendientes biológicos, pero la mayoría de ellos se apartaron de Dios. El aspecto espiritual de la multiplicación de Abraham terminó en ruina.

Al ver la continua rebelión del Israel actual, tenemos que preguntarnos si la esperanza de Abraham fue en vano. ¿Acaso el sueño de Abraham nunca se realizará? ¿Llenarán la tierra las imágenes redimidas de Dios o simplemente desaparecerán? El Nuevo Testamento declara que la promesa de multiplicación dada a Abraham es cumplida a través de su heredero especial. Cristo ha incrementado el número de los redimidos de una manera nunca antes vista.

En la primera venida de Cristo la multiplicación de los hijos de Abraham dio un salto gigante hacia adelante. Jesús y sus apóstoles lograron esto al añadir a los gentiles al remanente de Israel que creyó en Cristo. En la era del Nuevo Testamento, todo creyente, de todo pueblo y nación, es adoptado en la familia de Abraham:

Así Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia. Sabed, por tanto, que los que son de fe, éstos son hijos de Abraham. Y la Escritura, previendo que Dios había de justificar por la fe a los gentiles, dio de antemano la buena nueva a Abraham, diciendo: En ti serán benditas todas las naciones. De modo que los que de la fe son bendecidos con el creyente Abraham. (Gal.3:6-9).

De esta manera, Cristo llegó mucho más lejos de lo que Abraham y sus descendientes en el Antiguo Testamento llegaron. Al incorporar a los gentiles en la familia de Abraham, Cristo multiplicó la descendencia del patriarca inmensurablemente.

Sin embargo, cuando Cristo venga por segunda vez la multiplicación de los hijos de Abraham será aun mayor. La Biblia ofrece una descripción asombrosa de la humanidad en los cielos nuevos y tierra nueva. Delante del trono de Dios estarán todos los que fueron adoptados en la familia de Abraham provenientes "de todo linaje y lengua y pueblo y nación" (Apo. 3:6-9). Cuando Cristo regrese, la tierra entera será llena exclusivamente con los hijos de Abraham.

Otro aspecto de la herencia de Abraham era la promesa de una tierra. ¿Cómo fue cumplida esta bendición de dignidad? Abraham mismo pudo probar un poco de esta promesa al estar viajando por la tierra prometida. Él obtuvo un poco de la tierra cuando compró una sepultura para su esposa (Gen. 25:10). El Israel del Antiguo Testamento vio el cumplimiento de esta promesa en una manera más notoria a través de la conquista al mando de Josué y cuando se estableció la línea real de David. Sin embargo, la promesa del dominio sobre la tierra no fue cumplida en su plenitud en estos eventos. El pueblo de Israel fue expulsado de la tierra cuando se apartó de Dios. Relativamente muy pocos regresaron.

En su primera venida, Cristo comenzó el proceso de devolver el dominio a los descendientes de Abraham. Él redimió a algunos Israelitas en Palestina y les concedió un dominio nuevo. No obstante, Cristo fue mucho más lejos. Después de su resurrección, él le dijo a sus discípulos: "Pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra" (Hech. 1:8). En la medida en que el evangelio llegaba a otras tierras, la influencia cristiana se extendía. El dominio del pueblo de Dios se extendió de la frontera de Canaán hacia toda la tierra.

En la segunda venida de Cristo el dominio de la simiente de Abraham no tendrá límites. Se extenderá sin excepción alguna a todo el planeta. En aquel tiempo las huestes celestiales dirán a gran voz: "Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo; y él reinará por los siglos de los siglos" (Apo. 11:15).

A pesar de los fracasos del Israel del Antiguo Testamento, no debemos perder la esperanza de que los hijos de Abraham llenarán la tierra y tendrán dominio. Abraham no vio la bendición de Dios en su plenitud. Tampoco el Israel del Antiguo Testamento experimentó su grandeza potencial. Pero Cristo trae estas esperanzas a un final feliz. Cristo provee el último peldaño en la restauración de la imagen de Dios.

CRISTO Y MOISÉS

Durante la Segunda Guerra Mundial, los comandantes de las fuerzas aliadas estaban en gran desacuerdo con respecto a la estrategia que liberaría a Europa de la dominación Nazi. Un general insistía que su plan de ataque fuera aprobado, otros se inclinaban por una estrategia diferente. A veces sus desacuerdos amenazaban seriamente la unidad de la coalición. Pero al final, un solo plan emergió. Tal vez no fue la estrategia que todos deseaban, pero este plan de ataque condujo a la victoria final.

En el capítulo 6 vimos que Dios dio a Moisés el privilegio de preparar a Israel para conquistar la tierra de Canaán. En un mundo lleno de fuerzas opuestas a los caminos de Dios, la restauración de la dignidad sólo podía venir por medio de la guerra. Desafortunadamente, el plan de batalla de Dios era diferente a lo que muchos en Israel deseaban. Ellos esperaban llevar a cabo cierta estrategia, pero Dios dictó otra. No obstante, al final, el plan de ataque establecido por Dios condujo a su pueblo hacia la victoria que él había prometido.

¿Cuándo experimentó esta victoria el pueblo de Dios? Israel disfrutó de pequeños éxitos en muchas ocasiones. Los éxitos iniciales bajo el liderazgo de Josué fueron avances importantes. La derrota de los enemigos opresores por medio de los jueces trajo consigo bendiciones para la nación. La fuerza militar de David, Salomón y otros reyes de Israel extendió el poderío de la nación. Dios otorgó a su pueblo del Antiguo Testamento muchas victorias en la guerra santa.

Pero estas victorias nunca alcanzaron las alturas que predecían las promesas de Dios. De hecho, al final del período del Antiguo Testamento, Israel estuvo bajo el dominio de poderes extranjeros. Babilonios, Persas, Griegos, y Romanos reinaron sobre la tierra prometida por muchas generaciones. En vez de que Israel conquistara a los enemigos de Dios, las naciones malvadas conquistaron a Israel.

Durante el tiempo entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, el pueblo de Israel deseó con ansias que llegara el tiempo en el que Dios intervendría y les daría la victoria total que fue prometida mucho antes de Moisés y Josué. El Nuevo Testamento trajo buenas noticias para aquellos que anhelaban ver la culminación de la lucha por la dignidad. La victoria en la guerra santa fue lograda por Cristo. Tristemente, muchos Judíos en los días de Jesús esperaban que el Mesías tomara el trono en Jerusalén y les dirigiera a la victoria en el campo de batalla, para que después todas las bendiciones del Reino de Dios vinieran a la tierra. Sin embargo, cuando el Mesías apareció, su guerra santa tomó una forma bastante diferente, la cual era inaceptable para la mayoría de los judíos. Jesús no peleó una batalla física con consecuencias espirituales como ellos hubieran deseado; sino que peleó una guerra espiritual con consecuencias físicas que vendrían a largo plazo.

En su primera venida, Cristo inició una guerra santa espiritual al entrar él mismo a la batalla. Sus milagros comenzaron el proceso de la victoria. Eran batallas en contra de los poderes de las tinieblas que oprimían al pueblo de Dios. Jesús mismo explicó su ministerio en términos de una campaña militar: "Me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón, a pregonar libertad a los cautivos, y vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos" (Luc. 4:18).

Cristo, en su muerte y resurrección, arremetió decisivamente en contra del mal. Usualmente no nos referimos a estos grandes eventos como batallas, pero eso es precisamente lo que fueron. La muerte vicaria de Cristo canceló la maldición del pecado y destruyó el poder de las fuerzas de maldad que nos esclavizaban. Como Pablo lo dice: "Y despojando a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz" (Col. 2:15).

Más allá de esto, Cristo usó el poder de su resurrección para tomar cautivas a las fuerzas del mal. Después, desde el cielo derramó sus dones de victoria sobre la Iglesia: "Pero a cada uno de nosotros fue dada la gracia conforme a la medida del don de Cristo. Por lo cual dice: Subiendo a lo alto, llevó cautiva a la cautividad, y dio dones a los hombres . . . Y él mismo constituyó a unos apóstoles, a otros, profetas; a otros evangelistas; a otros, pastores y maestros" (Ef. 4:7-8, 11).

Como el Nuevo Testamento nos revela, Cristo derrotó al mal por medio de la cruz y distribuyó el gozo de la victoria por medio de su resurrección.

El aspecto espiritual de la batalla de Cristo continua aún hoy en la Iglesia. El está preparando a la Iglesia para continuar la batalla que él mismo comenzó. Por esta razón Pablo exhortó a los Efesios a que se unieran para la batalla espiritual:

Por lo demás, hermanos míos, fortaleceos en el Señor, y en el poder de su fuerza. Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo. Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes (Ef. 6:10-13).

Los creyentes alrededor del mundo están involucrados en una batalla espiritual en contra de los poderes de las tinieblas. El Maligno y sus ángeles constantemente buscan destruirnos. ¿Qué debemos entonces hacer? Dos veces el apóstol dice, "Vestíos de toda la armadura de Dios" (11, 13). ¿Cuáles son las partes de esta armadura? La lista es muy conocida: el cinto de la verdad, la coraza de justicia, las sandalias del apresto del evangelio, el escudo de la fe, el yelmo de la salvación, y la espada del espíritu (vrs. 14-17). Además de esta armadura, Pablo exhorta a los efesios a orar "en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu" (v.18).

Si seguimos el consejo de Pablo, el éxito en nuestra batalla espiritual está asegurado. Como él mismo dice: "Para que podáis resistir en el día malo, y habiendo acabado todo, estar firmes" (v.13). La guerra de Cristo continua hoy al permanecer usted y yo en la batalla empleando Su armadura y poder. De esta manera, podemos ver cumplido en nuestras vidas el aspecto espiritual de las promesas de Dios para el Israel de la antigüedad.

Las victorias logradas por Cristo en su primera venida son grandiosas, pero difícilmente pueden compararse con la batalla final que ocurrirá en su segunda venida. Cristo destruirá al "hombre de pecado" (2 Tes. 2:3) y enviará a Satanás y sus ejércitos al fuego eterno (Apoc. 20:10).

En aquel tiempo, la guerra santa de Cristo será culminada con una victoria catastrófica. El apóstol Juan describe el glorioso final de la guerra santa de Cristo:

Entonces vi el cielo abierto, y he aquí un caballo blanco, y el que lo montaba se llamaba Fiel y Verdadero, y con justicia juzga y pelea. Sus ojos eran como llama de fuego, y había en su cabeza muchas diademas; y tenía un nombre escrito que ninguno conocía sino él mismo. Estaba vestido de una ropa teñida en sangre; y su nombre es: El Verbo de Dios. Y los ejércitos celestiales, vestidos de lino finísimo, blanco y limpio, le seguían en caballos blancos. De su boca sale una espada aguda, para herir con ella a las naciones, y él las regirá con vara de hierro; y él pisa el lagar del vino del furor y de la ira del Dios

Todopoderoso. Y en su vestidura y en su muslo tiene escrito este nombre: Rey de Reyes y Señor de Señores (Apoc. 19:11-16).

¿Cuál será el resultado final de esta batalla? Los ejércitos de la tierra serán muertos con la espada que sale de la boca del que monta el caballo y todas las aves se saciarán de las carnes de ellos (Apoc. 19:21). Entonces, el pueblo de Dios se levantará y recibirá el botín de la victoria de Cristo como eterna posesión.

Moisés preparó a Israel para la guerra santa porque la dignidad de las imágenes redimidas de Dios vendría por medio de la batalla y victoria sobre el mal. El Israel del Antiguo Testamento experimentó solamente victorias temporales, y eventualmente sufrió una terrible derrota debido a su pecado. Pero no debemos desanimarnos. Nosotros podemos ver ahora que la batalla pertenece a Jesús. Él es el vencedor, él es aquel quien derrota al mal y le da la victoria a su pueblo. Cristo es el último peldaño en la restauración de la imagen de Dios.

CRISTO Y DAVID

"¡Cuatro años más! ¡Cuatro años más! ¡Cuatro años más!" así gritaba la multitud con la esperanza que cierto presidente norteamericano ganara las elecciones por segunda vez. Los éxitos que un presidente tiene durante su primer período de gobierno casi siempre aseguran la reelección. Todos esperan mejores cosas en el futuro. Los candidatos aseguran a sus fieles seguidores: "Hemos logrado mucho en el pasado, pero en el futuro aguardan cosas aun mayores para nuestro país."

En el capítulo 7, vimos cómo David celebraba su éxito político. En los días de David, Dios derramó una medida especial de su gracia sobre Israel para elevar a su pueblo a niveles más altos de dignidad. El llevó a la nación de ser una confederación informal de tribus a una nación fuerte. David y algunos de sus hijos lograron mucho cuando gobernaron sobre Israel.

Sin embargo, el Antiguo Testamento atestigua el triste final de la casa de David. El pecado de los hijos de David causó que Dios apartara el trono de Jerusalén. La nación y su rey fueron exiliados a Babilonia. Los profetas predijeron que un descendiente de David restauraría la nación. Las esperanzas se agitaron cuando Zorobabel condujo de vuelta a la tierra a algunos judíos y reconstruyeron el templo. Pero el deseo por un nuevo y justo David que se sentase en el trono de Jerusalén nunca se cumplió.

Cuando vemos el desorden actual del reino de Israel nos preguntamos que pasó con las promesas de Dios. ¿No prometió Dios a David una dinastía sin fin? ¿Qué pasó con las bendiciones del reino prometidas a Israel?

El Nuevo Testamento responde a estas preguntas identificando a Jesús como el heredero del trono de David. Mateo y Lucas nos presentan genealogías extensas para demostrar que él era descendiente de David (Mat. 1:1-17; Luc. 3:23-38). Jesús nació en Belén, la ciudad de David (Luc. 2:4-7). Jesús, como el heredero final de David, trae las incomparables bendiciones del reino a las imágenes redimidas de Dios. Él cumple todas

las expectativas de honor asociadas con el linaje real en maneras que van mucho más allá de lo que David y sus hijos lograron.

Las bendiciones del reino de Cristo abarcan un vasto conjunto de beneficios para la imagen de Dios. Para entender mejor lo que Cristo ha hecho por nosotros, nos enfocaremos en tres bendiciones que vinieron a través del linaje de David durante el período del Antiguo Testamento. Después veremos cómo Cristo trae estos dones para el pueblo de Dios en la era del Nuevo Testamento.

Primero, la casa de David debía proteger a Israel de cualquier mal. David y sus hijos tenían la responsabilidad de salvaguardar la nación. Aun cuando la conquista de la tierra menguó, la casa real tenía la responsabilidad de proveer seguridad. Por esta razón, los reyes de Israel erigieron murallas alrededor de las ciudades y mantuvieron ejércitos. Todos los miembros responsables de la casa de David ingeniaron medios para proteger a la gente.

Segundo, el linaje real de Judá debía asegurar la prosperidad del pueblo de Dios. Dentro de las murallas de la protección del reino, Israel prosperó más allá de cualquier medida. La justicia prevaleció cuando la ley de Moisés fue impuesta por el rey. La gente podía vivir y trabajar sin temor a los criminales. Las condiciones económicas mejoraron cuando los hijos de David cumplieron su deber apropiadamente. La gente prosperó cuando los reyes gobernaron con justicia la tierra. La casa de David no sólo protegió al pueblo de Dios de sus enemigos, sino que también trajo prosperidad a la tierra.

Tercero, la casa de David fue divinamente establecida para asegurar la presencia especial de Dios entre el pueblo. David pasó toda su vida preparándose para edificar el templo, un edificio permanente para la presencia de Dios. Salomón construyó el templo y centró su reino alrededor de él. Los reyes de Judá siempre tuvieron la responsabilidad de mantener el funcionamiento apropiado del templo. Sin la presencia de Dios, todos los esfuerzos de la familia real eran en vano. No podía haber protección o prosperidad sin la presencia de Dios. Dios respondía a las oraciones, sacrificios y cantos asociados con el templo derramando los beneficios de su reino sobre su pueblo.

Las bendiciones del reino con respecto a la protección, prosperidad y la presencia divina no cesaron con el Antiguo Testamento. Estas realidades antiguas anticiparon los grandes beneficios que habrían de venir con Cristo. Pero debemos recordar que Jesús otorga estas bendiciones del reino en dos fases. Él trae protección, prosperidad y presencia divina tanto en su primera como en su segunda venida.

En su resurrección y ascensión, Jesús subió al trono de David y empezó a reinar sobre la tierra. Tal y como Pedro dijo a los judíos en el día de Pentecostés:

Varones hermanos, se os puede decir libremente del patriarca David, que murió y fue sepultado, y su sepulcro está con nosotros hasta el día de hoy. Pero siendo profeta, y sabiendo que con juramento de Dios le había jurado que de su descendencia, en cuanto a la carne, levantaría al Cristo para que se sentase en su trono, viéndolo antes, habló de la

resurrección de Cristo, que su alma no fue dejada en el Hades, ni su carne vio corrupción. A este Jesús resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos. (Hech. 2:29-32)

Desde su preeminente posición, Jesús concedió al pueblo de Dios los beneficios del reino.

En esta etapa inicial, las bendiciones de Cristo fueron primordialmente espirituales en naturaleza. Jesús garantizó protección a sus seguidores: "Nadie las arrebatará de mi mano" (Jn. 10:28). Como también dice 1 Juan 4:4 "Mayor es el que está en vosotros, que el que está en el mundo." Ni seres humanos, ni fuerzas sobrenaturales pueden robar nuestra salvación en Cristo. Como nuestro rey, Jesús protege a cada uno de nosotros.

Cristo también bendice a su pueblo con prosperidad espiritual. Pablo dice que poseemos ahora "toda bendición espiritual en Cristo" (Ef. 1:3). Jesús dijo que él vino "para que tengan vida y para que la tengan en abundancia" (Jn. 10:10). Cristo garantiza prosperidad espiritual para la gente de su reino.

Finalmente, Cristo provee la presencia de Dios entre su pueblo. Cuando Jesús ascendió al cielo su presencia física fue removida. Pero él envió al Espíritu para consolar a sus seguidores con la seguridad de que Dios está cercano. "No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros" (Jn. 14:18). Por esta razón él pudo prometer a sus apóstoles, "Y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo" (Mat. 28:20).

Las bendiciones del reino que actualmente gozamos nos han sido dadas, pero debemos recordar que son primordialmente espirituales. Cristo no nos promete protección de todo mal físico durante esta fase del reino de Dios. De hecho, el advirtió que sus seguidores sufrirían y serían perseguidos: "Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán" (Jn. 15:20). Además, el reinado de Cristo no garantiza prosperidad material ni salud física hoy. Las pruebas de pobreza y enfermedad permanecen en muchos de nosotros. Pablo estaba "enseñado, así para estar saciado como para tener hambre, así para tener abundancia como para padecer necesidad" (Fil.4:12). Finalmente, Cristo tampoco nos brinda su presencia física por ahora. El está presente en el Espíritu, pero deseamos con ansias verle y tocarle de nuevo. La Iglesia por ahora sigue clamando: "Sí, ven Señor Jesús" (Apoc. 22:20).

Aunque por ahora Cristo sólo garantiza bendiciones espirituales, su protección, prosperidad y presencia llegarán a realizarse físicamente cuando el venga por segunda vez. En la nueva creación estaremos protegidos de cualquier tipo de mal, sea físico o espiritual. Los enemigos de Dios serán absolutamente destruidos y ya no tendremos nada que temer. "Luego el fin, cuando entregue el reino al Dios y Padre, cuando haya suprimido todo dominio, toda autoridad y potencia. Porque preciso es que él reine hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies. Y el postrer enemigo que será destruido es la muerte" (1 Cor. 15:24-26).

En la culminación del reino de Cristo recibiremos cuerpos físicos glorificados: "Y hay cuerpos celestiales, y cuerpos terrenales; pero una es la gloria de los celestiales y otra la de los terrenales . . . Así también es la resurrección de los muertos" (1 Cor. 15:40. 42).

Toda enfermedad y pesar se acabarán. "Ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor" (Apoc. 21:4). Finalmente, cuando Cristo regrese ya no tendremos que anhelar el estar en su presencia porque él estará entre nosotros. Tendremos la presencia de Cristo tanto espiritual como físicamente. Juan, en su visión de la Nueva Jerusalén no vio "en ella templo, porque el Señor Dios Todopoderoso es el templo de ella, y el cordero" (Apoc. 21:22).

Cristo cumplió las esperanzas y expectativas del linaje de David. El trae las bendiciones del reino de Dios a aquellos que le sirven fielmente. David y sus hijos trajeron grandes beneficios para el pueblo de Dios, pero esas bendiciones del Antiguo Testamento no alcanzaron la medida de dignidad para la cual fuimos diseñados. Solamente Cristo trae las bendiciones del reino plenamente. Él es el último peldaño en la restauración de la imagen de Dios.

CONCLUSIÓN

En este capítulo hemos visto que la primera y segunda venidas de Cristo forman el último y más importante peldaño en nuestra restauración. Como el postrer Adán, Cristo revirtió los efectos del pecado de Adán. Como Noé, él trajo juicio y un nuevo mundo. Cristo heredó y repartió las promesas dadas a Abraham. Como Moisés preparó a Israel para la guerra, Jesús ganó la victoria para el pueblo de Dios. Como David, Cristo trajo las bendiciones del Reino de Dios para nosotros. La restauración total de la imagen de Dios finalmente depende de los esfuerzos de una sola persona, en quien debemos poner todas nuestras esperanzas: Jesucristo. Él es el último peldaño hacia la dignidad.

PREGUNTAS DE REPASO

1. ¿Por qué el Nuevo Testamento habla acerca de Cristo como el "postrer Adán"? ¿Cómo fueron revertidos los efectos del pecado de Adán por Cristo?
2. Explique como Cristo es semejante a Noé en su primera y segunda venida
3. ¿Qué conexión hace el Nuevo Testamento entre Jesús y Abraham? ¿Qué implicaciones tiene esta conexión?
4. ¿Cómo culminó Cristo la guerra santa iniciada por Moisés y Josué?
5. ¿Qué bendiciones del reino trae Cristo como el hijo de David?

EJERCICIOS DE DISCUSIÓN

1. ¿Por qué el capítulo se titula "Llegando al último peldaño"?
2. Mencione cinco razones por las cuales usted y yo no podemos poner nuestra confianza en Adán, Noé, Abraham, Moisés y David. ¿Por qué tenemos que mirar únicamente a Cristo para ser restaurados?
3. Elabore cuatro comparaciones positivas y negativas entre Cristo y Noé, Abraham, Moisés, y David. ¿Cómo le llevan estas comparaciones a poner toda su confianza sólo en Cristo para ser restaurado?

4. Identifique cinco maneras en las que la primera venida de Cristo no nos restaura totalmente a la dignidad? ¿Cómo será nuestra restauración completa cuando Cristo regrese?

Capítulo 10

Esperando con Paciencia hasta Llegar

"¿Hemos llegado?" los niños preguntan desde el asiento trasero. "¿Cuánto tiempo falta? . . . ¿Qué tan lejos está todavía?" Lo mismo ocurre en casi todo viaje de vacaciones familiares y esto, vuelve locos a los padres.

"¡Estamos a cincuenta metros más cerca que la última vez que preguntaron!" el padre grita con frustración.

Entonces, la mamá interviene para mantener la paz, y aconseja: "Este viaje nos llevará algo de tiempo niños . . . tendrán que esperar con paciencia hasta que lleguemos."

Los viajes largos son difíciles para los niños. Ellos se sienten atrapados en el asiento trasero. Nosotros sabemos que el viaje no tardará demasiado; por lo tanto, los animamos a esperar con paciencia hasta llegar a nuestro destino.

Este libro nos ha llevado por un largo recorrido. Hemos visto cómo Dios hizo a la raza humana en el principio, lo que hemos hecho de nosotros mismos a través de la historia, y lo que Dios ha hecho posible para nosotros a través de sus regalos de gracia en los días de Noé, Abraham, Moisés, David y Cristo. Hemos ya avanzado mucho en el sendero hacia la dignidad pero nos queda aún mucho camino por recorrer. Aunque Dios ya ha logrado mucho para el beneficio de la humanidad, cada uno de nosotros tiene que enfrentar la lucha de vivir antes de la segunda venida de Cristo. En ocasiones vemos nuestras vidas y nos preguntamos, "¿Cuánto más hay que recorrer? ¿Cuánto tiempo faltará? ¿Cómo podemos soportar el haber llegado tan lejos, pero no lo suficientemente lejos? ¿Cómo podemos esperar con paciencia hasta llegar?"

En este capítulo examinaremos Romanos 8:17-39 para encontrar dirección para el último trecho de nuestro viaje. Este pasaje describe dos realidades que nos aguardan en la vida cristiana. Por un lado, aprendemos que nuestro caminar en Cristo está acompañado de sufrimiento. Aunque sea tan maravilloso seguir a Cristo, el sendero hacia la dignidad es todavía un camino de aflicción. Por otro lado, también encontramos que hay ayuda para aquellos que están abatidos y cansados en sus pruebas. Dios nos ha provisto fuentes de ánimo para que continuemos caminando hacia adelante. Debemos adoptar ambos aspectos de la vida cristiana si tenemos la esperanza de terminar nuestro viaje hacia la dignidad. Debemos tomar en cuenta el sufrimiento al cuál hemos sido llamados y echar mano de las fuentes de ánimo que Dios ha puesto a nuestra disposición.

NUESTRO LLAMADO A SUFRIR

Me encanta escribir. No, eso no es verdad. Me encanta ver un libro terminado. Cuando veo uno de mis libros sobre la repisa tengo un gran sentimiento de satisfacción -- aunque el proceso de escribir casi me matara. Algunos de mis colegas pueden escribir con la facilidad con la que hablan, pero yo no. Cada página representa un prueba dolorosa. Nunca es fácil editar y reeditar, una y otra vez . ¿Por qué soporto toda esta agonía? La respuesta es simple. No puedo terminar de escribir un libro a menos que soporte el sufrimiento que esta actividad requiere. No puedo gozar la satisfacción sin haber soportado el sufrimiento.

En la segunda mitad del capítulo ocho de Romanos, Pablo describe la vida cristiana en una manera similar. Pablo presenta el tema del sufrimiento al resumir las bendiciones que los hijos de Dios reciben: "Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados" (Rom. 8:17).

Como hijos de Dios esperamos confiadamente recibir una gran herencia de nuestro Padre celestial. Somos coherederos con Cristo, compartiendo la dignidad de sus riquezas maravillosas. Pero como Pablo indica en este pasaje, no somos únicamente coherederos del honor de Cristo. Somos coherederos también de sus sufrimientos; nosotros sufrimos como Cristo sufrió.

El apóstol Pablo nos ha tirado una bola con efecto ¿No es así? De principio a fin en este libro nos hemos enfocado en la dignidad y no en el sufrimiento. Hemos visto el plan de Dios para remover la ignominia de su pueblo y restaurarlo totalmente a su gloriosa imagen. Pero ahora Pablo nos dice que los Cristianos heredan los sufrimientos de Jesús. ¿Qué parte tiene el sufrimiento en el plan de Dios para restaurarnos a la dignidad?

Aunque parezca misterioso, Dios ha establecido el sufrimiento como una senda hacia la dignidad. Por medio de sobrellevar pacientemente las penalidades de la vida recibimos gloria. Notemos otra vez con qué claridad Pablo nos lo dice: "Si es que para padecemos juntamente con él, que juntamente con él seamos glorificados" (Rom. 8:17, énfasis añadido). Simplemente no podemos disfrutar de la gloria de Cristo sin participar de su sufrimiento.

Para entender el lugar que tienen las aflicciones en la vida cristiana, debemos tener bien en claro qué tipo de sufrimiento Pablo tenía en mente. Los problemas vienen a la vida de los creyentes por muchas razones. Podemos distinguir por lo menos tres tipos de sufrimiento.

Primero, nuestras vidas son acribilladas con dificultades simplemente porque vivimos en un mundo caído en pecado. Dios no ha retirado totalmente la maldición que puso sobre la creación cuando Adán y Eva pecaron (Gen. 3:16-19). Ni aún Cristo nos libró totalmente de los problemas que nuestros primeros padres nos legaron. Los creyentes pasan por muchos sufrimientos que son comunes a toda la raza humana. A veces, somos víctimas de injusticias; pasamos por la destrucción causada por la guerra; sufrimos la devastación causada por fenómenos naturales; nos enfermamos y morimos. Este tipo de dificultades no ocurren porque hayamos desobedecido a Dios personalmente, sino que las experimentamos porque vivimos en un mundo que fue maldecido por el pecado de Adán.

Segundo, los creyentes también sufren a consecuencia de su propio pecado. Muchas desgracias en nuestras vidas vienen porque transgredimos los preceptos morales de Dios. El adulterio conduce al divorcio; el robo, al encarcelamiento. Sufrimos este tipo de problemas porque son consecuencias de nuestra desobediencia. Además, nuestros pecados a menudo traen sobre nosotros el castigo de Dios. El disciplina a sus hijos que

se alejan por medio de dificultades para traerlos de nuevo a la senda de justicia (Heb. 12:10). De ambas maneras, nuestros pecados personales causan sufrimiento en nuestras vidas.

Estos problemas hacen que la vida sea bastante difícil, pero esto no es lo que Pablo tiene en mente cuando dice: "si es que padecemos juntamente con él" (Rom. 8:17). El está hablando de un tercer tipo de sufrimiento, esto es, las dificultades que Dios ha establecido específicamente para los seguidores de Cristo. Experimentamos aflicciones porque Dios nos ha llamado a sufrir.

Todo cristiano ha sido llamado a sufrir por lo menos de dos maneras. Por un lado, participamos de los sufrimientos de Cristo porque nuestra devoción por él enfurece al mundo. Las palabras de Jesús son pertinentes en este punto: "Si el mundo os aborrece, sabed que a mí me ha aborrecido antes que a vosotros" (Juan 15:18). Estamos con Aquel a quien odia el mundo de tinieblas. Por consiguiente, los incrédulos nos persiguen, tal y como a él le persiguieron.

La Historia registra un sinnúmero de cristianos que han sufrido pruebas terribles a manos de incrédulos. Aun hoy muchos creyentes sufren persecuciones horribles en algunas partes del mundo. La influencia que el evangelio tiene en muchas naciones evita que muchos de nosotros suframos severamente, pero el odio que el mundo tiene hacia las imágenes redimidas de Dios todavía se deja sentir. Organizaciones profesionales nos rechazan. Nuestros vecinos y familiares nos excluyen. De estas y muchas otras maneras sufrimos por Cristo porque el mundo se manifiesta en nuestra contra.

Pablo le advirtió a Timoteo que "todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución" (2 Tim. 3:12). Estas palabras nos deben llevar a reflexionar en nuestras propias vidas. Si usted y yo no estamos experimentado algún tipo de dificultad con el mundo, entonces debemos empezar a cuestionar la firmeza de nuestra entrega a Cristo. Aquellos que siguen el llamado de Jesús están situados en el blanco de ataque de los incrédulos. El conflicto y la persecución son inevitables.

Por otro lado, los cristianos también sufrimos porque Dios nos ha llamado a negar nuestros propios deseos y a adoptar una vida de servicio sacrificado. Este aspecto de la experiencia cristiana es evidente en varios pasajes del Nuevo Testamento. En 2 Corintios 1:5, Pablo escribió que "abundan sobre nosotros las aflicciones de Cristo." La humillación y el servicio no fueron solamente para Jesús sino que sus sufrimientos llegan a ser experimentados por la Iglesia. De manera similar, Pablo habló de su ministerio diciendo "Cumpro en mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo por su cuerpo, que es la iglesia" (Col. 1:24). Continuamos en los sufrimientos de Cristo al seguir sus pasos de servicio sacrificado.

Cuando los hombres y mujeres ponen su fe en Cristo, Dios sobrenaturalmente los une a la muerte y resurrección de Cristo (Rom. 6:1-7). En efecto, lo que le ocurrió a él hace dos mil años, nos ocurre a nosotros: hemos "muerto al pecado" (v.2) y hemos resucitado a una "vida nueva" (v.4). Sin embargo, mientras vivimos este aspecto de gloria, nuestra

unión con Cristo también conlleva el continuar su humillación terrenal. Cristo "no vino para ser servido, sino para servir" (Marcos 10:45). El, "por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico" (2 Cor. 8:9). Él abandonó su propia honra para "buscar y salvar lo que se había perdido" (Luc. 19:10). Él "se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz" (Fil. 2:8). Vivir para Cristo es vivir como él vivió. No buscamos el ser servidos, sino el servir; no nos esforzamos por ganar los tesoros de esta vida, sino por perderlos por amor a él.

Como podemos ver, Dios no simplemente nos ha llamado a *soportar* el sufrimiento por amor de Cristo. El espera que *voluntariamente* estemos dispuestos para sufrir. ¿Qué dijo Jesús? "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame" (Luc. 9:23). Seguir a Cristo implica el estar dispuesto a sufrir dificultades. Pablo expresó el deseo que debe estar en nuestros corazones cuando dijo, "a fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos" (Fil. 3:10). Los creyentes no deben sufrir por Cristo de mala gana, sino que debemos anhelar la participación de sus padecimientos.

Todo soldado honorable merece nuestro respeto. Ellos enfrentan circunstancias amenazadoras y a menudo sacrifican sus vidas por el bien de otros. Debemos reconocer el valor que todo soldado tiene, pero nuestros corazones rebosan de admiración especial por aquellas personas que voluntariamente se ofrecen para ir a la guerra. Estas personas libremente dejan a un lado sus metas en la vida, sus hogares y seres queridos por vivir, y quizá hasta morir, por el bien de otros.

Seamos honestos. La mayoría de las veces sufrimos porque es inevitable, y no porque estemos voluntariamente dispuestos a sufrir. Cuando los eventos que salen de nuestro control nos causan sufrimiento tratamos de sobrellevar la carga lo mejor posible. Pero rara vez intencionalmente negamos nuestros propios deseos con el fin de tomar la cruz de Cristo. Estamos demasiado preocupados en nuestro bienestar personal como para sufrir voluntariamente. Sin embargo, como coherederos de los padecimientos de Cristo debemos dejar a un lado nuestras metas personales por causa del reino. Por supuesto que debemos ser administradores sabios de las posesiones y éxitos que Dios nos da en este mundo. Pero los hombres y mujeres cuyo único propósito en la vida es acumular posesiones y ejercer poder terrenal, dejan de vivir como aquellos que han sido unidos a Cristo. Dios nos ha llamado a buscar maneras en las que podamos compartir los sufrimientos de Cristo.

Tengo un amigo que sabe cómo negarse a sí mismo por Cristo. Dejó su casa de clase media alta y fue a vivir a los barrios bajos de la ciudad para ministrar a los adolescentes. Rápidamente entabló amistad con varios jóvenes y los invitó a su departamento para un estudio bíblico. Después de haber estudiado las Escrituras más o menos una hora, mi amigo fue a una tienda cercana a comprar refrescos. Al regresar veinte minutos más tarde encontró que sus nuevos conocidos le habían robado su televisión, su estéreo y su bicicleta.

"¿Cómo te sentiste?" le pregunté.

"Al principio estaba enojado" me confesó, "pero después comprendí. Si Jesús sacrificó tanto por mí, entonces yo puedo sacrificar estas pequeñas cosas por él".

¿Cómo quiere Dios que usted y yo suframos? Cada persona debe decidir individualmente delante del Señor. Dios llama a algunos cristianos a sacrificarse de una manera radical. Las misiones en el extranjero, el servicio a los pobres, y un sinnúmero de llamados similares requieren una negación tremenda de uno mismo. Dios llama a otros cristianos a ofrecerse voluntariamente para sufrir de otras maneras. Podemos ofrendar generosamente para algún ministerio cristiano en vez de guardar para nosotros mismos todo dinero adicional que tengamos. Podemos donar tiempo para el evangelismo y el servicio en vez de ocupar nuestras vidas en nuestros propios proyectos. Podemos escoger alguna carrera que honre a Cristo en vez que a nosotros mismos. Podemos esforzarnos por salvar nuestro matrimonio en vez de buscar el divorcio. Podemos abrir las puertas de nuestras casas para personas en necesidad en vez de comprarnos un carro nuevo. Podemos visitar a los ancianos y a los enfermos en vez de ver televisión. Las oportunidades son incontables si tan sólo las buscamos.

Desafortunadamente, muchos grupos cristianos han apartado la mirada de nuestro llamado a sufrir. En algunos círculos, la necesidad del sufrimiento es reemplazada por un énfasis en la prosperidad material. Simplemente escuche programas cristianos en la radio y televisión. Con toda seguridad escuchará a algunos predicadores diciendo a sus oyentes que no tienen necesidad de pasar por dificultades. "El Señor quiere que tú prosperes," ellos insisten. "¡Simplemente cree que tendrás ese carro nuevo y esa casa grande que tanto deseas!" La prosperidad en sí misma no es mala. "El amor al dinero" -- no la posesión de dinero -- "es la raíz de todos los males" (1 Tim. 6:10). De hecho, los cristianos ricos tienen oportunidades tremendas para usar sus recursos para Cristo. No obstante, un énfasis desmedido en la prosperidad material, a menudo causa que dejemos de preguntar a Dios cómo quiere él que nos neguemos a nosotros mismos por Cristo.

Cuando la prosperidad material llega a ser nuestra prioridad en la vida, entonces debemos recordar la pobreza de Jesús. Él dijo, "Las zorras tienen guaridas, y las aves de los cielos nidos; mas el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar la cabeza" (Lucas 9:58). A Cristo no le faltaba fe. Tampoco estaba fuera de la voluntad de Dios. Él simplemente sabía que Dios le había llamado para servir sacrificadamente. La fe de Cristo en su Padre le llevó a negarse a sí mismo las riquezas de este mundo para obtener la gloria del mundo venidero. Como hombres y mujeres unidos a Cristo debemos estar listos para sufrir de la misma manera.

En algunos círculos, los ojos del creyente han sido apartados del sacrificio voluntario debido a un énfasis desmesurado en obtener poder e influencia en el mundo. Ellos claman: "Los cristianos deben llegar a ser líderes y establecer principios cristianos. ¡Para lograr esto necesitamos tener poder!"

Este punto de vista tiene un elemento importante de verdad. Cristo llamó a sus seguidores para ser sal y luz del mundo (Mat. 5:13-16). Cumplimos el mandato cultural al tomar el liderazgo en cada aspecto de la cultura. Pero existe un peligro serio detrás del

énfasis desmedido en este aspecto de nuestras vidas. Nuestras esperanzas y sueños llegan a estar tan fácilmente ligados al éxito que no podemos distinguir las maneras en las que debemos sacrificarnos. "¡Asciende hasta la máxima posición corporativa! ¡Llega hasta la cima!" generalmente decimos. No me mal entiendan. Teniendo los motivos apropiados el llegar a puestos de liderazgo en cualquier campo puede considerarse un acto de negación personal. Los líderes buenos no viven para ellos mismos, sino son servidores dedicados. Pero debemos ser cuidadosos de no enfocarnos tanto en la adquisición de poder que olvidemos la importancia de negarse a uno mismo en esta vida.

El reino de Cristo ha dado grandes pasos en su influencia en el mundo y seguirá avanzando en el futuro. Podemos estar seguros de que "las puertas del Hades no prevalecerán" contra él (Mat. 16:18). Aun así, la historia nos enseña que el reino de Cristo influye más al mundo cuando dejamos de estar arraigados al poder terrenal y adoptamos los sufrimientos a los que hemos sido llamados. En nuestras debilidades el poder de Cristo es manifestado (2 Cor. 12:9).

Debemos esperar sufrimiento en nuestro viaje por el sendero hacia la dignidad. Los creyentes pasan por problemas comunes en el mundo y afrontan las consecuencias del pecado. Pero más que esto, Dios nos llama a sufrir voluntariamente experimentando persecución y sacrificando nuestros propios deseos por amor a El. Con tal cantidad de sufrimiento delante de nosotros una pregunta honesta viene a nuestra mente. ¿Cómo podremos continuar avanzando en el sendero hacia la dignidad con todas estas dificultades? Pablo responde esta pregunta en el resto del capítulo ocho de Romanos.

ANIMADOS POR EL FUTURO

Cualquier persona que ha estado en un hospital por mucho tiempo le puede decir que la experiencia puede llegar a ser abrumadora. El desánimo prontamente se convierte en depresión al estar acostado en una cama semana tras semana. Recuerdo una ocasión cuando platiqué con un enfermo de cáncer que mantenía una actitud extraordinariamente positiva durante su larga estancia en el hospital. "¿Cómo es que usted mantiene esa actitud tan positiva?" le pregunté.

"Yo sé que voy a mejorar", me explicó. "Lo que me acontece ahora lo veo a la luz de mi futuro."

Hemos visto que los cristianos deben esperar e inclusive ofrecerse voluntariamente para sufrir en esta vida. Sin embargo, algunas veces estas dificultades nos consumen. Como los pacientes en un hospital nos sentimos abrumados por nuestros problemas. ¿Qué debemos hacer cuando esta ansiedad surja dentro de nosotros? Debemos mirar nuestros sufrimientos desde la perspectiva del futuro.

Pablo confiadamente afirma que las penalidades del presente no se comparan con nuestro maravilloso futuro. Pablo claramente dice: "Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse" (Rom. 8:18). Aunque la vida cristiana trae consigo sufrimientos, el brillo de nuestro destino final aleja las sombras de las pruebas. Las dificultades presentes se reducen a nada al ser comparadas con nuestra gloria futura.

Estas palabras no vienen de un teólogo de escritorio. Estas verdades no eran solamente teoría en la vida de Pablo. Él habló como alguien cuya vida estaba llena de negación personal por Cristo. Sólo unos cuantos santos han pasado por tantas pruebas como él. Él dejó su tierra natal, viajó a través de mares amenazadores, y predicó a multitudes enfurecidas. Fue acusado falsamente, golpeado y encarcelado. Él se ofreció voluntariamente para sufrir estas y muchas otras pruebas por amor de Cristo. Sin embargo, Pablo sabía cómo mirar sus sufrimientos desde una perspectiva correcta. Las pruebas no lo consumieron porque él mantenía firme su esperanza en la segunda venida de Cristo. El reconocer la gloria de la consumación hacía que las dificultades de la vida se vieran insignificantes. Sus aflicciones no eran comparables con la gloria venidera (Rom. 8:18).

Un día un ministro amigo vino a mí con una carga muy pesada en su corazón. Su ministerio estaba hecho un caos. Un grupo de miembros enojados habían abandonado su iglesia y él estaba profundamente desanimado. "No creo poder soportar más" dijo, "Doy todo lo que tengo y no recibo nada a cambio. Simplemente no vale la pena".

Este ministro estaba más cerca de la verdad de lo que él se daba cuenta. Los sacrificios que él hacía como siervo de la iglesia no valían la recompensa que estaba recibiendo en esta vida. Sólo experimentaba unas cuantas satisfacciones por aquí y por allá. Sus pequeños logros le traían momentos de alivio de sus luchas, pero cada nuevo día le conducía a situaciones que demandaban una negación personal aun mayor. Mientras mantuviera su corazón enfocado en las recompensas de este mundo, seguiría concluyendo que su dolor no valía la pena.

De vez en cuando todos nosotros enfrentamos este tipo de desánimo. Nos dedicamos intensamente a educar a nuestros hijos. Nos esforzamos por vivir como buenos empresarios cristianos. Invertimos con sacrificio tiempo y energía en ministerio tras ministerio. Pero ¿qué tenemos para mostrar después de tantos años de servicio? Solamente demandas para sacrificarnos aun más. "Si esto es todo lo que obtengo a cambio de mi sufrimiento, entonces ya no puedo continuar más," nos lamentamos.

El costo de nuestro sacrificado servicio a Cristo no se compensa con los resultados que vemos en esta vida. Ciertamente recibimos bendiciones que nos animan bastante: éxito en los negocios, hijos fieles al Señor y buena salud. Pero estos regalos por sí solos no pueden sostener a aquellos cuyas vidas están llenas de sufrimiento voluntario. Vía Estos regalos para ellos son simplemente unos cuantos momentos de alivio en su Dolorosa. Para superar el desánimo que a menudo acompaña al sufrimiento, debemos seguir el ejemplo de Pablo, dejando de fijarnos en esta vida y poniendo atención en nuestra recompensa en el mundo venidero.

Nuestros problemas se complican aún más por otro factor. Aun cuando pensamos en lo maravilloso que será el regreso de Cristo, rara vez tenemos en mente algo más que nuestra salvación personal. La redención personal es un maravilloso regalo de Dios.

Esperamos anhelantes la vida eterna en la que no habrán tristeza, culpa, o decepciones. Pero nuestra visión necesita ser ampliada si es que esperamos que el futuro nos anime.

Cuando Pablo reflexionaba en la segunda venida de Cristo su enfoque estaba en algo mayor que su salvación personal. El reflexionaba en la asombrosa redención cósmica que ocurrirá en el futuro.

Porque el anhelo ardiente de la creación es el aguardar la manifestación de los hijos de Dios. Porque la creación fue sujeta a vanidad, no por su propia voluntad sino por causa del que la sujetó en esperanza; porque también la creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios. Porque sabemos que toda la creación gime a una y a una está con dolores de parto hasta ahora (Rom. 8:19-22).

Algo mucho más espectacular que la salvación de nuestras almas nos está aguardando al final del sendero hacia la dignidad. La culminación de nuestra restauración estará acompañada por una renovación de toda la creación. El universo cayó bajo la maldición de Dios cuando Adán y Eva pecaron. La maravillosa creación fue sujeta a inutilidad y deterioro, pero no quedó sin la esperanza de un futuro luminoso. Cuando Cristo regrese y nos rescate de la maldición de la muerte, también renovará dramáticamente toda la creación de Dios: las montañas y los valles, los desiertos y los mares, las plantas y los animales. Nuestro sistema solar, la galaxia, y aún el universo entero serán restablecidos a su esplendor original. La armonía reemplazará la discordia. La belleza reemplazará al deterioro y la destrucción. Entonces vendrá la parte más asombrosa de todo esto. Toda esta nueva creación, cada centímetro de ella, será puesto a nuestros pies para siempre. "Los mansos," dijo Jesús, "recibirán la tierra por heredad" (Mat. 5:5)

Pablo llenaba su corazón con el pensamiento de la gran redención futura en Cristo. Cuando las dificultades venían, él se llenaba de la gloriosa idea de reinar en una nueva creación libre de inutilidad. Miraba con gozo inefable la felicidad plena que tendría en el futuro. Con esta perspectiva del futuro él podía ver sus sufrimientos presentes y saber que *si* valían la pena.

Un ex-alumno mío falleció recientemente. Hacía ya dos años que los doctores le pronosticaron unos cuantos meses más de vida. El sufría de dolor y fatiga pero se mantuvo en el ministerio hasta el final. Él y su esposa me vinieron a visitar un día y tuve la oportunidad de hacerle algunas preguntas difíciles. "¿Cómo haces para seguir adelante cuando sabes que vas a morir pronto?" le pregunte. Nunca olvidaré su respuesta.

"Mira, Richard," me dijo mientras sonreía, "el llegar a la presencia de Jesús, ahora es mucho más real para mí que antes. Me sostengo ahora, debido a que puedo ver mucho mejor que antes cuán bueno será el llegar al hogar celestial".

Esas palabras han venido a mi mente una y otra vez. Me dan fortaleza cuando me siento fatigado. Usted también puede hacerlas parte de su vida. Cuando los problemas le hagan desfallecer, mire hacia adelante y vea cuán bueno será el llegar al hogar donde existen

cielos nuevos y tierra nueva. La gloria del futuro es la fuente de ánimo que Dios ofrece para todos aquellos que ahora sufren.

ANIMADOS POR EL ESPÍRITU

Todos hemos escuchado a cerca de las cosas horribles por las que pasan los prisioneros de guerra. Los soldados cautivos experimentan tortura, privaciones y enfermedad. Pero una cosa se distingue por su grado de crueldad: la prisión dentro de la prisión, esto es, confinamiento solitario. Al estar privado de cualquier contacto con los otros, el prisionero de guerra en confinamiento solitario no tiene ningún medio para sostenerse y animarse. La prisión, comparada con el confinamiento solitario, es un universo de libertad donde los prisioneros pueden animarse y ayudarse mutuamente. Pero en el confinamiento solitario el prisionero de guerra está totalmente aislado y tiene que sobrellevar su cautividad a solas.

Como hemos visto, los cristianos han sido confinados a un tiempo de sufrimiento antes de recibir la gloria de Cristo. Esperamos anhelantes el día de nuestra liberación, pero ese día a menudo parece estar demasiado lejos. Necesitamos algo que, aquí y ahora, aligere nuestra carga. ¿Qué ánimo podemos encontrar en esta vida? ¿Hay alguien con quién compartir nuestras cargas, o tenemos que sufrir a solas en confinamiento solitario?

En Romanos 8:22-27, Pablo continúa sus palabras de aliento dirigiendo nuestra atención hacia el ánimo que podemos encontrar en medio de nuestras pruebas. Él afirma que a veces seguir a Cristo puede ser muy difícil, pero también nos recuerda que no estamos solos cuando pasamos por problemas. Dios ha enviado su Espíritu para ayudarnos a sobrellevar la cruz del sufrimiento:

Porque sabemos que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora; y no sólo ella, sino que también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo. Porque en esperanza fuimos salvos; pero la esperanza que se ve, no es esperanza; porque lo que alguno ve ¿a qué esperarlo? Pero si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo aguardamos. Y de igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles. Mas el que escudriña los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu, porque conforme a la voluntad de Dios intercede por los santos. (Rom. 8:22-27)

Pablo empieza este pasaje admitiendo una verdad importante. El reconoce honestamente que los cristianos a menudo "gemimos dentro de nosotros mismos" (v. 23) cuando estamos bajo las presiones del sufrimiento. A veces nuestras vidas llegan a ser tan difíciles que no sabemos "qué hemos de pedir" (v.26).

Pero al estar en esta condición, no estamos solos. Tenemos "las primicias del Espíritu" (v.23), quien "nos ayuda en nuestra debilidad" (v.26). El Espíritu realiza muchas cosas para ministrarnos pero Pablo se enfoca en un aspecto particular de su obra. Cuando gemimos por el peso de la espera de nuestra gloria futura, el Espíritu también "intercede

por nosotros con gemidos indecibles" (v.26). El Espíritu Santo siente nuestro dolor y lleva nuestras cargas ante el Padre. Sus oraciones no son oraciones comunes y corrientes: "Mas el que escudriña los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu, porque conforme a la voluntad de Dios intercede por los santos" (v.27).

Nuestro Padre celestial escucha las plegarias del Espíritu porque él siempre intercede en la manera que a Dios le complace. Cuando estamos desalentados y descorazonados al grado que no podemos ni siquiera hablar, el Espíritu cuida de nosotros y habla por nosotros.

A primera vista, tenemos que preguntarnos si las palabras de Pablo tienen alguna aplicación para aquellos que sufren. Después de todo, la intercesión del Espíritu Santo es imperceptible. No podemos escucharle cuando está compartiendo nuestras cargas, tampoco podemos observar sus súplicas al Padre. ¿Cómo puede una enseñanza tan abstracta como esta ofrecernos ánimo en la vida práctica? ¿Qué consuelo podemos obtener de un ministerio del Espíritu Santo que no podemos percibir?

En un sentido, por el simple hecho de conocer esta verdad teológica recibimos cierto grado de consuelo. Nos hace mucho bien el entender que el Espíritu Santo está con nosotros cuando sufrimos. Como ocurre también con otras tantas doctrinas de la Escritura, aceptar esta realidad invisible nos ayuda a entender apropiadamente el mundo visible en el que vivimos. Cuando aprendemos que el Espíritu de Dios gime juntamente con nosotros, recibimos consuelo. Cuando creemos que él ora perfectamente en nuestro lugar, somos fortalecidos. Aún consideradas como verdades abstractas, estas creencias ofrecen cierto grado de ayuda para aquellos que sufren.

Sin embargo, al mismo tiempo, si reducimos a una abstracción la obra del Espíritu Santo nos será muy difícil sentir el consuelo que Pablo ofrece en este pasaje. Para entender el significado total de sus palabras debemos recordar algo a cerca de los cristianos de Roma a quienes él escribió.

Pablo transmitió a sus lectores originales mucho más que una verdad teórica. Los creyentes en Roma habían experimentado la realidad de la presencia del Espíritu en maneras que van mucho más allá de la experiencia actual de la mayoría de los creyentes. Sus vidas estaban llenas de manifestaciones observables del Espíritu Santo por donde quiera que miraban. Consideremos la lista de dones espirituales que existían en la Iglesia de Roma: profecía, servicio, enseñanza, exhortación, repartición, liderazgo y misericordia (Rom. 12:3-8). El Espíritu Santo no era un extraño para los lectores de Pablo. Todos los días veían demostraciones asombrosas de su poder y amor. Su presencia no era algo que ellos aceptaran intelectualmente a pesar de su experiencia real. Al contrario, ellos conocían al Espíritu Santo debido a su experiencia diaria. Las palabras de Pablo a cerca del ministerio imperceptible del Espíritu Santo fortalecieron los corazones de la Iglesia en Roma porque ellos veían día tras día evidencia de la presencia del Espíritu en sus vidas.

Cuando mi esposa y yo éramos estudiantes, ganábamos dinero extra cuidando casas y niños mientras sus padres viajaban. En una ocasión, un niño pequeño se cayó y se

lastimó mucho su rodilla. Traté de consolarlo sin éxito alguno. Lloraba y lloraba por su mamá. Después de alrededor de una hora decidimos hacer una llamada de larga distancia a la mamá del niño. Cuando el niño oyó la voz de su madre comenzó inmediatamente a calmarse. Aunque su madre estaba muy lejos, su dolor menguó porque sabía que su mamá estaba compartiendo su herida.

¿Por qué esa llamada telefónica causó tal cambio? Ese niño estaba acostumbrado a estar con su mamá. El había experimentado a través de los años sus tiernas caricias y su consoladora presencia. Con esas memorias en el corazón, él pudo consolarse con la voz de su madre aun cuando ella estaba muy lejos.

Los cristianos de Roma estaban en una situación similar cuando Pablo les comunicó a cerca de la intercesión del Espíritu Santo. Puesto que estos creyentes habían experimentado tantas bendiciones del Espíritu, el enterarse a cerca de su obra imperceptible significó mucho para ellos. Ellos sabían cuán maravilloso era el Espíritu, por consiguiente, fueron animados tremendamente por sus oraciones de intercesión.

Tristemente, a muchos cristianos hoy en día les es difícil recibir ánimo y fortaleza del Espíritu porque para ellos él no es muy real. Rara vez reconocemos el amor y poder del Espíritu. Nuestras iglesias son opacas y ordinarias; nuestras vidas, aburridas y comunes. En resumen, el Espíritu Santo es un extraño para muchos de nosotros. ¿Cuánto bien puede hacer la intercesión distante de un extraño? ¿Cuánto consuelo podemos obtener en las oraciones de alguien a quien no conocemos? No mucho.

¿Se ha ido de la Iglesia el Espíritu Santo? ¿Es un extraño porque ya no nos ministra más? Nada podría estar más lejos de la verdad que estos pensamientos. Si el Espíritu Santo parece estar ausente es porque nosotros fallamos en apreciar las bendiciones visibles que él nos da.

Cuando pienso en la percepción que hoy en día tenemos de la obra de Espíritu Santo recuerdo la escena de una antigua comedia llamada "Los tres chiflados". Curly empieza a gritar con todas sus fuerzas: "¡No puedo ver! ¡No puedo ver! ¡No puedo ver!" "¿Qué te pasa? ¿Qué te pasa?" Moe responde. "Tengo mis ojos cerrados" responde Curly para el deleite del público.

Lo mismo pasa actualmente en la iglesia. Tenemos la queja. "¡No puedo ver la obra del Espíritu! ¡No puedo verle!" Pero el problema no es que él haya desaparecido, sino que no le vemos porque tenemos nuestros ojos cerrados.

Para ser fortalecidos por la intercesión imperceptible del Espíritu debemos abrir nuestros ojos y notar detenidamente los innumerables regalos que él nos ha dado en abundancia: entendimiento de la Escritura, convicción de pecado, éxito en el evangelismo, el gozo de la salvación, sanidad física, dones y liderazgo en la Iglesia, consuelo en la aflicción, amor y compañerismo entre los creyentes, -- la lista es interminable. Estas realidades de la vida cristiana no son acontecimientos naturales, sino son las manifestaciones visibles del Espíritu de Dios en nuestras vidas.

Si dejáramos de negar al Espíritu Santo y comenzáramos a reconocer sus maravillas, él ya no sería un extraño, sino un querido amigo. Entonces las palabras consoladoras de Pablo a los romanos nos fortalecerían. Seríamos capaces de encontrar ánimo en nuestro Amigo sabiendo que él comparte nuestros sufrimientos y ora por nosotros.

ANIMADOS POR EL PLAN DE DIOS

"No te preocupes; tengo un plan," el hombre le dijo a su esposa mientras se sentaban en su carro descompuesto. Habían pasado ya varias horas al lado del camino esperando que alguien pasara por allí. "Tengo un plan que resolverá todo nuestro problema" él le aseguró.

"Espera un momento. Quiero escuchar qué es lo que vas a hacer", ella objetó. "No estoy segura de poder seguir confiando en tus planes. Para empezar, fue tuya la idea de venir por este camino solitario".

Esto es lo que ocurre con los planes humanos. Frecuentemente están mal diseñados y fracasan. Cuando estamos en problemas y alguien ofrece una solución tenemos buenas razones para mantenernos escépticos. Sus ideas pueden realmente traernos más problemas.

Pero los planes de Dios son precisamente lo contrario. Él nunca se equivoca y siempre cumple lo que se propone hacer. Podemos estar seguros que él ha diseñado sus planes con sabiduría y que tendrán éxito.

Por esta razón, Pablo concluye sus palabras de ánimo para aquellos que sufren por Cristo apelando al plan de Dios. En Romanos 8:28-39, Pablo bosqueja el plan divino que explica el porqué del sufrimiento al que Dios nos ha llamado. ¿Qué está haciendo Dios a través de nuestras pruebas? ¿Cuál es su propósito eterno respecto a nuestro sufrimiento mientras continuamos avanzando en el sendero a la dignidad?

Pablo empieza su exposición del plan de Dios con un versículo bien conocido: "Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados" (Rom. 8.28). ¡Qué tremendo pasaje para aquellos que sufren por Cristo! No es de sorprenderse que muchos cristianos tengan en tan alta estima estas palabras. Dios tiene un plan para nuestros problemas; él usará los problemas para nuestro propio bien.

Notemos que este plan divino incluye todo. Toda cosa que nos pasa -- no sólo algunas o la mayoría -- es para nuestro bien. Las circunstancias de sufrimiento por las que pasamos como cristianos pueden ser terribles. El costo de seguir a Cristo puede ser demasiado elevado. Podemos perder amigos, empleos, cónyuges, y aun a nuestros padres. Podemos sufrir encarcelamiento y aun la muerte. Pero no importa cuán desalentadora y frustrante sea nuestra situación, nosotros sabemos algo que nos da esperanza. Sabemos que Dios tiene un plan en el que nuestro sufrimiento es transformado en bendición.

Mucha gente imagina que este pasaje es un principio general que se aplica a toda persona. Ellos dicen: "Todas las cosas tarde o temprano llegan a ser para el beneficio de cada uno". Pero esto no es lo que Pablo está afirmando. La promesa de la bendición venidera es solamente para aquellos "que conforme a su propósito son llamados" (Rom. 8:28). El bien no llegará tarde o temprano para aquellos que permanecen apartados de Cristo. Los sufrimientos presentes son un anticipo del castigo eterno que aguarda a los hombres y mujeres que están sin Cristo. La vida puede ser un infierno presente para los incrédulos; ellos pasan por muchas de las mismas pruebas de los cristianos. Pero su infierno presente no se compara con el infierno verdadero de la eternidad.

Pero cuando los creyentes sufren por Cristo no están teniendo un anticipo de su futuro. Nosotros no estamos en el camino que lleva a destrucción, sino en el que lleva hacia la dignidad. Las penalidades que sufrimos en nuestro caminar son instrumentos que Dios usa para llevarnos a la gloria.

Piénselo de esta manera. Dios nos llama para pasar dificultades como un cirujano nos invita a su mesa de operación. Su bisturí nos trae tremendo dolor. Ninguna persona cabal disfruta los dolores de una cirugía. Negar la angustia que esto trae es mentir. No obstante, voluntariamente nos sometemos a la cirugía. ¿Por qué? Permitimos que nos operen porque el dolor traerá una mejor salud en el futuro.

Pablo nos dice que lo mismo nos pasa con Dios. El nos exhorta a someternos al bisturí del sufrimiento por Cristo por nuestro propio bien. Dios está obrando a través de nuestros problemas para traer algo maravilloso para nosotros. Podemos someternos a su llamado porque él promete transformar nuestro dolor en bendición.

Esta perspectiva del plan de Dios hace que podamos dar un suspiro de alivio. Todos podemos recordar alguna ocasión en la que Dios trajo algo bueno de lo malo. Por ejemplo, perdemos algunos amigos por causa de nuestra creencia en Cristo, pero encontramos nuevos y mejores amigos por otro lado. Perdemos nuestro empleo por causa de nuestro testimonio cristiano, pero Dios nos da un empleo mejor. Todos hemos pasado por tiempos difíciles y hemos visto cómo Dios dramáticamente trae beneficios para nosotros.

No obstante, todavía tenemos dudas, algo nos incomoda. Muchas veces enfrentamos problemas sin ningún resultado positivo. Pasamos por sufrimiento y nunca vemos cómo Dios lo utiliza para nuestro bien. A veces esperamos toda nuestra vida preguntándonos por qué Dios nos puso en ciertas situaciones. "¿Qué pasó con el plan de Dios?" nos preguntamos. "¿Cuán fiel es Él a sus promesas?"

Pablo se dio cuenta que los cristianos tenían que lidiar con estas preguntas. Por consiguiente, nos lleva un poco más adentro en la mente de Dios para asegurarnos que Él está absolutamente resuelto en su propósito de sacar algo bueno de nuestras pruebas: "Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos.

Y a los que predestinó, a éstos también llamó, y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó. (Rom. 8:29-30).

En este pasaje Pablo se remonta a la eternidad. Antes de que el mundo existiera, Dios trazó un plan para aquellos que son llamados por Cristo. Dios estableció un plan detallado por medio de su decreto inmutable y soberano. Pablo menciona cinco cosas que Dios determinó para nuestro beneficio en su designio eterno. Cuando entendemos estos aspectos del plan de Dios podemos descansar confiados de que él está totalmente resuelto a hacer que todas las cosas sean para nuestro bien.

Primero, Dios nos "conoció" desde antes (v.29). Notemos que este pasaje no nos dice que Dios conoció desde antes lo que nosotros haríamos, sino que él conoció de una manera íntima y personal. Antes de que el universo fuera creado, Dios puso atención individual y personal en nosotros. Desde lo más recóndito de la eternidad, Dios con tierno amor y afecto se interesó en usted y en mí.

Segundo, Dios nos "predestinó" (v.29). El Creador se interesó de tal manera en usted y en mí que estableció por adelantado la dirección que nuestras vidas tomarían. Nuestro futuro no está sujeto a cambio alguno. No podemos desviar el curso de nuestras vidas. Hemos sido predestinados soberanamente para ser "hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos" (v.29). Cristo, por medio de su resurrección, llegó a ser la imagen gloriosa de Dios, pero Dios no tenía la intención de que Cristo fuera su única imagen con honra. Al contrario, el Padre determinó que Cristo fuera el primero de muchos hermanos y hermanas quienes serían hechos como él. Los hombres y mujeres que están en Cristo tuvieron su futuro absolutamente determinado antes de que el mundo existiera. Ellos fueron diseñados para ser conformados a la dignidad gloriosa de Cristo.

Tercero, Dios nos "llamó" para sí mismo (v.30). Él no simplemente nos puso en un camino predeterminado hacia la dignidad, sino que también ordenó los medios por los cuales nosotros seguiríamos ese camino en la historia. Dios decidió que nosotros oyéramos y respondiéramos al llamado del evangelio. Nuestra conversión no fue el resultado de una casualidad o buena suerte. Nuestra recepción del evangelio no fue tampoco un accidente histórico. Dios desde la eternidad determinó que el Espíritu movería nuestro corazón y nos traería al arrepentimiento y a fe salvadora.

Cuarto, Dios nos "justificó" (v.30). *Justificar* es un término jurídico que significa "declarar justo". Dios dio un veredicto a nuestro favor. En vez de inculparnos por nuestros pecados, él transfirió nuestra culpa a Cristo y nos declaró gratuitamente perdonados. Si Dios hubiera permitido que nosotros mismo buscáramos nuestra justificación, nunca hubiéramos sido restaurados a la dignidad. Pero Dios estaba tan decidido que recibiéramos la bendición de una total restauración que castigó a su propio Hijo en nuestro lugar y nos transfirió su justicia.

Quinto, Dios nos "glorificó" (v.30). ¿Ha notado el tiempo de este verbo? Pablo no dijo que Dios nos "glorificará". Por supuesto esto es verdad, ya que seremos glorificados

cuando Cristo regrese. Pero Pablo en este versículo aun está reflexionando en el plan que Dios trazó desde la eternidad. Desde la perspectiva eterna de Dios, nosotros ya hemos sido glorificados. Nuestra redención total no es algo que dependa todavía de eventos futuros. Nuestra redención es un hecho.

Ahora ya podemos ver cómo podemos estar confiados de que "a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien" (Rom. 8:28). El plan de Dios no es una historia sin final. No es algo que esté todavía sujeto a cambio. Nada se ha dejado a la suerte. Dios, en su consejo eterno, estableció firmemente cada episodio de la Historia con el fin de llevarnos a nuestro destino final en Cristo.

Cuando entendemos que el decreto eterno de Dios garantiza nuestro futuro, podemos mantener la esperanza aunque el sendero hacia la dignidad llegue a ser difícil. Dios no convertirá inmediatamente en bendición cada circunstancia de sufrimiento, pero tarde o temprano todo lo que ocurre, sin excepción, será para nuestro bien.

Pablo concluye su reflexión en el plan de Dios con expresiones jubilosas de confianza y alabanza. Sus palabras hablan al corazón de todo hombre y mujer que están tratando de sobrellevar las dificultades de la vida:

¿Qué, pues, diremos a esto? Si Dios es por nosotros, ¿Quién contra nosotros? El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿Cómo no nos dará también con él todas las cosas? ¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aun, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros. ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada? Como está escrito: Por causa de ti somos muertos todo el tiempo; Somos contados como ovejas de matadero. Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro. (Rom. 8:31-39).

Puesto que el plan de Dios para sus imágenes redimidas se realizará con toda seguridad, podemos enfrentar con confianza las peores dificultades, los más aterradores enemigos, y las pruebas más devastadoras. No meramente sobrevivimos nuestras pruebas, sino que "somos más que vencedores" (v.37) porque absolutamente nada "nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro" (v.39).

CONCLUSIÓN

En este capítulo hemos estudiado dos aspectos de nuestras vidas en nuestro caminar por el sendero hacia la dignidad. Mientras esperamos que Cristo regrese hemos sido llamados a sufrir por él. Todo creyente soporta dolor y penalidades por Cristo. Pero este es sólo un lado de la moneda. Dios nos ha dado fuentes de ánimo para ayudarnos en nuestro sufrimiento. Él abre nuestros ojos para que veamos nuestro futuro glorioso; él nos da el Espíritu Santo; él nos muestra su plan perfecto. Cuando mantenemos en

nuestras mentes estas fuentes de ánimo podemos soportar los peores sufrimientos. Podemos esperar con paciencia hasta llegar.

PREGUNTAS DE REPASO

1. ¿Por qué se titula este capítulo "Esperando con paciencia hasta llegar"?
2. ¿Qué tipos de sufrimiento ocurren en el mundo? ¿Qué dificultades han sido reservadas específicamente para los creyentes?
3. ¿Cómo nos ayuda nuestro futuro en nuestras circunstancias del presente? Describa la grandeza de la gloriosa segunda venida de Cristo.
4. ¿Cómo nos anima la presencia del Espíritu Santo al estar en medio de una prueba? ¿Por qué actualmente a los creyentes les es difícil encontrar la fortaleza del Espíritu?
5. ¿Cómo nos ayuda el plan de Dios para soportar los sufrimientos? ¿Cuál es el propósito del plan de Dios? ¿Cómo podemos estar seguros de que Dios cumplirá su plan?

EJERCICIOS DE DISCUSIÓN

1. Escriba una lista de diez dificultades que esté enfrentando actualmente. Clasifique la lista de acuerdo con los tipos de sufrimiento sugeridos en este capítulo.
2. Escoja un aspecto de su vida personal (casa, trabajo, familia, etc.) ¿Cómo compararía el estado actual de este aspecto de su vida con la manera en que éste será cuando Cristo regrese?
3. Observe a su grupo. ¿Qué obra visible del Espíritu Santo podría usted identificar? ¿Cómo le animan estas obras del Espíritu Santo?
4. Nombre seis problemas que esté afrontando. ¿De qué manera el plan eterno de Dios le da confianza de que usted es "más que vencedor" en todas estas dificultades?

DISEÑADOS *para* *Dignidad*



Sobre el Autor

Dr. Richard L. Pratt, Jr., es presidente de "Third Millennium Ministries." Es profesor del Antiguo Testamento en el Seminario Teológico Reformado (Reformed Theological Seminary), Orlando, Florida, y también ha enseñado en dos extensiones de este Seminario en Jackson, Mississippi, y Charlotte, Carolina del Norte. Es ministro ordenado de la Iglesia Presbiteriana en América (Presbyterian Church in America) y viaja frecuentemente para enseñar y evangelizar.

El Dr. Pratt obtuvo su Bachillerato en Artes (B.A.) de "Roanoke College," estudió en "Westminster Theological Seminary" y su Maestría en Divinidades (M.Div.) del seminario "Union Theological Seminary." Obtuvo su Doctorado en Teología (Th.D.) de la Universidad de Harvard. Sus credenciales también incluyen dirigir el departamento de Antiguo Testamento del Reformed Theological Seminary en Orlando, Florida, traducir para la Biblia "*The New Living Translation*," y "*NIV Spirit of the Reformation Study Bible*."

El Dr. Pratt sirvió como editor general de la Biblia "*NIV Spirit of the Reformation Study Bible*" y traductor de la Biblia "*New Living Translation*." El también es autor de los libros:

- *Pray with Your Eyes Open*
- *Every Thought Captive*
- *Designed for Dignity*
- *He Gave Us Stories*
- *Commentary on 1 & 2 Chronicles*
- *Commentary on 1 & 2 Corinthians*

